mi HERMANO se llama JESSICA

JOHN BOYNE

Sam conoce a su hermana Jessica de toda la vida, pero hoy se encontrarán por primera vez.

Sam Waver es un chico solitario al que le cuesta hacer amigos, y sus padres están tan ajetreados que a veces se siente invisible. Por suerte, cuenta con su hermano mayor, Jason, quien parece tener una vida perfecta: no solo es encantador y popular, también es la estrella del equipo de fútbol, y todas las chicas están deseando salir con él. Sam lo idolatra.

Sin embargo, un día, Jason reúne a su familia para contarle un secreto que lleva guardando mucho tiempo: en realidad se llama Jessica. Sus padres no dan crédito y Sam descubre que no son las personas abiertas y tolerantes que creía. Las vidas de todos dan un vuelco y parece que las cosas nunca volverán a ser como antes…

Con esta novela intensa y emotiva, escrita con empatía, ligereza e ironía, Boyne retrata el viaje de una familia hacia la aceptación. Mi hermano se llama Jessica es una lectura imprescindible para todas las edades.

John Boyne

Mi hermano se llama Jessica

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Título original: *My brother's name is Jessica*
John Boyne, 2019
Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X ANIVERSARIO

Para mis sobrinas, Maya y Ava

1

Una tarde muy extraña

La historia de cómo mi hermano se hizo esa cicatriz que tiene sobre el ojo izquierdo, casi paralela con la ceja, me la han contado muchas veces. Cuando yo nací él ya había cumplido los cuatro años y desde que tenía memoria había anhelado un hermano, una hermana o un perro, pero mamá y papá siempre le decían que no.

—Nadie necesita más de un hijo —insistía papá—. El planeta ya está superpoblado. ¿Sabes que, en esta misma calle, en la casa de al lado, hay una familia con siete niños menores de seis años?

—¿Y eso cómo es posible? —preguntó mi hermano Jason, quien, a pesar de que en aquel entonces no era más que un niño, entendía bastante bien cómo funcionaba el mundo.

—Dos pares de gemelos —respondió papá con una sonrisa.

—Y a los perros hay que sacarlos a pasear constantemente —añadió mamá—. Y antes de que nos asegures que lo sacarás tú, ya sabemos que eso es lo que dices ahora, pero a la larga seremos papá o yo quienes terminemos haciendo la mayoría del trabajo pesado.

—Pero…

—Además, ensucian muchísimo —dijo papá.

—¿Quiénes? —preguntó Jason—. ¿Los perros o los hermanos?

—Ambos.

Mamá y papá insistieron tanto en que no habría más incorporaciones en nuestra familia que mi hermano debió de sufrir una especie de *shock* cuando un día le pidieron que se sentara y le informaron de que, pese a todo, su deseo se cumpliría y seis meses más tarde habría un nuevo bebé en casa. Al parecer se emocionó a tal punto que salió disparado al jardín trasero y estuvo corriendo en círculos durante veinte minutos, gritando a más no poder, hasta que

se mareó tanto que se cayó y se golpeó la cabeza contra un gnomo de jardín.

Aunque no fue eso lo que le causó la cicatriz.

Yo nací con un problema. Tenía un agujero en el corazón y los médicos creían que no sobreviviría mucho tiempo. El agujero era apenas del tamaño de una cabeza de alfiler, pero, si eres un recién nacido y tu corazón tiene el tamaño de un cacahuete, puede ser bastante peligroso. Me mantuvieron en una incubadora unos cuantos días y luego me trasladaron a un quirófano, donde un equipo de cirujanos intentó resolver el problema. Durante todo ese tiempo mi hermano estuvo en casa con la canguro, llorando con tanta fuerza por la preocupación que se cayó de la silla y se golpeó la cabeza contra una mesita auxiliar.

Aunque tampoco fue eso lo que le causó la cicatriz.

Los médicos informaron a mis padres de que la semana posterior sería crítica, pero, como los dos siempre tuvieron trabajos muy importantes —hoy en día mamá ya es ministra, aunque en aquella época no era más que una parlamentaria común y corriente, y papá siempre ha sido su secretario personal—, no podían estar conmigo todo el tiempo, de modo que se turnaban para visitarme en el hospital. Mamá venía las mañanas en que la cámara no celebraba sesión, pero la llamaban constantemente para que asistiera a alguna reunión, y papá venía por las tardes, aunque no le gustaba quedarse mucho rato por si se producía «alguna novedad», como decía él, que lo obligara a regresar a Westminster lo más rápido posible. A mi hermano lo trajeron a verme por primera vez la noche siguiente a la operación y, aunque en ese momento no tenía más que cuatro años, se negó a volver a casa y armó tal jaleo que las enfermeras terminaron preparándole una cama plegable en la habitación contigua a la sala de incubadoras.

—Tal vez el bebé perciba que hay alguien velando por él —dijo la enfermera—. ¿Qué daño puede hacerle?

—Y al menos sabemos que aquí estará a salvo —respondió mamá.

—Además, no tendremos que pagar horas extra a la canguro —añadió papá.

Sin embargo, unas noches más tarde, una de las máquinas que me mantenían con vida emitió un ruido que asustó a mi hermano,

que se bajó de la cama plegable para ir a buscar a un médico. Ahora bien, como la habitación estaba a oscuras tropezó con el cable de algo llamado «soporte para bomba de infusión intravenosa» y cuando, unos momentos más tarde, apareció la enfermera, yo seguía durmiendo profundamente, pero él estaba tumbado en el suelo, aturdido y con sangre encima del ojo, donde se había abierto una brecha.

—¡No deje que mi hermano se muera! —gritaba mientras la enfermera le examinaba la herida.

—Sam no se va a morir — respondió ella—. Míralo, se encuentra bien. Está totalmente dormido. A ti, en cambio, habrá que ponerte puntos. Ten, sujétate esta toalla contra la frente y vayamos a mi despacho.

Pero mi hermano Jason estaba convencido de que mi problema era terriblemente grave y que si me dejaba a solas ocurriría algo espantoso. De modo que insistió en quedarse en la habitación, hasta que la enfermera no tuvo más remedio que coserle la herida allí mismo, y probablemente fuera bastante novata, porque no lo hizo muy bien.

Y eso fue lo que le causó la cicatriz.

Esa herida siempre me ha despertado un cariño especial, porque cada vez que la miro pienso en esa historia y en cómo Jason insistió en quedarse a mi lado cuando yo estuve enfermo. Me recuerda lo mucho que mi hermano me ha querido siempre. Incluso cuando se dejó crecer el flequillo y ya no se le veía la cicatriz como antes, yo sabía que estaba allí. Y lo que significaba.

Mi hermano Jason me ha cuidado desde que tengo memoria. Tuve canguros, por supuesto —montones de canguros—, porque, según decía mamá, si no priorizaba a sus votantes, ellos votarían por el otro partido en las elecciones siguientes y entonces el país se hundiría. Y papá insistía en la importancia de que mamá siempre ganara por una diferencia considerable para poder seguir ascendiendo por la resbaladiza ladera de la política.

—Al partido le da buena imagen no solo que gane, sino que gane por mucho —explicaba.

La mayoría de las canguros no se quedaban demasiado tiempo; según decían, eran profesionales cualificadas, con estudios universitarios, que conocían sus derechos, y no estaban dispuestas a

que se las tratara como a esclavas. Aunque mamá siempre les señalaba que, siendo tan cultas como decían, seguramente sabían que a los esclavos no se les pagaba, mientras que a ellas sí, y a continuación se volvía hacia papá y soltaba algo así como: «Estas son de las que acuden a manifestaciones y protestan contra todo, pero en realidad no mueven un dedo para mejorar las cosas», momento en el cual estallaba una discusión sobre todo tipo de temas, desde las deficiencias del sistema sanitario hasta el desarme nuclear, pasando por el aumento del precio del transporte y el proceso de paz en Oriente Próximo.

A veces mis padres y la canguro llegaban a una especie de acuerdo, pero las cosas no tardaban más de unas semanas en volver a empeorar. Entonces repasaban el anuncio original y la chica (aunque en una ocasión también hubo un chico) indicaba que en él no se decía nada sobre tener que planchar la ropa de los padres, arrancar las malas hierbas del jardín o doblar miles de folletos electorales y meterlos en sobres mientras veía la televisión en su habitación durante su tiempo libre. Pero mamá le mostraba la parte en que se mencionaban «otras tareas generales del hogar» y acto seguido empezaban a gritarse. A continuación oíamos la frase «Si no te gusta, puedes marcharte» y luego eran mamá y papá los que se ponían a discutir; papá argüía que tardarían una eternidad en encontrar a otra canguro y que mientras tanto él tendría que quedarse en casa con «esos condenados niños», a lo que mamá respondía: «Lo que pasa es que tú no quieres que esta chica se vaya porque te gusta mirarle el trasero» —eso es lo que decía mamá, yo no hago más que repetirlo—, hasta que finalmente la canguro anunciaba que iniciaría una huelga para luchar por unas condiciones laborales mejores y mamá le contestaba que en ese caso hiciera las maletas y se marchara la tarde siguiente, y que adiós muy buenas.

De modo que las canguros llegaban y se iban como las estaciones del año, y yo sabía que encariñarme demasiado con alguna de ellas era perder el tiempo. Cuando cumplí diez años, como mi hermano ya tenía catorce, mamá anunció que a partir de ese momento no necesitaríamos más canguros: Jason podía traerme a casa desde el colegio cada día, y cuando tuviera entrenamiento de fútbol, yo me sentaría en las gradas a hacer los deberes hasta que él

terminara. A lo que mi hermano respondió que de acuerdo, pero ¿iban a pagarle lo mismo que a las canguros?, a lo que papá respondió: «Tú vives en nuestra casa sin pagar alquiler, te comes nuestra comida y lo pones todo perdido con tus botas de fútbol y tu uniforme mugriento; de modo que mejor lo dejamos así, ¿vale?».

Tal vez creáis que conocéis a jugadores de fútbol buenos, pero os aseguro que no conocéis a ninguno tan bueno como mi hermano Jason. Empezó a jugar cuando apenas gateaba y a los nueve años se presentó a una prueba para entrar en la academia del Arsenal, aunque le dijeron que aún no estaba listo y que volviera al año siguiente. Doce meses más tarde probó de nuevo y el entrenador reconoció que en ese tiempo mi hermano había hecho un progreso fantástico y que si le interesaba había una plaza para él, pero, para sorpresa de todos, Jason la rechazó. Explicó que, si bien le gustaba jugar en la escuela, no quería dedicar su vida a ese deporte y, sin duda, no tenía ningún deseo de convertirse en futbolista profesional cuando fuera mayor.

—Bueno, eso sí que es ridículo… —dijo mamá, que había tenido una fuerte discusión con el director de la academia cuando lo habían rechazado el año anterior e incluso había llegado a proferir vagas amenazas acerca de la financiación del deporte—. Es evidente que tienes mucho talento. Te he visto jugar y eres mejor que todos los de tu clase. Tú siempre, ya sabes… le das patadas a la pelota y metes gol… O al menos a veces.

—¿Por qué no aceptas y juegas durante siete u ocho años? —propuso papá—. No es tanto tiempo, ¿no? Solo hasta que acabes el colegio; entonces podrás tomar una decisión meditada sobre tu futuro. Nos vendría muy bien para la imagen de tu madre que te fichara un club de fútbol profesional. A los votantes les encantaría.

—No me apetece —insistió él—. A mí me gusta jugar solo para divertirme.

—¿Para divertirte? —preguntó papá, mirándolo como si acabara de hablar en un idioma extranjero—. ¡Tienes diez años, Jason! ¿De verdad crees que en la vida todo es diversión?

—Pues sí —dijo él.

—¿Sabes cuál es tu problema, Jason? —intervino mamá, que estaba limándose las uñas al tiempo que hojeaba varios periódicos.

—No —respondió él—. ¿Cuál?

—Que eres un egoísta. Solo piensas en ti.

Aunque yo no tenía más de seis años sabía que eso era completamente falso, porque mi hermano Jason era la persona menos egoísta que conocía. En ese momento no dije nada, pero un día, cuando me tumbé en su cama a escuchar sus cedés y oír sus explicaciones de por qué cada una de las canciones que sonaba era la mejor que se había compuesto jamás y por qué debía ampliar mis conocimientos musicales y dejar de escuchar basura, le pregunté:

—¿Por qué no quieres ser un futbolista famoso?

Recorrí la habitación con la mirada y vi pósteres de futbolistas colgados en las paredes, pero, por otra parte, también había uno de Australia y otro de Shrek, y yo tampoco creía que él deseara ser un continente o un ogro de cuento.

—Porque no —dijo él encogiéndose de hombros—. El hecho de que sea bueno en algo, Sam, no significa que quiera pasar el resto de mi vida haciendo eso. Tal vez haya muchas otras cosas a las que preferiría dedicarme.

Y, francamente, a mí me pareció una explicación bastante razonable.

El año pasado, cuando yo tenía trece años, el profesor de inglés nos mandó hacer una redacción durante el fin de semana: «La persona que más admiro», se titulaba. Siete chicas escribieron sobre Kate Middleton, cinco chicos sobre David Beckham y hubo tres trabajos más sobre Iron Man. El resto estaban dedicados a una serie de personalidades, como la reina, Jacqueline Wilson y Barack Obama. Mi archienemigo, David Fugue, que lleva acosándome incansablemente desde el día en que traté de darle la bienvenida a nuestra calle, escribió sobre Kim

Jong-un,

el líder supremo de Corea del Norte, y cuando nuestro profesor, el señor Lowry, le dio ochenta y siete razones distintas para desmontar su teoría de que Kim

Jong-un

representa un modelo positivo a imitar, David Fugue esperó a que terminara de hablar y le respondió que debía tener mucho cuidado con lo que decía o se vería en serios problemas. Afirmó que él jugaba *online* todas las noches con Kim

Jong-un

y que se habían hecho muy amigos. Bastaba una palabra suya para que cualquier día el señor Lowry sufriera algún accidente desagradable al volver a casa desde el trabajo. Eso no le sentó nada bien al profesor, así que David tuvo que llevarles una nota a sus padres; a la mañana siguiente lo obligaron a ponerse de pie delante de toda la clase y pedir disculpas por haber hecho alusión a la violencia gratuita en el colegio.

El único que no escribió sobre una persona famosa fui yo, que escribí sobre mi hermano.

CINCO COSAS QUE MENCIONÉ EN MI TRABAJO

1. Que se había hecho una cicatriz en la frente cuando yo era un recién nacido, aunque mentí y afirmé que aún tenía un agujero en el corazón y que podía morirme en cualquier momento, lo que no es cierto, pues los médicos me curaron; aun así esa patraña me granjeó muchísima compasión.
2. Que en una ocasión me salvó de morir atropellado empujándome para que me apartara justo a tiempo, y cuando el conductor detuvo el vehículo para insultarme —aunque había sido culpa suya, pues estábamos cruzando un paso de cebra—, mi hermano Jason corrió detrás del coche; en ese momento pensé que de haberlo alcanzado lo habría matado.
3. Que era el capitán del equipo de fútbol y que podría haberse convertido en un futbolista profesional si lo hubiera querido, pero que le apetecía hacer muchas otras cosas.
4. Que salía con Penny Wilson, quien, como todos sabían, era la chica más atractiva de la escuela.
5. Que me había salvado de que me comiera vivo *Brutus*, un perro horrible que vive en la misma calle que nosotros y que en cuanto me ve empieza a babear, como si pensara que soy el manjar más apetitoso del mundo.

CINCO COSAS QUE NO MENCIONÉ EN MI TRABAJO

1. Que apenas unas semanas antes Jason había tenido una gran discusión con mamá y papá, que les había dicho que era ridículo que nunca estuvieran en casa, que el trabajo de mamá siempre tenía prioridad respecto a nosotros y que no podían pretender que él siguiera cuidándome indefinidamente porque tenía que vivir su propia vida. ¿Qué pasaría cuando él fuera a la universidad?, preguntó. Pero mamá contestó que para entonces yo ya sería lo bastante mayor como para cuidarme solo; en ese momento él levantó las manos y dijo: «Me rindo», luego se marchó a su habitación y se negó a hablar con nadie, ni siquiera conmigo, durante un día entero.
2. Que no estaba en Facebook, Twitter, Instagram ni Snapchat, porque decía que no soportaba que todo el mundo se pasara el día mirando el móvil, haciendo cosas solo para poder fotografiarlas, pero sin experimentarlas de verdad.
3. Que la semana anterior yo lo había pillado besándose con Penny Wilson en su dormitorio un día que entré sin llamar, y que él me había perseguido con una raqueta de tenis.
4. Que afirmaba que cuando tuviera dieciocho años no votaría por el partido de mamá sino por el otro, pues todos eran unos corruptos que estaban en política solo para sacar tajada.
5. Que llevaba unos cuantos meses dejándose crecer el pelo y que se había hecho un estúpido peinado en capas, incluso a pesar de que todos, yo incluido, pensábamos que le daba un aspecto un poco femenino.

Al oír lo que yo había escrito sobre mi hermano, algunos amigos míos sintieron un poco de vergüenza ajena, pero era cierto que Jason era la persona que yo más admiraba, así que me pareció justo que mi redacción tratara sobre él. Jason estaba siempre que lo necesitaba. Cuando yo era pequeño y tenía pesadillas, siempre me dejaba meterme en su cama y me consolaba. Luego empecé a mostrar dificultades para leer y papá dijo que iban a hacerme unas pruebas, y cuando se descubrió que tenía dislexia, mi hermano se

sentó conmigo noche tras noche para ayudarme a hacer los deberes y, pese a lo mucho que yo me frustraba cuando las palabras y las letras se ponían a bailar en la página y dejaban de tener sentido, él jamás perdía la paciencia —jamás gritaba como papá: «¡Lee lo que pone en la maldita página!»— y siempre me decía que aquello se solucionaría con el tiempo, que él me ayudaría, que siempre estaría a mi lado, que éramos hermanos, que nada se interpondría entre nosotros.

Yo le creía.

Me di cuenta de que a mi hermano le pasaba algo raro un año y medio antes de que él nos revelara su secreto. Aunque seguía siendo mi mejor amigo, había empezado a mostrarse un poco más distante, no solo conmigo sino con todos, y a veces se encerraba en su habitación durante horas y no dejaba entrar a nadie. Cuando lo hacía me daba mucha rabia, porque, que yo recordara, nunca me había excluido de nada; en cambio, de repente, aunque llamara a su puerta una y otra vez, siempre me gritaba que me largara y lo dejara en paz.

Un día, al volver a casa de la escuela, lo encontré llorando en su cama y no supe qué hacer al ver que de pronto nuestros roles se habían invertido. Hasta ese momento el que se entristecía era yo, especialmente cuando leía mal y se burlaban de mí, y él siempre me animaba. No es que no quisiera consolarlo, sino que, como siempre había sido el hermano menor, no sabía hacer de hermano mayor. Me daba miedo verlo así. Le pregunté qué le pasaba y, cuando se sentó en la cama, le vi en la cara que llevaba horas llorando, pues tenía las mejillas enrojecidas y los ojos totalmente hinchados.

—No me pasa nada —respondió.

—Claro que te pasa algo. Has estado llorando.

—Vete a tu habitación, Sam. Por favor. No quiero hablar.

No supe qué decir ni cómo ayudarlo, así que obedecí.

—Adolescentes —dijo papá cuando le pregunté al respecto—. Eso es lo peor de tener hijos, ¿sabes? Todos acaban convirtiéndose en adolescentes. Si pudieran pasar de los doce años a los veinte de la noche a la mañana, todo sería mucho más fácil.

—Pero ¿qué hace en su habitación? —insistí.

—No quiero ni pensarlo. En mi opinión, hay cosas en las que es mejor no meterse.

—¿No te parece que está distinto?

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Más callado. Más furioso. Está alterado la mayor parte del tiempo.

—A mí me parece que lo único que tiene distinto es ese pelo que lleva. Le he pedido que se lo corte, pero se niega. Creo que no se da cuenta de lo ridículo que está con esa melena que le llega ya por los hombros. Es como si pensara que estamos en los setenta y que él es la rubia de Abba.

De repente se quedó en silencio y sonrió para sí, como si hubiera revivido un recuerdo extraño. Luego suspiró y se perdió en sus pensamientos.

—¡Papá! —exclamé para sacarlo de su ensueño.

—Perdón —dijo él—. Es solo que… a tu edad tuve una relación muy especial con Agnetha. Te lo digo en serio, a veces me dan ganas de esperar a que tu hermano esté dormido, entrar en su habitación con un par de tijeras y cortarle el pelo yo mismo.

—Le pasa algo —insistí—. Está como…

—¿Como qué? —preguntó papá, volviéndose hacia mí.

Por un momento me pareció detectar un aire de preocupación en su mirada, algo raro en él.

—Lo único que sé es que no es el Jason de siempre —respondí —. Se le ha metido algo en la cabeza. Algo importante, estoy seguro.

—¡Por el amor de Dios, Sam! —suspiró papá.

Se volvió hacia su ordenador, donde se veía una hoja de cálculo con una lista de todos los miembros del partido, algunos con marcas verdes al lado, otros con cruces rojas y otros con signos de interrogación amarillos.

—Todos tenemos algo en la cabeza. A ver si eres capaz de deducir a quiénes apoyarán estos tipos cuando llegue el momento. Yo en tu lugar no me preocuparía.

—Pero ¡ya estoy preocupado! —protesté.

Papá me miró y sus ojos se posaron en los míos más rato del normal.

—Tú también has notado algo, ¿verdad? —le pregunté.

—No —respondió.

—¡Sí que lo has notado! —insistí—. Te lo veo en la cara.

—¡No he notado nada! —gritó—. Y ahora deja de molestarme, ¿de acuerdo? Tengo que trabajar.

—Sí que lo has notado —murmuré mientras me alejaba.

Sin embargo, nada me inquietó tanto como lo que ocurrió en la que luego recordaría como la Tarde Muy Extraña. Yo había vuelto de la escuela más temprano de lo habitual —ese día tenía clase de natación, pero poco antes un niño de siete años se había orinado en la piscina, por lo que hubo que cancelarla— y cuando abrí la puerta de la calle oí que mi hermano Jason gritaba desde la cocina.

—¡¿Quién es?! —exclamó con un tono desgarrador que me paralizó.

Jamás lo había oído tan angustiado.

—Yo —respondí.

Dejé caer la bolsa al suelo y avancé por el pasillo en dirección a la nevera.

—¡Quédate donde estás! —gritó él.

Y yo me quedé congelado, con un pie en el aire como un personaje de dibujos animados.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada. Pero quédate donde estás, ¿vale? ¡No, mejor baja al despacho de mamá!

Di un paso hacia atrás, confundido, y miré de reojo la puerta que lleva al sótano, donde tengo prohibido entrar. Mamá dice que es una violación de su espacio sagrado. Una vez le pregunté si allí era donde guardaba los códigos nucleares y ella se echó a reír, negó con la cabeza y respondió: «Aún no, Sam. Aún no».

—Pero tengo hambre… —me quejé—. Quiero un bocadillo, nada más —añadí.

Pero él volvió a gritar, y esa vez detecté una mezcla de furia y terror en su voz que me produjo escalofríos.

—¡Sam! —exclamó—. ¡Te estoy diciendo que bajes al despacho de mamá ahora mismo! ¿Me oyes? No puedes pisar ni la sala de estar ni la cocina. Baja y espera allí hasta que vaya a buscarte. Si no, jamás volveré a hablarte. JAMÁS. En lo que te queda de vida. ¿Entiendes?

Noté que me ponía pálido. Hasta entonces, mi hermano nunca me había hablado de ese modo y aún menos me había amenazado con dejar de hacerlo. Sentí temor y confusión al mismo tiempo. Me

pregunté si habría ladrones en la casa y si estaban amenazándolo a punta de pistola y por eso él no quería que yo entrase en la cocina. Pensé en llamar a la policía.

—Por favor, Sam —dijo él un momento después, ya más tranquilo, y me di cuenta de que estaba al borde de las lágrimas—. Por favor, haz lo que te pido. Por favor. Bajaré a buscarte dentro de un minuto. Te lo prometo.

Así que fui al despacho de mamá y me quedé allí sentado, sin tocar nada por miedo a que ella se diera cuenta después, y esperé casi veinte minutos hasta que oí que la puerta se abría y la voz de mi hermano diciéndome que ya podía subir.

—Lamento lo sucedido —dijo él como si no hubiera ocurrido nada raro pero sin poder mirarme a los ojos—. Estaba terminando unos deberes muy difíciles, eso es todo, y no quería que me interrumpieran.

No dije nada. Era obvio que mentía, pero decidí no discutir. Todo aquello me resultaba demasiado extraño. Pero entonces se me ocurrió que quizá estuviera escondiendo a alguna chica, y tal vez no se tratara de Penny Wilson, sino de otra, y él no quería que yo me enterase, para que no lo contara. Porque me pareció detectar un ligero rastro de pintalabios en su boca y olía un poco a perfume.

Papá y mamá estaban en casa la noche en que él nos contó su secreto, lo que en sí ya era bastante raro. Eran las vacaciones de verano y estaban en la sala de estar, mamá leyendo documentos parlamentarios mientras papá murmuraba nombres y señalaba que había que meter en vereda a tal o cual individuo para que mamá pudiera llegar a lo que él denominaba «Máximo Puesto». Yo me esforzaba por leer un relato de Sherlock Holmes, siguiendo con el dedo las líneas y utilizando un lápiz para separar las frases, como me habían enseñado. Pese a la dislexia me gustaba mucho leer libros y no me importaba tardar una eternidad en terminarlos. Estaba inmerso en «El hombre del labio torcido» cuando mi hermano Jason entró en la sala de estar y anunció que tenía que contarnos una cosa.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó mamá—. Estoy tratando de…

—Si necesitas dinero, búscate un trabajo de verano —dijo papá —. No somos el banco de…

—Tiene que ser ahora y no necesito dinero —repuso Jason, con un tono que hizo que todos dejáramos lo que estábamos haciendo y nos volviéramos para mirarlo.

Él se sentó en el centro del sofá, lo más lejos posible de todos, y empezó a hablar.

—No es fácil —dijo.

—¿El qué no es fácil? —preguntó mamá.

—Lo que voy a contaros.

—¡Bueno, suéltalo ya, Jason! —exclamó papá—. No tenemos toda la noche.

Él tragó saliva y noté que se estremecía. Juntó las manos, tratando de mantener la compostura, pero, cuando por fin habló, no pudo evitar que le temblara la voz.

Nos contó que hacía mucho tiempo que sabía algo sobre sí mismo que era muy difícil de aceptar. Nos dijo que lo había sentido siempre, incluso de pequeño, y que se había convencido de que iba a tener que convivir con ello, porque si todos supieran la verdad lo odiarían. Pero últimamente había empezado a pensar que tal vez no fuera necesario mentir, que podía contarlo, sincerarse con los demás, y quizá, solo quizá, los demás lo comprenderían.

—Vas a decirnos que eres gay, ¿verdad? —preguntó mamá, y se llevó una mano a la boca.

Pero mi hermano Jason negó con la cabeza.

—No, no es eso —dijo.

—Jake Tomlin es gay —comenté yo, pero nadie me estaba prestando atención, para variar.

Jake Tomlin era un chico de mi clase que ya había salido del armario, pero nadie lo trataba mal porque era muy fuerte y molería a palos sin dudarlo a cualquiera que intentara bromear al respecto. Jake me caía bastante bien, pero no éramos muy amigos porque a él los deportes le interesaban más que a mí.

—¡¿Podéis escuchar lo que tengo que deciros?! —exclamó mi hermano.

—No estará embarazada Penny, ¿verdad? —dijo mamá.

—¿Estás enfermo? —pregunté yo, de repente asustado—. ¿Te vas a morir?

—No —me dijo—. No es nada de eso. Me encuentro bien.

—¿Me lo prometes? —insistí.

—Te lo prometo —me aseguró—. No estoy enfermo, no soy gay y Penny no está embarazada.

—Bien —dije, y me di cuenta de lo mucho que me alteraba la idea de que pudiera ocurrirle algo malo—. Porque eres el mejor hermano del mundo y lo sabes.

No me importaba que me tomara por un sentimental. En ese momento lo que necesitaba era pronunciar esas palabras en voz alta y que él las oyera.

A continuación se produjo un largo silencio durante el cual él se limitó a mirar el suelo, hasta que por fin levantó los ojos y negó con la cabeza.

—Pero es que se trata justo de eso, Sam —dijo—. Creo que no soy tu hermano. Estoy bastante seguro de que no lo soy.

—¿Cómo que no eres su hermano? —preguntó mamá—. ¿Qué demonios estás diciendo? Por supuesto que eres su hermano. Yo os parí a los dos, así que me parece que debería saberlo.

Lo miré, confundido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Exactamente lo que acabo de decir —respondió—. Creo que no soy tu hermano. Creo que en realidad soy tu hermana.

2

Malos vecinos

La primera vez que me encontré con mi archienemigo, David Fugue, los dos teníamos siete años. Cuando se murió la señora Henderson, que había vivido como trescientos años en la casa que estaba a dos puertas de la nuestra, su nieta puso en venta la propiedad inmediatamente. La señora Henderson siempre me había caído bien. Se sacaba la dentadura postiza para enseñarme lo fácil que era volver a ponérsela e incluso una vez que el profesor nos pidió que lleváramos un objeto a la clase para mostrárselo a los demás me prestó su ojo de cristal. Dos de mis compañeros —¡y los dos eran chicos!— vomitaron. Ella decía que había perdido el ojo en la guerra, pero no recordaba cómo. Algo que a mí siempre me pareció un poco extraño. Si yo perdiera un ojo, estoy seguro de que recordaría lo que había ocurrido con él.

En cualquier caso, la incógnita de quién compraría la casa de la señora Henderson se convirtió en una obsesión para mis padres, que se turnaban para fingir que arreglaban las cortinas de la sala de estar o que salían a inspeccionar el jardín cada vez que un coche desconocido aparcaba en la acera de enfrente. No paraban de hablar de que los precios de las casas habían bajado y de que les preocupaba que el vecindario empezara a cambiar.

—Este barrio es de gente de toda la vida, Sam —me explicó mamá cuando le pregunté qué importancia tenía quién viviera a dos casas de la nuestra teniendo en cuenta que no los oiríamos si montaban fiestas o ponían la música fuerte. Ni siquiera oíamos lo que ocurría en la casa contigua, puesto que las paredes eran muy gruesas—. Es lo que llamaríamos un barrio de vecinos.

—Pero todos los barrios son de vecinos, ¿no? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y me miró como si yo no estuviera en mis cabales.

—Aquí todos se llevan bien —prosiguió— y sería una pena que eso cambiara. La señora Henderson era maravillosa, por supuesto, y la echaremos de menos. Francamente, me gustaría que siguiera aquí, soltando sus comentarios sarcásticos y espantando a los vendedores ambulantes. Yo siempre la veía como un personaje de Maggie Smith.

—¿Quién es Maggie Smith? —pregunté.

—La profesora McGonagall —me contestó—. De las películas de Harry Potter.

—Ah, sí —dije.

Aunque no sabía que Maggie Smith tuviera dentadura postiza y un ojo falso. Si era así, lo disimulaba muy bien en las películas.

—Y me molestaría mucho que se perdiera su legado —continuó mamá, mientras yo fruncía el ceño al no entender a qué se refería —. A ella no le habría gustado que un cualquiera fuera a vivir a su casa, ¿no te parece? Pero ¿qué se puede hacer? Este país ya no es como cuando yo era pequeña. No me malinterpretes, Sam; en realidad querría que esta parte de Londres estuviera abierta a todo el mundo…

—Los dos lo queremos —se sumó papá, que estaba sentado a la mesa de la cocina revisando la agenda de mamá para la semana siguiente.

—«Vive y deja vivir», ese es mi lema. Siempre he pensado lo mismo. Pero, para que una comunidad florezca, todos tienen que pertenecer a ella. Debemos ayudarnos mutuamente, comportarnos como buenos vecinos, sentirnos cómodos entre nosotros.

—Entiendes lo que ella te está diciendo, ¿verdad? —preguntó mi hermano Jason, que estaba sentado en un sillón ojeando una revista *Vogue* de mamá, probablemente porque siempre había fotos de chicas en ropa interior. (Lo digo en serio. Mamá las tiraba al contenedor cuando terminaba de leerlas, pero yo siempre las recuperaba y las guardaba en una caja especial cerrada con llave en el fondo del armario)—. Aquí no queremos negros, ni paquis, ni irlandeses.

Todos nos quedamos callados y mamá se apartó lentamente de la ventana con la cara blanca como el papel.

—¿Qué has dicho? —preguntó en voz baja.

—Me has oído —respondió mi hermano Jason, aunque ya no sonaba tan seguro de sí mismo y me pareció detectar un pequeño temblor en su voz.

Papá había cerrado su ordenador portátil y lo miraba con expresión de asombro.

—Lo has dicho en broma, ¿no? —preguntó mamá.

—¡Venga ya! —exclamó Jason, golpeando la revista contra la mesa—. Aquí imperan los valores de la clase media, ¿no? Sigamos siendo siempre los mismos. No permitamos que vengan extranjeros. Ni siquiera tenéis amigos negros, ¿o sí?

—Eso no es cierto —repuso papá—. Stephen y Angie vinieron a cenar hace dos semanas, ¿recuerdas?

—Bueno, aparte de ellos —dijo mi hermano.

Me sorprendió que Jason se hubiera olvidado de Stephen y Angie, puesto que mis padres los conocían desde hacía muchos años y Stephen era el padrino de Jason.

—¿Y cuántas veces salimos de copas con Jack y Roger?

—Jack y Roger no son negros —respondió mi hermano Jason—. Son gais.

—Sí, pero como nos acusas de tener prejuicios, te señalo que te equivocas. Y, por cierto, que nos veas así es muy desagradable.

—Estoy de acuerdo —añadió mamá, y a mí me dieron ganas de marcharme, porque hasta yo me sentía defraudado por mi hermano Jason, lo que no ocurría a menudo—. De hecho, no me cabe en la cabeza que hayas dicho semejante cosa. Si piensas eso de nosotros, está claro que no nos conoces lo más mínimo.

—Vale, lo siento —dijo él finalmente—. Estaba equivocado.

—Sí que lo estabas.

—Pero no podéis reprocharme que piense que no os interesa mucho cómo viven las minorías. Después de todo…

—¿Sabéis que ahora mismo hay un coche aparcando aquí delante? —lo interrumpí.

Por la ventana vi salir del coche a una pareja con un hijo más o menos de mi edad y una hija un poco mayor que no parecían nada convencidos de lo que estaban viendo.

—Echemos un vistazo —dijo mamá.

Estaba tan entusiasmada por averiguar quiénes eran que me

apartó de un empujón y casi me caigo del sofá.

—¡Mira! —exclamó, y se volvió con aire triunfal y una amplia sonrisa en la cara—. ¡Él es negro, ella es blanca y sus hijos son una mezcla de los dos! ¿Sabes qué voy a hacer, Jason? Iré allí ahora mismo y les contaré lo maravilloso que es este barrio. Sam, pásame algunos de esos folletos electorales. No pierdo nada al intentar asegurarme su voto desde el comienzo.

• • •

Al final, fueron los Fugue, la pareja que había venido a ver la casa de la señora Henderson, los que la compraron, y el día que se mudaron, mientras mamá estaba en internet tratando de encontrar algo políticamente correcto para comprarles como regalo de bienvenida, cometí el error de intentar hacerme amigo del hijo.

—He pensado en venir a saludarte —le dije después de bajar por la calle hasta su casa.

Él estaba en la entrada, mirando a su alrededor con una mueca tal que parecía que las alcantarillas se hubieran desbordado y le hubieran arruinado sus alpargatas nuevas.

—Acabáis de trasladaros, ¿verdad?

Me sentía pletórico, pues en Rutherford Road no había chicos de mi edad y en el colegio no había conseguido hacer amigos íntimos. Nadie venía a dormir a casa ni me invitaban a ir de vacaciones al sur de Francia. No sabía por qué, pero nunca me pasaba nada de eso. Tal vez tuviera que ver con mis dificultades para leer, que me volvían invisible la mayor parte del tiempo.

Aunque no es que ser invisible me desagradara demasiado. Eso significaba que los maestros apenas me preguntaban en clase, de lo que me alegraba, ya que odiaba que todos me miraran cuando no podía leer la palabra «solitario» o «coincidencia» en un libro. Aunque no solo me confundía con las palabras largas. A veces también me liaban las que tenían muchas vocales. Como «iguana». O «evacuado». Pero también las que casi no tenían vocales —como «kitsch»— podían suponer un problema. En realidad, no seguía ninguna lógica.

—Sí, pero solo estaremos un tiempo —respondió David, mirándome de arriba abajo como si yo fuera un abrigo que él

estuviera considerando devolver a la tienda—. Estamos reduciendo gastos durante uno o dos años, luego nos iremos. Por la recesión, ¿sabes? Nos ha golpeado muy fuerte. Nuestra verdadera casa es una mansión con piscina climatizada y cine en el sótano. Nos quedaremos aquí solo hasta que la economía se recupere.

Me quedé mirándolo asombrado, puesto que jamás había oído a nadie de mi edad hablar con un lenguaje tan elevado. A mí no me interesaba la economía ni sabía gran cosa sobre la vida de los demás, pero por lo que veía en la televisión entendía que nuestra casa era mucho mejor que la de la mayoría de la gente de Inglaterra. Todas las viviendas de nuestra calle eran de ladrillo rojo visto, contaban con jardines traseros de buen tamaño y tenían cuatro plantas. Oxford Street no estaba lejos. Y había una mujer a la que mamá se refería como «un miembro menor de la familia real que no pudo conseguir una residencia en el palacio de Kensington» que vivía al final de la calle, en el número uno, con su colección de espejos antiguos y un mayordomo barbudo.

—Claro —respondí—. ¿Cómo te llamas?

—David Fugue —me dijo—. Tal vez mi apellido te suene. Tenemos una cátedra en el Magdalen College. Apuesto a que no puedes deletrear «Magdalen College». Adelante, inténtalo. Te daré cinco libras si lo consigues.

—Yo me llamo Sam Waver —dije—. Vivo un par de casas más abajo, en el número diez.

—¿Waver? —preguntó él, frunciendo el ceño—. Supongo que no tendrás nada que ver con Deborah Waver, ¿verdad?

—Es mi madre —respondí.

—¡Oh, por Dios! —exclamó él, negando con la cabeza—. Lo que nos faltaba. Una política en la calle. ¿Y luego qué? ¿Una estrella de cine? ¿Un estadounidense? Ella es totalmente corrupta y tú lo sabes, por supuesto —añadió, inclinándose hacia delante y bajando la voz —. Ha conseguido entrar en el gabinete solo porque conoce algunos trapos sucios del primer ministro. Además, acepta sobornos.

Yo no sabía qué significaba nada de aquello, pero no me gustó mucho cómo sonaba. Me pregunté qué habría hecho mi hermano Jason en una situación así, y como sabía que a él no le gustaba que la gente hablara mal de otras personas, decidí salir en defensa de mi madre.

—En realidad mi madre está alcanzando la cumbre de la resbaladiza ladera de la política —le dije, sacando pecho y sintiéndome orgulloso de repetir las palabras que tantas veces había oído pronunciar a mi padre—. Dicen que tal vez llegue al Máximo Puesto. Así que cuidado con lo que dices, porque un día tendrá los códigos nucleares en su poder.

—Mi padre podría haber llegado a primer ministro —repuso David—, pero jamás habría aceptado el cargo. Es demasiado inteligente. Y ya sabes que el verdadero poder está en la sombra, ¿no? El primer ministro no es más que un títere de las multinacionales, eso es todo.

—Sí —respondí, aunque de hecho no lo sabía ni había entendido nada de lo que acababa de decirme.

—En cualquier caso, entiendo que pronto habrá elecciones —continuó—. Y algo me dice que cuando eso ocurra pondrán a tu madre de patitas en la calle.

—No eres muy simpático, ¿verdad? —repliqué, apretando la mandíbula, furioso—. Solo he venido a saludarte.

—Sí, bueno, lo cierto es que no tengo tiempo para entablar nuevas amistades, si eso era lo que esperabas —respondió él—. Verás, es que tengo muchos allá, en mi verdadera casa.

—¿Te refieres a la que habéis perdido?

—No la hemos perdido —repuso él bruscamente—. No es más que un contratiempo temporal, eso es todo.

—¿Qué quiere decir «contratiempo»?

—Un revés.

—¿Qué es un revés?

—Vaya por Dios; ¿el inglés es tu lengua materna? —preguntó.

—*Oui, bien sûr* —respondí, orgulloso de mi pequeña broma.

Él se limitó a poner los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Adónde hemos ido a parar?

—Tal vez mi madre tuviera razón —dije, empezando a enfurecerme—. No deberíamos permitir que gente de fuera venga a nuestro barrio.

David enarcó una ceja y se sacó del bolsillo una libretita y una pluma minúscula.

—¿De modo que tu madre ha dicho eso? —preguntó, al tiempo

que apuntaba la frase—. ¿Y a qué se refería, exactamente?

—A nada —respondí, dándome cuenta de que tal vez había revelado algo que no debía—. Mi madre no es racista, si es eso lo que estás pensando. Mi hermano Jason dijo que sí lo es, pero luego mi papá le explicó que no era así, puesto que ambos son amigos de Stephen y Angie y…

—Entiendo que esas personas son negras…

—En efecto —respondí—. Y Jack y Roger son gais.

—¿Quiénes son Jack y Roger?

—Unos amigos de mis padres.

—De modo que tienen dos amigos negros y dos amigos gais. ¡Qué modernos! ¡Deben de estar encantados de conocerse!

—¡Oh, cállate! —exclamé—. En mi vida había conocido a nadie tan estúpido como tú.

—Típico de obrero —respondió él.

—He dicho que te calles.

—Cállate tú, obrero. ¡No te des aires!

—¡Vosotros acabáis de llegar! ¡Yo estaba primero!

—Y no vamos a quedarnos. Una vez que la economía…

—Sí, sí, sí —dije, me di la vuelta y regresé rápido a casa, hirviendo por dentro.

¿Quién era ese chico que llegaba a nuestro barrio y se ponía a hablarme así y a insultarme? En esos momentos ya había empezado a odiarlo.

Teniendo en cuenta cómo terminaron las cosas, probablemente aquella fuera la conversación más amable que mantuvimos, puesto que, aunque jamás llegamos a las manos en los años siguientes, él siempre supo cómo sacarme de quicio, diciendo que era muy superior a nosotros y afirmando constantemente que, una vez que mejorara la economía, lo que al parecer jamás ocurría, él y su familia se marcharían para siempre y regresarían a su verdadera casa, aquella mansión de la piscina climatizada y la sala de cine en el sótano.

OCHO COSAS QUE DESEÉ QUE LE OCURRIERAN A MI ARCHIENEMIGO, DAVID FUGUE

1. Que se lo comiera un tiburón.

2. Que un loco lo encerrara en un sótano y solo le diera verdura para desayunar, comer y cenar.
3. Que lo obligaran a escuchar en bucle discos de Ed Sheeran durante una semana.
4. Que lo adoptara una familia de Nueva Zelanda.
5. Que durante la clase de matemáticas llamara «mamá» a la señorita Whiteside, porque nadie sobrevive a algo así.
6. Que lo vieran besándose a sí mismo en el espejo del baño de los chicos y que alguien le hiciera una foto en ese momento y se la mandara a todo el mundo.
7. Que lo encerraran en una institución para delincuentes juveniles.
8. Que se despertara una mañana con la cara llena de manchas.

Pero, aunque David Fugue y yo nos despreciábamos mutuamente, jamás imaginé que se enteraría del secreto de mi hermano Jason y que sería el primero en propagarlo. El día que aquello ocurrió, me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo esperando su triunfo y que estaba decidido a saborear cada momento.

La mañana después de que mi hermano Jason nos contara su secreto, mientras desayunábamos sentados a la mesa de la cocina, evitábamos mirarnos.

—Creo que lo mejor sería fingir que lo de anoche no sucedió —dijo finalmente mamá.

En ese momento solo se oía el ruido de la mantequilla al untarla en las tostadas y los sorbos de té caliente.

—No ha sido más que una de esas noches extrañas que tienen lugar de vez en cuando y de las que es mejor olvidarse, como cuando vuestro padre cantó en un karaoke delante de la reina.

Papá frunció el ceño. Se las daba de buen cantante, aunque en realidad no lo era.

—Si no recuerdo mal —dijo él—, al final la reina aplaudió.

—Por cortesía. Su Majestad siempre es cortés. Incluso ante alguien que está destrozando *Crazy Little Thing Called Love*.

Mamá miró de reojo a Bradley, el chófer del ministerio, que tenía la costumbre de entrar a tomarse un café por la mañana

mientras ella se preparaba para marcharse, y le pidió que la aguardara fuera en el coche.

—Lo mejor que puede sucedernos ahora —continuó ella en cuanto el chófer se marchó— es que todos pasemos a otra cosa y nos comportemos como si lo de ayer no hubiera sido más que un sueño extraño. Jason, eres un adolescente y estás confundido, eso es todo. Cuando crezcas, se te pasará, te lo prometo. Tienes que darte un poco de tiempo. Hoy en día se habla constantemente en la radio y en la televisión de las personas transgénero —al pronunciar la palabra dibujó unas comillas en el aire con los dedos—, pero lo que a ti te ocurre en realidad es que intentas ser diferente, crearte tu propia identidad. Es lo que siempre hacen los adolescentes. Cuando tenía tu edad quería ser investigadora privada simplemente porque había leído demasiados libros de Nancy Drew. ¿Y te acuerdas del verano pasado, cuando tu hermano no podía parar de escuchar los discos de Ed Sheeran?

—Es cierto —asentí—. Ahora, cuando lo recuerdo, me pregunto qué demonios me pasaba.

—De modo que no quiero que le repitas a nadie lo que nos contaste anoche —prosiguió ella—. ¿De acuerdo?

Mi hermano Jason levantó la mirada y cuando vi su expresión, entre perdida y solitaria, aparté los ojos.

—Tu madre y yo estuvimos hablando hasta altas horas sobre este asunto. —Papá extendió una mano, la apoyó en el hombro de Jason y le dio palmaditas como si fuera un cachorro—. Es evidente que estás atravesando una especie de crisis personal, pero somos tus padres, te queremos y vamos a buscar a alguien para que te ayude.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó él, levantando la mirada con expresión esperanzada.

Tal vez también él pensaba que aquello tenía solución.

—Ayuda médica —dijo mamá.

—¿Qué clase de ayuda médica?

—Bueno, no lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió ella, frustrada—. No soy médico. Pastillas, quizá. O hipnosis. Terapia de electroshocks.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—No estoy segura, pero me parece que consiste en que te conectan un montón de cables y cada vez que piensas en algo, es

decir, en algo que no debes pensar, recibes una descarga eléctrica. Una descarga leve, por supuesto, que no causa daños permanentes. Y al final estás tan aterrorizado que dejas de pensar en el asunto en cuestión.

—¿Qué? —preguntó Jason petrificado.

—En realidad —intervino papá—, hace un rato me preguntaba si no sería buena idea pedirle consejo a Hector.

—¿Hector qué?

—Hector Dunaway, el secretario de Sanidad, por supuesto. ¿A cuántos Hector conoces? Seguramente tiene una lista de los mejores especialistas en este asunto.

Mamá le lanzó una mirada antes de sentarse en la silla, luego cruzó los brazos, se rio y negó con la cabeza.

—Perdona, Alan, ¿te has vuelto loco? —preguntó—. ¿Quieres que le cuente a Hector que nuestro hijo piensa que es una chica?

—La palabra es «transgénero» —comentó mi hermano Jason.

—Conozco la palabra —dijo mamá, mirándolo con furia—. La he utilizado hace un momento. Pero no quiero que se convierta en una palabra habitual en esta casa.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque no —respondió ella.

—Gran respuesta —dijo Jason.

—La cuestión es que hablar con Hector sería una equivocación tremenda. Por lo que sabemos, tiene una gran ambición de poder.

—Es verdad —reconoció papá, y bajó la mirada hacia la mesa, escarmentado—. Muy mala idea. No le digas nada a Hector.

—En serio, no puedo creer que lo hayas propuesto.

—Ya he dicho que es muy mala idea —respondió papá, irritado.

—El karaoke fue una mala idea —repuso ella—. ¡Contárselo a Hector, una locura!

—¡Vale, vale! ¡Dejémoslo ya!

—No se lo contaremos a nadie —declaró mamá clavándonos la mirada de uno en uno—. Absolutamente a nadie. Nos enfrentaremos a esta situación como si Jason hubiera cometido un asesinato.

—Pero yo no he cometido ningún asesinato —protestó él.

—No, claro que no. Tal vez no me haya expresado bien. Pero recuérdalo: si realmente hubieras cometido un asesinato, nosotros,

como tus padres, haríamos lo que fuera por protegerte.

—¿En serio me estás diciendo —Jason alzó la voz lleno de frustración— que si un día me presentara en casa y te dijera que acabo de asesinar a alguien, tú me encubrirías? ¿O es que piensas que ser transgénero es tan malo como ser un asesino?

—¡Por el amor de Dios, ya no sé ni lo que digo! —gritó mamá dando un golpe sobre la mesa con ambas manos tan fuerte que todos los platos, tazas y vasos se tambalearon y los demás dimos un brinco—. ¡Pues claro que no estoy diciendo eso! Solo intentaba… Solo intento encontrarle sentido y hacer lo mejor para todos, ¿comprendes? Esto es nuevo para mí… ¿Tanto te cuesta entenderlo? No puedes esperar que tengamos respuestas para todo en el acto. Debes ser justo con nosotros. Tú llevas mucho tiempo pensando en esto. Pero ¡para papá y para mí es una novedad!

Mi hermano Jason no dijo nada, pero me dio la sensación de que se arrepentía de habérnoslo contado. Tampoco había comido nada del desayuno. Hasta su vaso de zumo de naranja estaba intacto, y eso que siempre bebía tanto que papá decía que se convertiría en una mandarina.

—Y tú, Sam —continuó mamá, señalándome con el dedo—, no le contarás a nadie ni una sola palabra de todo de esto, ¿lo has entendido? Sé que a veces te vas de la boca.

Asentí. Mi madre no tenía de qué preocuparse. No pensaba contar nada. Ya tenía suficientes problemas en la escuela.

—Y en cuanto a ti… —prosiguió mamá, volviéndose hacia mi hermano Jason, quien, para mi gran sorpresa, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? —preguntó papá tocándole el codo—. ¿No te das cuenta de que estamos intentando ayudarte?

—Lo siento —dijo Jason.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Estar llorando ahora o haber soltado tu discurso anoche?

—Todo —dijo él.

—Sigo sin entenderlo —intervine yo—. ¿Por qué piensas que eres una chica? Tienes pito. Lo sé. Te lo he visto.

—¡Sam! —gritó mamá—. ¡Nada de pitos en el desayuno!

—Perdón —dije—. Pero la verdad es que tiene pito.

—Lo que tu madre quiere decir es que sería preferible no hablar

de pitos a esta hora de la mañana —me explicó papá.

—Ah, de acuerdo —dije—. Entonces, ¿cuándo podemos hablar de eso?

—Nunca —contestó mamá.

—¿Por qué no?

—Porque son asquerosos.

—Ah —murmuró papá en voz baja—. En realidad, eso explica muchas cosas.

—No hay nada asqueroso en los pitos —intervino mi hermano Jason—. No le digas eso. Vas a traumatizarlo.

—¡Y lo dice un chico que afirma no tener pito! —exclamó mamá.

—¡Yo no digo que no tenga pito! Sé que tengo. Pero siento que…

—¡Y dale! —aulló mamá; nunca la había oído gritar tan fuerte —. ¡Seguimos hablando de pitos! ¡Y eso que he dejado bien claro que no quiero hablar de este tema! En serio, si oigo a cualquiera de vosotros decir otra palabra sobre…

Alguien llamó a la puerta de la cocina y Bradley asomó la cabeza.

—Lamento interrumpir, señora secretaria de Estado —dijo—. Pero si queremos llegar a tiempo a la reunión de gabinete deberíamos marcharnos sin dilación. Ya sabe cómo se pone el tráfico a esta hora de la mañana.

—Sí, de acuerdo —respondió mamá con un suspiro antes de levantarse de la mesa—. Mirad, volveremos a hablar cuando regrese a casa —añadió; cogió sus maletines rojos y avanzó hacia la puerta —. Y cuando digo que volveremos a hablar de esto cuando regrese a casa, lo que realmente quiero decir es que jamás volveremos a hablar de esto, ¿entendido?

Unas palabras a las que, como a tantas otras cosas que habían ocurrido durante las anteriores veinticuatro horas, no les encontré absolutamente ningún sentido.

Como nadie en la familia quería hablar con Jason sobre lo que le estaba pasando, es probable que mi hermano decidiera confiar en otra persona. Unas semanas después todos nos comportábamos como si nada hubiera ocurrido. Cuando yo intentaba hablar con mamá o papá, siempre me decían que estaban muy ocupados, y

aunque habría dado lo que fuera por saber qué pensaban, me daba miedo abordar el asunto, porque, al igual que ellos, no quería ni pensar que pudiera ser verdad. Hablar de ello equivalía a hacerlo más real y creo que ninguno de nosotros estaba listo para aceptarlo.

Jason estaba más callado que antes y se pasaba la mayor parte del tiempo solo en su habitación, pero tal vez deberíamos haber imaginado que hablaría con su novia, Penny Wilson, quien, sin ninguna duda, era la chica más guapa que había visto en la vida. Parecía una de las que salían en las revistas *Vogue* de mamá, en particular la de la página 126 del número de junio de 2017, que era mi preferido y que siempre estaba en la parte superior de la caja que guardaba en el fondo del armario. Aunque era muy guapa, Penny no siempre era simpática.

Penny y Jason llevaban apenas unos meses saliendo, pero últimamente ella pasaba mucho tiempo en casa. Al principio me molestaba que viniera, en parte porque me alejaba de mi hermano, pero sobre todo porque en su presencia me sentía cohibido. La primera vez que la había visto fue cuando los descubrí besándose en la cama, y el recuerdo más dominante de aquello no era que él me había perseguido con una raqueta de tenis, sino la visión de ella tumbada con la blusa desabotonada mostrando el sujetador rosado y la piel clara y lisa del estómago. Aquella imagen se me había quedado grabada en la mente, y me confundía, me excitaba y me atemorizaba a partes iguales. Yo también quería acariciarla y tumbarme junto a ella, como mi hermano Jason. Después de aquello pasé varias semanas pensando en ella y luego empecé a soñar con ella, y lo peor de todo es que ella seguía tratándome como a un niño, cada vez que me veía me alborotaba el pelo y me decía que cuando me hiciera mayor iba a convertirme en todo un rompecorazones.

Pero la cuestión es que Penny fue la siguiente persona a la que Jason le contó su secreto, y, aunque estoy seguro de que a ella le causó una impresión tan fuerte como a nosotros, prometió que no se lo diría a nadie. Sin embargo, pocos días después le mandó un mensaje de texto en el que le informaba de que ya no era su novia y que estaba saliendo con Jack Savonarola, el guardameta del equipo de fútbol que era medio italiano y del que todas las chicas comentaban que tenía unos ojos maravillosos; también le decía que

si Jason necesitaba una amiga ella siempre estaría a su lado.

Todo esto lo alteró aún más, pero, aunque lo intenté una y otra vez, nunca encontré la manera de hablar con él al respecto.

Volvimos al colegio y a la aburrida rutina de siempre. Pero, justo cuando yo creía que el secreto de mi hermano estaba a salvo, mi archienemigo, David Fugue, nos dio una sorpresa.

Todos sabíamos que el señor Lowry tenía una fijación con los Tudor. Independientemente de lo que estuviéramos tratando, él, de alguna manera, siempre se las arreglaba para que la conversación girara sobre ellos. Tenía verdadera obsesión.

—Es uno de los períodos más interesantes de la historia de las islas británicas —afirmó el día en que al fin se cumplieron sus sueños y llegamos a la parte de la materia en que había que estudiarlos—. Lleno de dramas y de intrigas. Y, aunque solo hubo cinco monarcas Tudor, su leyenda ha perdurado a través de los siglos. Solo ha habido seis reinas en estas islas y dos de ellas eran Tudor. ¡Y qué personajes eran todos! Enrique VII, de natural belicoso, reclamó el trono desde las montañas de Gales y expulsó al usurpador Ricardo III en la batalla de Bosworth. Y luego está la extraordinaria historia de su hijo, Enrique VIII, y sus seis esposas, un príncipe que empezó con muy buenas intenciones pero que terminó siendo un tirano. Y luego, los tres hijos que lo sucedieron y que lo convirtieron en el único monarca que engendró a tres soberanos diferentes. Probablemente sabréis que la mayoría de las novelas inglesas de los últimos diez años tratan de los Tudor. ¡Un torrente de ficción sencillamente interminable! Pero, para mí, la más fascinante de todos esos monarcas es la reina Isabel I. ¿Sabéis por qué?

Nos quedamos mirándolo fijamente y en silencio. No teníamos la menor idea. Y lo cierto es que tampoco nos importaba.

—Porque cambió la visión del mundo sobre las mujeres —explicó—. Demostró que una mujer no solo podía gobernar, sino que podía hacerlo de una manera eficaz. Mientras que su padre había pasado la mayor parte de su reinado obsesionado con la idea de tener un hijo que heredara el trono de Inglaterra, a Isabel nada de eso le interesaba. Vivía en el presente. Lo que ocurriera cuando ella ya no estuviese no le importaba en lo más mínimo.

—¿No quiso casarse? —preguntó alguien desde el fondo del

aula.

—¿Para dejarse dominar por un hombre y volverse vulnerable? —replicó el señor Lowry—. ¡No! Y, creedme, en aquella época habría pasado exactamente eso. Su marido habría asumido el trono y ella se habría condenado a ocupar un lugar menor en la historia. No, Isabel decidió que jamás se casaría. No se veía como rey ni como reina, sino simplemente como soberana. Ni hombre ni mujer. Completamente desprovista de género.

—Un poco como Jason Waver —dijo David Fugue inesperadamente.

Yo levanté la mirada, sin estar seguro de haberlo oído bien.

—¿Qué has dicho, David? —preguntó el señor Lowry, mirándolo con expresión de perplejidad.

—He dicho que me recuerda a Jason Waver, señor. El hermano de Sam. «Ni hombre ni mujer. Completamente desprovisto de género».

En la clase todos se volvieron hacia mí confundidos. Yo me sonrojé y noté que el corazón me latía cada vez más rápido. Había dejado de ser invisible.

—No tengo la menor idea de lo que estás diciendo —repuso el señor Lowry, negando con la cabeza—. Yo estoy hablando de la reina Isabel I y tú hablas de…

—Oh, ¿no se había enterado, señor? —preguntó David, sonriendo como un gato que acabara de atrapar a un ratón—. Resulta que el hermano de Sam ha decidido que quiere ser chica.

A esas alturas todos se miraban entre sí boquiabiertos. No entendían lo que estaba ocurriendo, pero intuían que era algo escandaloso.

—¿Que quiere ser una chica? —preguntó el señor Lowry, volviéndose hacia mí—. Lo siento, no sé bien a qué te…

—¡Oh, señor! —exclamó David, haciendo un gesto de exasperación y alzando la voz—. ¿No es obvio? El hermano de Sam es un travesti. Le contó a Penny Wilson que no es un chico, que cree que es una chica atrapada en el cuerpo de un chico. ¡Es un verdadero friki!

—¡Qué estupidez! —dijo Adam Connors, que se sentaba detrás de mí—. ¡El hermano de Sam es el mejor futbolista de la escuela!

—¿Y? —preguntó David—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la

otra? ¿Crees que eso significa que no puede ser un travesti?

—Así es —respondió Adam.

Adam era el mejor futbolista de nuestro curso, por lo que cualquier agravio inferido a mi hermano Jason se lo infligían a él también.

—¡Bueno, ya basta! —dijo el señor Lowry, levantando la voz, lo que era raro en él.

Cogió el borrador y lo golpeó contra el escritorio para restablecer el orden. La conversación en el aula se detuvo inmediatamente y me di cuenta de que David Fugue me estaba sonriendo, encantado de haber provocado el jaleo. Me volví, recorrí la clase con la mirada y noté que todos los ojos estaban clavados en mí, esperando que yo dijera algo. Pero ¿qué podía decir? Ahora ya lo sabían. Todos lo sabían. Me levanté torpemente del asiento y casi me tropecé con mi bolsa cuando salí disparado; oía risas a mis espaldas mientras corría al baño de hombres, donde me metí en un cubículo y cerré la puerta un instante antes de vomitar todo el desayuno en la taza del váter.

En ese instante tuve el convencimiento de que mi vida había llegado a su fin. Y todo por culpa de mi hermano Jason.

3
Junto a los lagos

Llegaron las vacaciones de mitad de trimestre y durante una semana no tuve que ir a la escuela ni enfrentarme a los cotilleos, lo que me supuso un gran alivio. No puedo imaginarme lo liberadora que debió de ser esa semana para mi hermano, que llevaba tiempo apartado de sus amigos y se pasaba las horas encerrado en su habitación. Los rumores habían revoloteado por la escuela como bolsas de plástico empujadas por el viento y casi nadie hablaba conmigo, pero cada vez que entraba en alguna clase oía que la gente se reía a mis espaldas. Metieron un sujetador en mi taquilla y cuando lo saqué, con la intención de tirarlo a la basura, uno de los bedeles que pasaba por allí me dijo que yo era un pervertido que me excitaba con las prendas femeninas y que merecía que me encerraran.

—Lo has robado de algún tendedero, ¿verdad? —me preguntó, prácticamente escupiéndome en la cara—. En mis tiempos esto no se habría tolerado. Habría que reinstaurar el servicio militar obligatorio, lo digo en serio.

Dejaron un estuche de maquillaje en mi mesa y cuando lo cogí los polvos salieron volando y cayeron en mi jersey, y luego todos dijeron que me había puesto rímel en el baño. Cuando señalé que el rímel se ponía en los ojos y que claramente eso era colorete, que se aplicaba en las mejillas, de modo que se habían colado, apenas salieron de mi boca esas palabras me di cuenta de mi error y toda la clase se echó a reír a carcajadas. Y cuando fui al baño, los niños que estaban haciendo pis en los urinarios me llamaron pervertido y me acusaron de intentar mirarles el pito. Lo que no tenía el menor sentido.

CINCO RAZONES POR LAS QUE ESO NO TENÍA EL MENOR SENTIDO

1. No soy gay.
2. Mi hermano Jason no es gay.
3. El hecho de que mi hermano Jason piense que es mi hermana no lo convierte en gay.
4. Incluso si mi hermano Jason fuera gay, cosa que no es, eso no significaría que yo también lo soy.
5. Y si nada de lo anterior fuera cierto y mi hermano Jason y yo fuéramos gais, yo tendría cosas mejores que hacer que tratar de espiarles sus diminutos y encogidos pitos, que por otro lado son verdaderamente asquerosos.

Unos meses antes en casa nos habíamos enzarzado en una discusión interminable respecto a dónde debíamos irnos de vacaciones durante esa semana libre y la decisión había terminado siendo mucho más complicada de lo previsto.

—Vayamos a algún lugar cálido —dijo mi hermano Jason, a quien le gustaba el sol.

—A algún lugar frío —repuse yo, que no me gustaba.

—El clima es la menos importante de nuestras preocupaciones —respondió mamá.

—A mí no me importaría hacer un recorrido en coche —intervino papá, al tiempo que ojeaba un atlas que había dejado abierto sobre la mesa de la cocina y pasaba un dedo por la autopista —. Ir desde Calais hasta Andorra. ¿Cuánto crees que tardaríamos? ¿Qué os parecería que alquiláramos una autocaravana? Siempre he querido hacerlo.

—No creo que ir a Francia sea buena idea —replicó mamá—. Con todo el sentimiento antieuropeo que hay ahora, la gente del partido podría suponer que hago una especie de declaración yendo allí. Cuando al final se marche el primer ministro, no nos conviene proporcionarles munición a mis enemigos innecesariamente.

—¿Tienes enemigos, mamá? —pregunté preocupado, y levanté la mirada.

—Algunos. No más que cualquiera que esté en mi posición.

—Entonces, ¿toda Europa queda descartada? —preguntó papá —. ¿El continente en su totalidad?

—Bueno, no necesariamente —contestó ella—. Tenemos que ser selectivos, eso es todo. Es importante que se me vea como alguien que apoya al cien por cien a Europa mientras que, al mismo tiempo, se opone totalmente a todo lo que representa.

—A mí me gustaría mucho ir a Praga —intervino mi hermano Jason—. He estado leyendo a Kafka últimamente y allí hay un museo dedicado a él.

—¿La República Checa está en la Unión Europea? —preguntó mamá.

—Me parece que sí.

—Hummm.

—¿E Italia? —preguntó papá—. La estatua de David… *La Gioconda*…

—*La Gioconda* está en París —dije.

—En cualquier caso, Italia es un país demasiado inestable —respondió mamá—. Siempre hay alguna elección u otra y eso es lo que menos me conviene.

—¿Grecia?

—La verdad es que siempre he querido ver Atenas —dijo ella, animándose un poco—. Pero ¿qué mensaje estaría dando? ¿Qué opinas? ¿Que estoy brindándoles mi apoyo a los griegos y que me opongo a la política de austeridad de la Unión Europea?

—Tal vez solo significaría que hemos conseguido billetes baratos —comenté.

—No seas ridículo. Mirad —declaró, levantando la voz como si estuviera a punto de dar un discurso en la cámara, lo que me hizo sentir el repentino impulso de gritar «¡Orden! ¡Orden! ¡Escuchemos a la muy honorable diputada!»—. No me opongo a Grecia y, como todos ya sabéis, nadie aprecia el queso feta y las aceitunas más que yo, pero me parece que hay demasiadas variables. El mundo es muy grande. ¿No podemos pensar en algún lugar que sea apropiado en todos los aspectos?

—Irlanda estaría bien —sugerí.

—Bueno, me lo estás poniendo difícil a propósito —dijo mamá, haciendo un gesto de exasperación—. Me acusarán de estar a favor de una frontera blanda. Francamente, Sam, si no estás dispuesto a tomarte esta conversación en serio, tal vez deberías ir a jugar al jardín.

—¿Ir a jugar? —repetí, preguntándome si mi madre pensaría que yo todavía tenía cinco años.

—¿Australia? —propuso papá.

—Demasiado lejos. El vuelo me dejaría hecha polvo.

—¿Japón?

—Sabes que no soporto la comida china.

—Supongo que no se te escapa que China y Japón son dos países totalmente diferentes, ¿verdad? —preguntó Jason.

—¿Y Estados Unidos? —propuso papá—. Si vamos a Washington, tal vez podamos…

—Antes de que se te ocurra hacer una sugerencia ridícula —repuso mamá—, tienes que entender que los presidentes solo se reúnen con los primeros ministros de otros países, no con los miembros de los gabinetes. Pero supongo que siempre podríamos conseguir algunas buenas fotos para las redes sociales que den a entender que hemos tenido encuentros con personas importantes.

—¿Hay Disneylandia en Washington? —pregunté.

—Así es. Se llama «Casa Blanca».

—¿Hay algo allí que a Sam y a mí nos gustaría hacer realmente? —preguntó mi hermano Jason, irritado.

—¿Estar con vuestra familia? —replicó mamá—. ¡Francamente, chicos! Vuestro padre y yo os cuidamos todo el año y cuando proponemos unas vacaciones en las que podamos pasar un tiempo juntos, como una familia de verdad, lo único que hacéis es quejaros. No sé por qué me tomo la molestia, en serio.

Al final ni siquiera cogimos un avión, sino que fuimos en coche al Distrito de los Lagos unos días, donde hicimos senderismo. Mamá se sentaba en las rocas mientras papá tomaba fotos de ella leyendo *Poemas escogidos de William Wordsworth* y mirando a lo lejos como si no estuviera del todo segura de quién era o qué hacía allí. Pero cada noche, cuando volvíamos al hotel, el recibimiento era siempre terrible, el wifi jamás funcionaba, de modo que mi padre no podía postear las fotos en internet, terminaba peleándose con el gerente por una gotera en la ducha y declaraba que todo aquel asunto había sido una verdadera pérdida de tiempo.

Lo cierto es que esas vacaciones no fueron bien desde el principio. Apenas habíamos vuelto a hablar sobre lo que mi hermano nos había confesado unos meses antes y, si bien a mí no me sorprendía

que mis padres se negaran a abordar ese asunto, me preguntaba cuándo lo sacaría a colación nuevamente Jason o, de hecho, si alguna vez volvería a mencionarlo. Era esa clase de situaciones por las que se había inventado la frase «un elefante en la habitación», solo que el elefante en cuestión iba apretujado en el asiento trasero del coche con nosotros, nos seguía cada vez que salíamos a caminar y se sentaba a nuestra mesa cuando nos disponíamos a comer. Durante todo el viaje nos limitamos a hablar de temas seguros y nada polémicos y poco a poco me fue invadiendo una mezcla de bochorno, frustración e histeria reprimida. Cuando durante una cena, después de un tenso silencio de diez minutos, papá me preguntó en tono despreocupado si había pensado en lo que quería ser de mayor, yo respondí casi a voz en grito: «¡Sí, quiero ser bombero! ¡No, médico! ¡No, bibliotecario! ¡No, instalador de alfombras! ¡O pintor y decorador! ¡O podría trabajar en un zoológico! ¡O ser veterinario! ¡Tal vez bombero! No, bombero ya lo he dicho, ¿verdad?». De hecho, me puse tan frenético enumerando los oficios que podría ejercer que, cuando por fin me callé, advertí que todos los presentes se habían vuelto y me miraban como si hubiera enloquecido. Era como si me hubieran descubierto otra vez escuchando los discos de Ed Sheeran.

—Bueno, está bien no descartar ninguna opción —dijo papá en voz baja antes de beber un sorbo de su pinta de cerveza Real Ale, que no le gustaba mucho, pero le daba una imagen de hombre campechano en las fotografías.

La última noche que pasamos allí, una huésped de unos sesenta años que llevaba un moño alto y el pelo teñido de un tono azul tan antinatural que me recordaba a Marge Simpson reconoció a mamá.

—Espero que no le importe —dijo la mujer acercándose con la mano extendida—. Usted es quien yo pienso que es, ¿no?

—Bueno, eso depende de quién piense usted que soy —respondió mamá.

—La ministra del gabinete. Deborah Waver. ¿Es así?

Mamá asintió y sonrió.

—Quería acercarme a saludarla y darle las gracias —dijo la mujer—. Por todo lo que ha contribuido a nuestra salida. Usted es demasiado joven para recordarlo, pero yo me manifesté en contra de Ted Heath cuando nos hizo entrar en el Mercado Común. ¿Por

qué demonios teníamos que encadenarnos a una panda de países de segunda donde la gente desayuna toda clase de carnes raras y se pasan todo el tiempo guerreando entre sí?, me preguntaba. ¡Y, por el amor de Dios, la mayoría ni siquiera habla inglés! Cuarenta años tuvimos que aguantarlos. Pero ahora, por fin, la pesadilla ha acabado. Gracias a personas como usted.

Mamá se removió en la silla, un poco incómoda.

—Bueno, yo no definiría de ese modo a nuestros socios europeos —dijo—. Y, por supuesto, todavía tenemos que colaborar con ellos en la…

—Ellos se lo pierden y lo saben —continuó Marge Simpson—. Todos desearían estar alineados con nosotros. ¿Qué fue lo que dijo Cecil Rhodes? «Pregúntenle a cualquier hombre de qué nacionalidad querría ser y el noventa y nueve por ciento responderá que inglés». Y tenía toda la razón, desde luego. Cuando finalmente se vaya el primer ministro, espero que usted se presente para el Máximo Puesto. Usted es exactamente lo que necesitamos. ¡Alguien capaz de mantener a raya a los extranjeros!

—Ahora mismo ese puesto no está disponible —respondió mamá —. De modo que, naturalmente, yo ni siquiera me lo he planteado. De momento, debemos ocuparnos de proteger los intereses británicos al mismo tiempo que…

—Sí, sí —dijo la mujer haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. No está respondiendo a una entrevista, querida, así que no hace falta que me venga con esas bobadas. Las dos sabemos cuál es su posición. Permítame que le diga que en los últimos años mi barrio ha cambiado por completo. Los que viven al lado, mis propios vecinos de la casa contigua, son paquistaníes, por increíble que parezca. Proceden de algún sitio cercano a Nueva Delhi, según me dijeron. ¿O era Seúl? Da lo mismo. Y hoy en día una no puede siquiera caminar por la calle sin encontrarse con un par de maricas cogidos de la mano. ¿Y la reina qué piensa de todo esto? Eso sí que me gustaría saberlo. Y todos esos jóvenes apuestos de los que se rodea en el palacio de Buckingham, esos lacayos y asistentes, etcétera, ¿es posible que haya alguno marica? ¡Ni hablar! Y tiene que entender que soy la persona con menos prejuicios que existe, incluso tengo los *Grandes éxitos* de Elton John en mi coche, pero lo que no me cabe en la cabeza es que esta clase de personas vengan a

vivir a una comunidad en la que no encajan. Serían más felices en el extranjero, estoy segura de ello. Más bien les haríamos un favor.

Mis padres se miraron de reojo, incómodos, y yo me di cuenta de que mamá estaba a punto de soltar otro discurso políticamente correcto cuando Jason preguntó:

—¿Y si a ellos les molesta usted?

—¿Perdón? —dijo la mujer, volviéndose para mirarlo por primera vez.

—He preguntado: «¿Y si a ellos les molesta usted?» —repitió—. No porque tengan prejuicios, por supuesto, pero ¿y si no les gusta que en la casa contigua esté una persona que cree tener derecho a decidir quiénes pueden vivir donde quieren y quiénes no?

—Jason, para —dijo mamá.

—¿Este es su hijo? —preguntó Marge Simpson.

—Sí, pero no sabe lo que dice.

—¿Por qué lleva el pelo así? Parece Twiggy en su mejor época.

—Claro que sé lo que digo —protestó mi hermano, indignado—. Leo los periódicos, veo los telediarios, me paso la mitad del tiempo en internet. Y mi madre es ministra, por el amor de Dios. Creo que tengo algún conocimiento de lo que pasa en el mundo.

—¡Jason! —exclamó papá, levantando la voz.

—¿Qué? —preguntó él, confundido.

—Para ya.

—Ese pañuelo que lleva en el cuello, joven —comentó la mujer, inclinándose hacia delante y entornando los ojos—. Estoy segura de que está pensado para chicas, no para chicos. Mi nieta tiene uno idéntico. Y si no le importa que se lo diga, le da un aspecto muy femenino.

—Gracias.

—¿Por qué demonios me da las gracias este chico? —preguntó ella, mirándonos uno a uno—. No era un cumplido. ¿Está un poco tocado, tal vez? ¿Tiene algún trastorno mental?

—Se encuentra bien —respondió mamá—. Es un adolescente, eso es todo. Está confundido.

—Ah —dijo la mujer desdeñosamente—. Bueno, a los adolescentes hay que echarles de comer aparte.

—En especial si son paquistaníes —contestó mi hermano Jason —. O maricas. En realidad, los historiadores están bastante

convencidos de que Cecil Rhodes era gay, ¿lo sabía? Su amante murió en sus brazos, de hecho, y él nunca se repuso de esa pérdida. Además, era un supremacista blanco y un racista redomado.

—Tiene que aprender modales, joven —dijo la mujer alzando la voz y apuntándolo con un dedo nudoso.

—Yo creo que de los dos soy el único que tiene buenos modales —repuso él—. Usted no es más que una vieja fanática e ignorante que se peina como Marge Simpson.

—¡Es lo que estaba pensando! —exclamé, encantado de que él también hubiera percibido esa similitud.

—¡Bueno! —dijo ella, antes de retroceder un paso y hacerse la ofendida—. Desde luego que no he venido hasta aquí para que me insulten.

—¡No lo digas, Sam! —rugió papá, que se había dado cuenta de que yo estaba a punto de soltar uno de mis chistes favoritos.

—Mejor no la entretengo más —dijo la mujer, volviéndose hacia mamá—. Veo que tiene sus propios problemas, querida. Solo quería darle las gracias, eso es todo. Y cuando el primer ministro se vaya, tiene mi apoyo, por lo que pueda valer. Siempre y cuando antes pueda meter a su familia en vereda, por supuesto.

—Gracias —respondió mamá—. Le pido disculpas por lo que le ha dicho mi hijo.

La mujer resopló un poco, le echó una última mirada de disgusto a Jason y se marchó.

—Nunca pidas disculpas por mí —dijo mi hermano sin alzar la voz, pero con un tono que sonó como un trueno.

—Lo haré si tú…

—Te has propuesto arruinar estas vacaciones, ¿no? —preguntó papá, volviéndose furioso hacia él.

—Yo solo…

—Si no puedes tratar a la gente con educación, es mejor que no abras la boca.

—¿Eso significa que no puedo hablar? —preguntó él—. ¿No puedo expresar mi opinión?

—Bien mirado —dijo papá—, probablemente sería mejor que no lo hicieras. Y quítate ese pañuelo ridículo y no te recojas el pelo en esa estúpida coleta. Y haz algo con ese flequillo estúpido y ese patético peinado a capas que hace que te parezcas a Rachel de

Friends. ¿Tienes idea de la vergüenza que da sentarse al lado de alguien con tu aspecto?

Cuando esa noche Jason y yo fuimos a la habitación que compartíamos nos sentíamos profundamente incómodos. Había notado esa tirantez la noche de nuestra llegada y en los días sucesivos no había hecho más que aumentar. Antes de que nos contara su secreto, me habría encantado compartir habitación con él, lo que no hacíamos desde que yo era pequeño, pero ahora solo me sentía inquieto y violento. Él se puso el pijama despreocupadamente al tiempo que hacía *zapping*, pero yo me cambié en el baño y ni siquiera miré en su dirección cuando salí.

Sin embargo, al meterme en la cama vi que se había soltado el pelo, que ahora le caía sobre los hombros, y que el pañuelo que había dado tanto que hablar colgaba del respaldo de la silla, mientras que la goma azul de la coleta descansaba sobre la cómoda. Me pregunté qué pensaría si cuando se despertara ambas cosas hubieran desaparecido. Se daría cuenta de que las había cogido yo, por supuesto. Pero, si solo faltaba una de las dos, tal vez pensaría que la había perdido en algún sitio. ¿Qué sería peor? ¿El pañuelo o la goma? El pañuelo, decidí. Sin duda alguna, el pañuelo.

—¿Sam?

Miré hacia la otra cama y me di cuenta de que mi hermano llevaba un rato tratando de captar mi atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Pareces estar soñando despierto.

—Lo siento —dije, negando con la cabeza—. Estaba pensando.

Él rodó en la cama hasta quedar de lado y, sin dejar de mirarme, apoyó la cabeza en una mano.

—¿En qué pensabas?

Yo dudaba sobre si debía preguntarle una cosa o no, pero finalmente decidí que, si no lo hacía en ese momento, no lo haría jamás.

—En la escuela —dije.

—Sí.

—Y en los rumores.

—¿Qué problema hay con los rumores?

—Deben de molestarte mucho, ¿no?

Él suspiró y esperó un poco antes de responder.

—Intento no hacerles caso —dijo—. La mayoría de mis amigos

se han portado bastante bien, en realidad. Algunos no saben qué decir. Pero ninguno ha intentado acosarme ni nada de eso.

Lancé una risita amarga.

—¡Faltaría más! —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, se trata de ti, ¿no? —pregunté—. Si yo llego a la escuela y tengo una mancha nueva, la clase entera se me echa encima. Tú puedes decir que eres… que eres…

—Transgénero.

—Sí, eso. Y…

—Dilo, Sam. No te va a quemar la boca.

—Puedes contarlo por ahí —continué, sin hacerle caso—, y nadie te va a acosar porque siempre has sido popular. La gente como tú lo tiene muy fácil.

Se echó a reír.

—¿Crees que es fácil? —preguntó—. Tal vez no se atrevan a soltarme cosas desagradables a la cara, pero sé lo que comentan a mis espaldas. Hasta mis amigos más íntimos se ponen nerviosos porque tienen miedo de decir algo equivocado. ¿Sabes que últimamente han celebrado fiestas a las que no he sido invitado?

Negué con la cabeza. No lo sabía.

—Hace unos meses yo habría sido el primero de la lista. Y ahora no me entero de que ha habido una fiesta hasta la mañana del lunes siguiente. Créeme, Sam, tal vez las reacciones con que me encuentro sean distintas a las que sufres tú, pero eso no lo hace más fácil.

No dije nada y traté de reflexionar al respecto. Yo seguía pensando que sería más fácil si nadie se burlara de mí en la cara.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él finalmente.

—Claro.

—¿Por qué casi no tienes amigos?

—¿Qué? —Lo miré sorprendido.

—Nunca traes a nadie a casa. Nunca vas a fiestas de cumpleaños. Nunca hablas sobre nadie de tu clase. Llevo un tiempo pensando en ello, pero no estaba seguro de si debía preguntártelo o no.

Aparté la mirada y la posé en el armario, las cortinas, el espejo, cualquier sitio para no mirarlo a él.

—Sí que tengo amigos —respondí por fin.

—No quiero ser desagradable contigo —dijo él.

—Ya lo sé.

—Solo me preocupo por ti, eso es todo.

—¡Sí que tengo amigos! —repetí.

—¿Es porque tienes dificultades para leer? —preguntó.

Me encogí de hombros, saqué las manos de debajo de la sábana y me contemplé los dedos un rato. Tenía que cortarme las uñas, pero no había pensado en meter el cortaúñas en el neceser.

—La gente cree que soy tonto —respondí—. Me llaman de todo.

—Eso es lo que hace la gente cuando no entiende algo.

—Y como tú eres muy bueno con los deportes y yo malísimo, se burlan de mí.

Se quedó callado un rato y, cuando por fin habló, me sorprendió con una propuesta.

—¿Quieres que asaltemos el minibar? —Lo miré, sin saber a qué se refería exactamente—. El minibar —repitió, antes de levantarse de un salto de la cama y abrir la nevera que había debajo del televisor. Estaba llena de botellitas y latas—. ¿Qué te apetece? Hay Coca-Cola,
Fanta, Sprite…

—¿No nos meteremos en un lío? —pregunté.

—Bueno, ¿y qué? ¡Haber puesto un candado en la puerta de la nevera! Ten —dijo, lanzándome una Fanta.

La abrí y la observé mientras salían las burbujas. Él cogió una lata de cerveza, se sentó en la cama, bebió la espuma que se había formado en la parte superior y luego se lamió los labios. En realidad no podía tomar cerveza, puesto que solo tenía diecisiete años, pero yo sabía que le gustaba. Algunas noches, cuando salía con sus amigos, al volver se le escapaba la risa y mamá se quejaba de que apestaba a bar, y al día siguiente se quedaba horas tumbado en la cama y cuando yo me acercaba me gruñía.

—De acuerdo, Sam —dijo—. Imaginemos que han pasado diez años. Tienes veintitrés. ¿Dónde estás?

Pensé en mi respuesta.

—Me he ido a vivir por mi cuenta —dije.

—Bien. ¿Y qué más?

—Mi casa es muy grande. Como una mansión.

—Por supuesto.

—Porque soy muy rico.

—Naturalmente. Pero ¿qué estás haciendo?

—Estoy conduciendo mi coche descapotable por la autopista con la música a todo volumen.

—¿Ed Sheeran?

—¡Cállate!

—¿Y de dónde sacas tanto dinero?

Pensé en ello.

—He ganado la lotería —respondí.

—Qué afortunado. ¿Me has dado algo?

—Un poco. No demasiado. No quiero malcriarte.

—De acuerdo —dijo él, riendo—. Ahora volvamos a la vida real. En serio, ¿dónde te ves dentro de diez años?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —respondí—. ¿Se supone que tendría que saberlo?

—No —dijo él; levantó una almohada extra que antes había tirado al suelo y se apoyó en ella—. No tienes por qué.

—¿Tú sabías lo que querías hacer cuando tenías mi edad? —le pregunté.

—Sabía algunas cosas —dijo.

Me mordí el labio. La conversación estaba derivando hacia un asunto que no me apetecía nada tratar.

—De acuerdo, pues —continué—. ¿Y tú qué? Dentro de diez años, tendrás veintisiete. ¿Dónde estás?

—Ah —dijo él, esbozó una sonrisa y bebió un largo sorbo de cerveza—. Vale. En primer lugar, soy un escritor famoso.

—Genial.

—Y cada libro que escribo vende un millón de ejemplares y gana montones de premios.

—Eso se da por sentado.

—Y tengo una novia guapísima que me adora y yo también la adoro, pero es una ninfómana desquiciada que insiste en que hagamos el amor diez veces al día.

Solté una risita, aunque no supe por qué reía.

—¿Qué? —preguntó él, percibiendo un cambio en mi actitud.

—Nada.

—Nada no. Es algo. Así que dímelo.

—Bueno, es solo que… ¿Estás seguro de que no preferirías un novio? —pregunté.

—¿Por qué iba a preferir un novio?

—No lo sé.

—Entiendes que no soy gay, ¿verdad? —preguntó, un poco frustrado—. Quiero decir, estaría bien si lo fuera y acabara de salir del armario y te lo hubiera contado. Pero no lo soy.

—Tal vez lo que ocurre es que no sabes que eres gay.

—Pero sé que guardas una caja cerrada con llave en el fondo del armario con un montón de antiguas revistas *Vogue* de mamá y las que tienen chicas con ropa interior están arriba de todo.

—Vaya —dije, sintiendo que me sonrojaba.

—No importa, a mí me da igual —rio él—. No te avergüences tanto, por el amor de Dios. No es nada.

—No me avergüenzo.

—Por favor, ¡si podría freír un huevo en tu cara! Yo también tengo revistas. Y sé que las has visto, porque tú también husmeas en mi habitación. ¿Y qué has visto en esas revistas? Me refiero a las que tengo en mi habitación.

—Chicas.

—Exacto, chicas. ¿Has visto alguna en la que salgan chicos?

—Bueno, a veces —respondí—. Pero los chicos siempre están con chicas. Es decir, haciendo cosas con ellas.

—Yo no las compro por los chicos —me explicó—. Las compro porque mamá y papá se niegan a quitar los controles parentales de nuestros ordenadores.

—Lo sé —dije—. Lo detesto.

—De modo que no soy gay.

—De acuerdo.

—¡No lo soy!

—¡Te creo! —exclamé, empezando a irritarme—. Pero si piensas que en realidad eres una chica, ¿eso no significa que preferirías estar con chicos?

—No necesariamente —respondió—. Es muy complicado.

—Entonces explícamelo —dije, volviéndome hacia él—. Porque no lo entiendo. Di.

Él se recostó en la cama y suspiró antes de tomar otro largo trago de cerveza. Terminó la lata y cogió otra.

—¿Sabes cuál es uno de mis recuerdos más antiguos?

Negué con la cabeza.

—Yo tenía tres años y empezaba a asistir a esa guardería a la que íbamos cuando éramos pequeños… ¿La recuerdas?

—Sí.

Yo había ido a esa guardería un año antes de empezar el colegio. Estaba llena de niños gritones, y había más piezas de Lego de las que he visto en toda mi vida. Allí me lo pasaba en grande.

—Era mi primer día —continuó—. Yo estaba jugando con una niña que se llamaba Amelia y un niño que se llamaba Jack. Amelia dijo que tenía que ir a hacer pis, Jack dijo que tenía que ir a hacer pis y yo, naturalmente, también dije que tenía que ir a hacer pis, así que los tres nos levantamos al mismo tiempo y fuimos a los baños, y había dos, por supuesto, uno para los niños y otro para las niñas, pero estaban uno al lado del otro. Y cuando llegamos, Jack se metió por una puerta y Amelia por la otra. Pero yo la seguí a ella. Se puso a gritar, aunque yo aún estaba en la puerta, y me empujó para que me fuera, entonces vino la maestra y me dijo que había entrado por la puerta equivocada, que el baño de los niños estaba al lado, y yo negué con la cabeza y no quise entrar. La profesora intentó convencerme por todos los medios, pero yo decía que no quería ir al baño de los niños, que tenía que ir al de las niñas. Y, como te he dicho, solo tenía tres años. No sabía nada de nada. Pero lo que sentía era que… que lo correcto era ir al baño de las niñas. Finalmente, como ella no me dejó entrar, me lo hice encima y todos los niños me señalaron y se rieron de mí. Eso no me molestó demasiado. En esa guardería no pasaba una hora sin que algún niño se hiciera pis encima. Al final del día era como si todos nos hubiéramos hundido en el *Titanic*. En cualquier caso, a la mañana siguiente llamaron a mamá y a papá y ellos me regañaron, y desde entonces usé el baño de los niños, aunque nunca me sentí bien haciéndolo.

—Siempre usas el baño de los minusválidos —dije en voz baja.

Hacía varios años que lo venía observando, y no le daba mucha importancia, porque lo atribuía a su timidez.

—Sí, así es —dijo—. No puedo entrar en el de las chicas, obviamente. Pero no me siento cómodo en el de los chicos.

—Entonces, ¿es por eso? —pregunté, pensando que aquella no

me parecía una verdadera razón—. ¿Por eso crees que eres una chica?

—No, claro que no. Es solo uno de mis primeros recuerdos. Pero toda mi vida gira en torno a momentos como ese. Pedir que me regalen una muñeca para Navidad y que me digan que no; que tengo que pedir una pistola de juguete o un juego de ordenador. Que me lleven a comprar ropa y sentir que estoy en la sección equivocada de la tienda y que una especie de imán que me atrae hacia la planta superior. Probablemente no lo recuerdes, pero cuando cumplí doce años no quise invitar a ningún chico a mi fiesta. Solo a chicas. Estaba en esa etapa en la que odiaba a los chicos. Y papá no paraba de decirme que yo era un donjuán, pero no entendía nada. Estábamos cambiando y yo sentía que tenía que estar en el grupo de las chicas, no en el de los chicos. ¿Me entiendes?

No dije nada.

—Piénsalo, Sam —prosiguió—. Ya tienes trece años. Imagínate que vienen cuatro personas de tu clase a casa para pasar la tarde contigo en tu dormitorio, ¿con quién te sentirías más cómodo? ¿Con cuatro chicos o con cuatro chicas?

—Con cuatro chicos —respondí.

—Y sin embargo no paras de mirar fotos de chicas ligeras de ropa. Que es lo mismo que le sucede a la mayoría de los chicos de tu edad. Pero yo siempre he sido diferente. Quería estar con chicas y también mirarlas.

—Entonces… ¿Eso quiere decir que eres gay? —pregunté.

—Ya te he dicho que…

—No, me refiero a que, si piensas que en realidad eres una chica pero te gustan las chicas, ¿eso no significa que en el fondo eres gay? ¿Una chica gay?

—Bueno, supongo —dijo él, reflexionando al respecto—. No lo sé. Eso es lo verdaderamente complicado. Todavía no lo he decidido. Aún no conozco todas las respuestas, Sam. Solo tengo diecisiete años. Todavía intento entender todo lo que me sucede. Es muy difícil, en serio.

—¿Y el fútbol?

—¡Da la casualidad de que el fútbol me gusta mucho! —exclamó —. ¡Y que se me da muy bien! Como a muchas chicas, ¿sabes?

—El caso es que… —empecé a decir después de meditarlo unos segundos— que dijeras que no eres mi hermano no me hizo ninguna gracia.

—Tal vez me expresé mal —respondió—. De todas maneras, hay una cosa que sé con toda seguridad, y es que tú eres mi hermano. Y que lo serás siempre.

—Pero tú eres un chico —insistí.

—Si me vuelves a decir que tengo pito, empezaré a pensar que el gay eres tú.

Todo ese asunto estaba volviéndose tan desconcertante que no podía tomármelo a broma, así que bajé de la cama y fui al baño. Una vez dentro me miré la cara en el espejo. Yo era un chico, ¿no? Me toqué las mejillas y el mentón. Me pasé el dedo por encima del labio superior en busca de alguna señal de bigote, deseando que me creciese pronto. Miré dentro del pijama. ¡Yo era un chico! ¿Podía cambiar de repente como mi hermano Jason? Esperaba que no.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Sam? —preguntó mi hermano—. ¿Sam, te encuentras bien?

—Sí.

—Entonces sal.

—Estoy en el baño.

—Sí, pero no lo estás usando, así que sal. Por favor.

Esperé unos instantes, abrí la puerta y corrí a la cama, donde me subí las sábanas hasta el mentón.

—De acuerdo —dijo él con un suspiro; caminó lentamente hacia su cama y se tumbó—. ¿De qué tienes miedo?

Tragué saliva.

—¿Y si me pasa a mí? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si un día me despierto y pienso que soy una chica?

Mi hermano Jason se echó a reír y negó con la cabeza.

—Créeme, eso no te va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Porque no quiero ser una chica —insistí, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas—. Odio a las chicas…

—Tú no odias a las chicas.

—No, pero no quiero ser una de ellas. Se visten como estúpidas

y usan perfume y no paran de bailar y poner los ojos en blanco y mirar a todo el mundo con gesto de exasperación. Además son malas y hablan de Justin Bieber y…

—Oh, por el amor de Dios, Sam —dijo él, irritado—. Las chicas no son solo eso. No seas gilipollas.

—¿Qué?

Suspiró.

—En serio, Sam, no tienes de qué preocuparte. Si algo sé con seguridad, es que tú y yo no somos iguales. Tú eres un chico y lo serás siempre.

—Estoy cansado —dije—. Quiero dormir. ¿Podemos dormir? No quiero seguir hablando de esto.

—Pero tú no me odias, ¿verdad?

—Claro que no te odio —respondí—. Solo quiero que te pongas bien, eso es todo.

—¿Que me ponga bien? —Se sentó en la cama y me miró con tal estupefacción que me pregunté qué habría dicho para despertar esa reacción—. ¿Dices que quieres que me ponga bien?

—Sí. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿Así que piensas que estoy enfermo? ¿Es eso? ¿Supones que tengo alguna clase de enfermedad?

Me quedé en silencio un momento. Sabía lo que se suponía que debía responder y lo que él quería oír, pero no me importó.

—Bueno, eso es lo que dicen mamá y papá —afirmé, y acto seguido me di cuenta de que era injusto echarles la culpa a ellos.

—De acuerdo —dijo él por fin—. Bueno, lamento que pienses así.

—¿Puedes apagar la luz? —le pedí, al tiempo que me volvía hacia la pared.

—Todavía no —respondió—. Cierra los ojos si estás cansado. Vas a quedarte dormido enseguida.

Obedecí. Cerré los ojos y después de unos minutos empecé a respirar más lento para simular que me había quedado dormido. Pero el problema de fingir que estás dormido es que no puedes abrir los ojos cuando oyes que alguien abre otra cerveza, y otra, y otra más, y que luego se tiende en la cama acompañado del sonido de sus propios sollozos, y tienes que esperar hasta que finalmente esa persona se quede dormida antes de poder levantarte y apagar todas

las luces. Y ni siquiera tienes la oportunidad de pedirle perdón.

4

Carpas doradas y canguros

Mi archienemigo, David Fugue, nos estaba matando de aburrimiento contándonos que hacía poco la prima de la vecina de la hermana del socio de su padre había pasado un fin de semana con Harry y Meghan, cuando llamaron a la puerta y la secretaria del colegio, la señora Flynn, entró en el aula.

—Perdone la interrupción, señor Lowry —dijo ella, recorriendo la clase con la mirada—. Pero Sam Waver tiene que recoger sus cosas y acompañarme a recepción. Sus padres están esperándolo.

El anuncio de la señora Flynn provocó gritos y silbidos en la clase. Los alumnos, que recibían alborozados cualquier excusa que alterara su rutina, se preguntaron a voces si iban a expulsarme, a arrestarme o a entregarme en adopción.

—¡Tal vez vayan a tomarle las medidas para su primer sujetador deportivo! —gritó David Fugue, y yo le lancé una mirada airada—. ¿O tu hermano te pasará el suyo cuando se le quede pequeño?

—¡Cierra la boca! —exclamé.

—Oh, cuidado, está con la regla —dijo David, partiéndose de risa.

Me levanté de un salto y me abalancé hacia él con los puños apretados, pero el señor Lowry se interpuso entre los dos, cosa con la que contaba, la verdad. Mis días de invisibilidad habían quedado atrás. Ahora todos me veían.

—Coge la bolsa y el abrigo, Sam —dijo el profesor con voz tranquila—. Y acompaña a la señora Flynn.

—Ya verás la próxima vez, Fugue —dije, apuntando con el dedo en su dirección—. ¡Ya verás!

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer? ¿Golpearme con el bolso?

—¡Basta, David! —gritó el señor Lowry fulminándolo con la mirada—. ¡Una palabra más y…!

—¡Yo no he dicho nada, señor! —dijo David, y levantó las manos como si no diera crédito a la injusticia que estaban cometiendo contra él.

Recogí mis cosas, sintiendo una mezcla de rabia y vergüenza, caminé hacia la puerta y avancé por el pasillo detrás de la señora Flynn sin dejar de oír las risas de mis compañeros. Durante un tiempo me lo había montado bastante bien: es cierto que jamás había llegado a la cima de la popularidad, pero tampoco había hecho ningún enemigo serio; ahora, en cambio, me había convertido en el hazmerreír del colegio. Y yo no tenía la culpa de nada de lo que me pasaba.

Cuando llegué a la recepción, donde me esperaban mis padres y Jason, hice un gesto de exasperación al ver que mi hermano llevaba el pelo recogido en una coleta, esta vez con una goma roja, puesto que la azul había desaparecido misteriosamente junto con el pañuelo durante las vacaciones. Por un instante me pregunté si nos sacarían a los dos del colegio para siempre y nos mandarían a otro sitio en el que nadie nos conociera. Hogwarts, quizá, donde por arte de magia yo conseguiría que mi hermano volviera a ser el de antes.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó mamá, echando una mirada a su reloj.

—¿Qué ocurre? —repliqué irritado por su pregunta, pues hacía pocos minutos que me habían llamado—. ¿Por qué habéis venido?

—Nos han citado —explicó papá—. A todos.

Tres jugadores de fútbol del equipo suplente, que no eran lo bastante buenos para jugar en el equipo principal, pasaron por delante de nosotros y cuando nos vieron se echaron a reír.

—Maricón —murmuró uno entre dientes, pero lo bastante fuerte como para que pudiéramos oírlo.

—¡Peter Hopkins! ¿Qué acabas de decir? —preguntó la señora Flynn volviéndose, pero él se encogió de hombros y siguió su camino.

Al ser la secretaria de la escuela, no tenía autoridad para imponer castigos, de modo que le costaba que le hiciéramos caso como a los otros adultos.

—¿Así que ya lo saben todos? —le preguntó mamá a Jason.

—¿Si saben el qué? —preguntó él—. Ha dicho «maricón» y, puesto que no soy gay, no sé a qué te refieres con eso de «¿Así que ya lo saben todos?».

—Sabes exactamente a qué me refiero —dijo mamá—. Por favor, no te pases de listo.

—Estamos en un colegio —repuso él—. Y el cometido de un colegio es que seamos listos.

—Basta —dijo papá, levantando la voz—. Vamos, ya hemos perdido bastante tiempo. El coche espera fuera.

—Pero ¿adónde vamos? —pregunté.

De camino a la puerta pasé por delante de unas fotografías de los equipos de fútbol del colegio que se remontaban hasta antes de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los chicos tenía una expresión desolada, los ojos oscuros e infelices, como si supieran que su vida pronto quedaría truncada. Esas fotografías siempre me habían fascinado y entristecido al mismo tiempo. Cuando llegué a la última, localicé a mi hermano Jason sentado en el centro de la primera fila.

Alguien le había dibujado un vestido con un rotulador rojo.

Salimos y Bradley sostuvo la puerta del coche ministerial mientras mamá, papá y yo ocupábamos el asiento trasero y mi hermano Jason rodeaba el vehículo para sentarse en el asiento del copiloto. Mamá era ministra desde las últimas elecciones, que se habían celebrado dos años antes, y Bradley era su chófer desde entonces. Cuando ella estaba de buen humor, charlaba con él como si fueran grandes amigos, pero cuando no, lo ignoraba por completo, y yo sospechaba que, aunque él siempre se mostraba educado, no tenía una opinión particularmente buena de ella. Con quien mejor se llevaba Bradley era con mi hermano Jason, puesto que los dos eran aficionados al fútbol, aunque uno era seguidor del Chelsea y el otro del Arsenal, los dos grandes equipos londinenses, y siempre que coincidían discutían acaloradamente.

—¿Tienes la dirección, Bradley? —le preguntó mi madre antes de sacar su teléfono y empezar a revisar
e-mails.

—Sí —respondió él—. Llegaremos dentro de veinte minutos más o menos.

—Bradley —dijo papá, y se inclinó hacia delante entre los

asientos—. Entiendo que no hace falta decirte que esto es un secreto…

—Llegaremos dentro de veinte minutos, señor Waver —repitió Bradley, y tomó la carretera.

Papá se quedó donde estaba un momento y luego se recostó en el asiento y se puso a mirar por la ventanilla.

—¿Alguien podría decirme adónde vamos? —supliqué, mirando el reloj.

Todavía me quedaban dos clases y tenía ganas de asistir a la de matemáticas, porque ese día nos entregarían los resultados de una prueba reciente. En matemáticas era bastante bueno, ya que apenas se empleaban palabras, y esperaba haber sacado un diez.

—¿Has visto la declaración de Simon sobre la acumulación de armas nucleares en el litoral ruso? —murmuró mamá mientras ojeaba su iPad con la mano libre.

—La he visto —respondió papá—. ¿Solicitó Simon tu aprobación antes de divulgarla?

—Bueno, la envió al despacho, sí. Pero no diría tanto como que solicitó mi «aprobación». Creo que intentaba poner en evidencia a Rachel y a Bobby y verificar cuál es su posición. Joe estuvo rápido y presentó una refutación.

—¿Vamos a casa? —pregunté yo—. ¿Ha pasado algo?

—Joe intenta ir por libre —dijo papá—. Quiere averiguar con qué apoyos puede contar cuando llegue el momento.

—¿Y crees que los tendrá?

—Lo sabremos dentro de un par de horas.

—El año que viene será interesante —le dijo mi hermano Jason a Bradley—. Si el Chelsea sigue como hasta ahora, podrás visitar todos esos campos del campeonato que jamás has visto. Será un lujo.

—Qué morro tienes —dijo Bradley, riendo—. Supongo que esperáis llegar tranquilamente al cuarto lugar, como siempre, ¿no? Es bueno no tener ambición. Así no os desanimáis tanto.

—Por aquí no se va a casa —dije, mirando por la ventanilla y viendo pasar la estación de metro Green Park.

—En la página siete del *Guardian* hay más detalles sobre la crisis —comentó mamá.

—Me ha llegado el rumor de que el Informe Lewis saldrá a la luz

el próximo martes —apuntó papá; se sacó el móvil del bolsillo y se puso a leer.

Decidí no hacer más preguntas porque todos actuaban como si yo no estuviera en el coche —tal vez en la escuela había perdido mi capa de invisibilidad, pero aparentemente para mi familia no había cambiado nada—, y me puse a mirar por la ventanilla, fijándome en las chicas cada vez que parábamos ante un semáforo. El coche ministerial tenía los cristales tintados, de modo que podía mirarlas todo lo que quisiera sin que ellas se dieran cuenta.

Pronto llegamos a una parte de Londres que no conocía y poco después el coche se detuvo delante de un bloque alto de ladrillo rojo que parecía llevar cientos de años allí.

—Ya hemos llegado, secretaria de Estado —dijo Bradley.

Mamá y papá suspiraron mientras se desabrochaban los cinturones de seguridad, como si en el fondo hubieran preferido que no llegáramos jamás. Como yo cuando me llevaban al dentista.

—No deberíamos tardar más de una hora —dijo papá.

—No puedo aparcar aquí —explicó Bradley—. Buscaré algún lugar cercano… Llámenme cuando estén listos para que venga a buscarlos.

—¿No puedes poner el distintivo del ministerio y quedarte aquí? —preguntó mamá.

—Poder puedo —respondió él lentamente—, si eso es lo que usted desea. Pero, puesto que no estamos en misión oficial, tendré que explicar el motivo de mi presencia a cualquier inspector de tráfico que pase. De modo que decidan ustedes.

Hubo un largo silencio durante el cual mamá y papá cruzaron una mirada y fruncieron el ceño.

—Mejor da unas vueltas —dijo papá por fin—. Nos veremos a eso de las cuatro.

Mis padres y yo descendimos del vehículo y en ese momento me di cuenta de que Jason seguía dentro del coche, con la mirada ausente. Eché un vistazo a mi alrededor, preguntándome dónde nos encontrábamos, pero nada me resultaba familiar.

—Jason —dijo mamá, golpeando la ventanilla—. Vamos.

Él siguió ensimismado y no respondió.

—¡Jason! —exclamó ella con furia—. No te lo diré dos veces. Bradley, ¿puedes hacer algo, por favor? —pidió mamá con voz

desesperada, pero el chófer se limitó a encogerse de hombros.

—No tengo un asiento eyectable —respondió Bradley—. No estamos en una maldita película de James Bond.

—¡Jason! —bramó papá, y golpeó la ventanilla con tanta furia que pensé que rompería el cristal, aunque Bradley me había explicado que era a prueba de balas—. ¡Baja ahora mismo!

Finalmente Jason se rindió, se desabrochó el cinturón y abrió la puerta.

—Bien —dijo—. Pero que conste y que quede bien claro que no quiero estar aquí y que he venido en contra de mi voluntad.

—Y que conste también —dijo mamá— que no me importa. Ahora vamos. Nunca se sabe quién puede estar mirándonos en un lugar así.

Subimos los escalones y, antes de que papá llamara al timbre, se abrió la puerta y apareció una mujer de unos sesenta años con el pelo gris y unas gafas de montura gruesa. Parecía una abuelita de los anuncios de cereales Shreddies.

—Secretaria de Estado —saludó la mujer sonriendo y extendiendo la mano—. ¿Quieren pasar?

—Por favor, llámeme señora Waver —le pidió mamá, aunque normalmente le encantaba que la gente se dirigiera a ella por su alto cargo.

—Por supuesto —dijo la mujer, que cerró la puerta cuando entramos.

—Tengo que tomar muchas precauciones, ¿sabe? —dijo mamá —. Si se filtrara algo de esto…

—Señora Waver, en serio, no tiene que preocuparse —afirmó la mujer, mirando a mamá con una expresión que daba a entender que si alguna vez se había planteado votarla en el pasado, ya no lo haría —. Nadie sabe que usted está aquí y nadie lo sabrá. Esta es una organización sumamente profesional y puedo asegurarle que no es la única cliente de su perfil que ha cruzado esta puerta, como tampoco será la última.

—¿En serio? —preguntó papá—. Vaya. ¿Quién más viene? ¿Algún político?

—Señor Waver, comprenderá que no puedo responderle a eso.

—Oh, venga. No se lo diremos a nadie.

La mujer no dijo nada más y nos condujo por un pasillo cubierto

con una gruesa moqueta y que tenía las paredes decoradas con viejos y aburridos cuadros de paisajes montañosos. Un olor a velas aromáticas flotaba en el aire y se oía música relajante. Era como si estuviésemos en el ascensor de un hotel de lujo.

—Por favor, esperen aquí —dijo la mujer, abriendo la puerta de una gran sala de estar—. El doctor estará con ustedes en unos minutos.

Me acerqué a una mesita auxiliar donde una solitaria carpa dorada nadaba en círculos en un cuenco de cristal. Nadie se había molestado en poner piedras o vegetación en su interior, para darle al pez algo que mirar, y pensé que era un poco mezquino. Apreté la cara contra el cristal y miré al pez, pero él no pareció verme; nadaba por el agua con urgencia, como si le preocupara llegar tarde a una cita.

—¿Cómo se puede saber si una carpa dorada es chico o chica? —les pregunté a mis padres.

—¿Es un chiste? —dijo papá—. No lo sé. ¿Cómo se puede saber si una carpa dorada es chico o chica?

—No es un chiste —respondí—. Es una pregunta de verdad. Porque las carpas doradas no tienen pito.

—¿Siempre tienes que hablar de las partes de los chicos y las chicas? —preguntó mamá, mirándome con irritación—. En serio, estás obsesionado.

—Es la edad —dijo papá—. Es perfectamente normal.

—Debe de ser bueno tener un hijo normal —señaló mi hermano Jason.

—¡Oh, no empecemos! —exclamó mamá, haciendo un gesto de exasperación—. O, al menos, espera a que estemos dentro. Entonces podrás echarnos la culpa de todos tus problemas.

—No sabía que tenía un problema —respondió Jason.

—Me pregunto si se aparean con el que pillan y ya está —dije—. Tal vez les dé lo mismo hacerlo con un chico o con una chica.

—Algunos de los diputados sin cartera son así —murmuró mamá.

—Han pospuesto la votación hasta las siete y media —informó papá, cuyo teléfono acababa de pitar—. Eso nos da un respiro.

—Bien —dijo mamá—. Antes de comprometerme a nada quiero tomarle la temperatura al partido.

—Los chicos persiguen a las chicas —me explicó mi hermano Jason, volviéndose hacia mí—. Saben instintivamente quién es quién y qué es qué. Y se chocan con las que les gustan. Entonces las chicas se asustan tanto que sueltan los huevos y los chicos los fecundan.

—Oh —dije—. ¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo he leído —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Por cierto, ¿dónde estamos? —pregunté—. ¿Es la consulta de un médico? ¿Alguien está enfermo?

—Yo, al parecer —dijo mi hermano Jason.

—No está enfermo físicamente —explicó papá—. Pero es evidente que tiene algunas… dificultades psicológicas. Se nos ocurrió que, como familia, teníamos que consultar a alguien y pedir ayuda.

—Oh —dije—. ¿De modo que estamos en la consulta de un psiquiatra?

—De un psicólogo —me explicó mamá.

—¿Qué diferencia hay?

Antes de que pudiera responderme, se abrió la puerta y la abuelita del anuncio de Shreddies volvió a asomar la cabeza.

—Lamento la demora —dijo—. El doctor Watson los visitará enseguida.

Solté una carcajada.

—¿El doctor Watson? —pregunté.

—Así es. —La mujer se volvió hacia mí, mientras su sonrisa se desvanecía de golpe—. El doctor John Watson. ¿Qué gracia tiene?

—¡¿El doctor John Watson?! —aullé.

—Sí. ¿Te parece gracioso por alguna razón?

—Bueno… ya sabe —dije, notando que me sonrojaba—. Sherlock Holmes, ¿recuerda? El doctor John Watson. Me ha parecido gracioso, eso es todo.

—No veo dónde está la gracia —insistió ella. Parecía totalmente ofendida—. El doctor Watson es una de las personalidades más eminentes de su especialidad. No tienes ningún motivo para burlarte de él.

—De acuerdo —respondí escarmentado—. Lo siento mucho.

—Además, llevas la bragueta abierta. Súbete la cremallera, haz el favor.

Bajé la mirada y, en efecto, tenía la cremallera abierta. Me pregunté si había estado así todo el día y, en ese caso, por qué nadie me había dicho nada. A veces me parecía que nadie notaba mi presencia.

Basándome en los programas de televisión que había visto, imaginaba que el doctor Watson sería un hombre de edad avanzada con una barba a lo Sigmund Freud y una americana de *tweed* con coderas de piel, que su despacho estaría lleno de libros del suelo al techo y que daría la impresión de que nadie lo había limpiado desde finales del siglo XIX. Pero, para mi sorpresa, era un tipo bastante joven, de no más de treinta y cinco años, e iba vestido como si estuviera en el *pub* con sus amigos. Se parecía muchísimo al cantante de Coldplay.

—Encantado de conocerlos —dijo, y señaló un sofá y dos sillas que tenía delante.

Mamá y papá ocuparon el sofá y Jason y yo nos sentamos en las sillas.

—Imagino que la idea de hablar con un desconocido sobre temas tan personales debe de turbarles un poco, pero permítanme que les diga que están en un lugar seguro donde no se emiten juicios de valor y que todo lo que se habla entre estas cuatro paredes es completamente confidencial.

—Me alegro de que mencione este asunto. —Papá abrió su maletín y extrajo unas seis o siete páginas de una carpeta—. He traído un documento que querría que firmase antes de que sigamos adelante. Es simplemente para estar cubiertos en caso de que se produzca alguna filtración. Es un contrato totalmente estándar, por supuesto. No tiene nada raro. Solo debe escribir sus iniciales en todas las páginas, aquí, aquí y aquí, y luego firmar la última. Además, tengo que hacerle una fotografía mientras lo firma.

—Me temo que no puedo hacerlo —respondió el doctor Watson, que ojeó las páginas un momento y luego le devolvió el contrato—. Yo no firmo documentos con mis pacientes. Si queremos tener éxito debemos trabajar desde una posición de confianza. De todas maneras, supongo que sabrá que estoy obligado por el juramento hipocrático, ¿verdad? Si revelara algo de lo que se dice aquí se me prohibiría el ejercicio de mi profesión.

—Lo entiendo —respondió papá, aunque no parecía convencido

—. Pero, de todas maneras, nos sentiríamos mucho más tranquilos si…

—Así está bien —lo interrumpió mamá—. Es un médico. Por supuesto que respetará la regla de confidencialidad.

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que es la viva imagen de Chris Martin? —le preguntó Jason.

Y el doctor Watson asintió.

—Me lo han dicho muchas veces —respondió—. Pero yo no sé cantar.

—Bueno, él tampoco. ¿Usted va a tratar de arreglarme?

Cuando pronunció la última palabra dibujó comillas en el aire con los dedos, igual que había hecho mamá con la palabra «transgénero». Se me ocurrió hacérselo notar, pero cambié de idea.

—¿Te gusta la música, Jason? —preguntó el doctor Watson después de una pausa.

Reprimí una risita y mi hermano sonrió.

—Ah, ¿de modo que ya hemos empezado? —preguntó—. Qué sutil.

—No —respondió el doctor, negando con la cabeza y riendo—. En realidad no. Era solo una pregunta. —Nos miró—. Bueno, pues —dijo, juntando las manos—, ¿por qué no me explican qué los trae aquí?

Hubo un largo silencio. Mamá y papá parecían no saber qué responder, mientras que mi hermano Jason permanecía sentado con los brazos cruzados y yo seguía confuso.

Por fin, mamá habló.

—Tenemos un problemita, doctor —dijo—. Nuestro hijo Jason está atravesando una especie de crisis de identidad.

Otro largo silencio.

—De acuerdo —respondió el doctor Watson—. ¿Y esa crisis de identidad cómo se ha manifestado?

—Se ha vuelto loco —dijo papá.

El doctor Watson sonrió.

—Tal vez podamos dejar el diagnóstico clínico a los que tenemos un título en medicina —dijo—. Jason, ¿por qué no me explicas a qué se refieren?

—Tal vez pueda darse cuenta usted mismo con solo echarme un vistazo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Mi pelo —respondió Jason—. Y el hecho de que llevo rímel.

—Eso es algo nuevo —intervino papá—. Me refiero al maquillaje. Ha empezado hoy.

—Me he puesto rímel porque iba a salir —explicó Jason con actitud desafiante—. También me he dado una ducha y me he peinado.

—Sí, ya lo veo. Pero de todas maneras preferiría que lo expresaras con tus propias palabras. La forma en que te presentas no me dice nada.

—De acuerdo —dijo Jason, que apartó la mirada hacia la ventana y se tomó su tiempo para responder.

Cuando por fin lo hizo, escogió las palabras cuidadosamente, pronunciándolas con voz grave, y yo me di cuenta de que sopesaba el significado de cada frase antes de decirla, intentando que expresara exactamente lo que pensaba.

—Nací varón, pero desde que tengo memoria he pensado que era un error. Un error de Dios o de quien sea. Es como si el cuerpo que tengo no fuese el que se supone que debería tener. La verdad es que siempre he creído que en realidad soy una chica. He reprimido estos sentimientos toda mi vida y no he empezado a hablar de ellos hasta hace muy poco. Supongo que me daba miedo. Miedo a lo que podría significar. Pero, por algún motivo, ya no siento ese pánico. Quiero entender lo que me pasa. Quiero descubrir cómo ser el «yo» que creo que soy y ser capaz de vivir como se supone que debería hacerlo. Ahora mismo, siento que cada día que paso como Jason son veinticuatro horas de falsedad. Y no quiero ser una persona falsa.

—¿Lo ve? —preguntó papá, levantando las manos; luego se golpeó la sien con el dedo varias veces, como un pájaro carpintero repiqueteando un árbol—. ¡Está loco! ¡Ha perdido la chaveta completamente!

—Señor y señora Waver —dijo el doctor—, tal vez sería mejor que hablara a solas con Jason. Ese tipo de comentarios no ayudan para nada.

—No —repuso mamá, desafiante—. No, es importante que nos quedemos. Quiero comprender. Y mi marido también. Él no lo ha dicho en serio. Discúlpate, Alan.

—Lo siento —dijo papá, un poco escarmentado.

—Pero tal vez Jason sienta que se puede expresar con más libertad si…

—Doctor, no se ofenda —lo interrumpió mamá, mirándolo directamente a los ojos—. Pero es nuestro hijo. Y, más allá de lo que nosotros sintamos sobre esta situación, no queremos quedarnos al margen, ¿entiende? Tenemos que estar con él.

Por primera vez mi hermano la miró sin hostilidad, incluso esbozó una leve sonrisa, y mamá también sonrió. Hasta pensé que se acercaría a él y le cogería la mano, pero no lo hizo.

—Gracias —dijo Jason—. Para mí es importante que estéis a mi lado. Por eso os lo conté tan pronto. No podré hacerlo sin vosotros.

—Pero es el hecho mismo de que sientas que tienes que hacerlo… —respondió ella en voz baja; parecía a punto de romper a llorar.

—Jason —intervino el doctor Watson tras una larga pausa, con un tono tan comedido como el de mi hermano; me gustaba su voz, era muy relajante—. Tienes diecisiete años y estás pasando por situaciones muy difíciles. Creo que todos estamos de acuerdo en eso… creo que incluso tú… Así que, como mínimo, necesitarás un poco de orientación para avanzar.

—Bueno, supongo que sí —admitió Jason.

—¿Podría deberse a un trauma infantil? —preguntó mamá—. Hubo una época en que tuvimos muchas canguros, y tal vez alguna de ellas… no lo sé… le hizo algo. Y él lo bloqueó mentalmente. ¿Es posible que usted pueda ayudarlo a recuperar esos recuerdos? ¿Con hipnosis, quizá? Y una vez que todo salga a la luz, el asunto desaparecerá y podremos volver a la normalidad.

—Usted ve muchas películas, ¿verdad, señora Waver? —preguntó el doctor Watson.

—No muchas —respondió mamá, un poco sorprendida por la pregunta—. Hace un par de meses vi una sobre Winston Churchill. Y esa en la que Meryl Streep hace de la señora Thatcher. Es obvio que estoy demasiado ocupada con mi trabajo como para ir al cine a menudo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque esa clase de cosas suceden mayormente en las películas —respondió él—, pero no en la vida real.

—Bueno —repuso mamá, mirando a papá como si esperara que

él la defendiera—. No lo tengo tan claro.

—La cuestión es que usted parece muy decidida a que Jason vuelva a ser el chico que era antes —continuó el doctor Watson—. Como si tuviera algún problema que podría solucionarse. ¿No sería mejor aceptar que él se conoce y que siente que ha tomado la decisión correcta?

Mamá tardó un buen rato en responder y, cuando lo hizo, habló en voz baja.

—Supongo —admitió—. Solo me preocupa lo difícil que puede llegar a ser su vida. La gente tiene muchos prejuicios. ¿Acaso cree que me gustaría que una panda de gamberros borrachos lo molieran a palos una noche porque son demasiado inseguros como para permitir que los demás sean lo que quieren ser?

—Claro que no.

—Intento ser la mejor madre posible —prosiguió ella, levantando la voz—. Hago lo que creo que es mejor para él. No quiero que sufra, eso es todo.

Nadie habló durante unos minutos mientras asimilábamos las palabras de mamá. Estaba llorando, y cuando papá le ofreció un pañuelo ella lo desechó con un gesto y se secó las mejillas con el dorso de la mano; luego se quedó mirando la calle por la ventana.

—Jason ha mencionado su pelo —empezó a decir papá con cautela—. Que lo lleve atado con una coleta me resulta totalmente embarazoso. Le da un aspecto muy femenino.

—Gracias —dijo Jason.

—Y, como usted mismo puede ver, insiste en ponerse rímel. ¿Qué vendrá luego? ¿Pintalabios? ¿Perfume? ¿Tacones y vestidos de fiesta?

Me enderecé de golpe en la silla, porque acababa de recordar la Tarde Muy Extraña, aquella en la que yo había llegado temprano de la escuela y mi hermano Jason no me había dejado entrar en la cocina y me había obligado a bajar al despacho de mi madre. Y luego, al oler perfume y ver un rastro de pintalabios en su cara, había supuesto que había estado con una chica. Ahora todo cobraba sentido. Él debía de haber pensado que tenía la casa para él solo durante unas horas y había estado probándose ropa.

—La gente se queda mirándolo —añadió mamá, y luego se inclinó hacia delante y le tocó el brazo al doctor—. Y luego, cuando

nos miran a nosotros, sé exactamente lo que piensan.

—¿Qué piensan? —preguntó el doctor Watson.

—«Es culpa de los padres».

—¿El qué?

—Que se haya convertido en lo que se ha convertido.

—¿Y en qué se ha convertido, según su punto de vista?

—En otra persona —dijo papá.

—¿Y qué es lo importante en todo esto? ¿Cómo los mira la gente?

—Sí —dijo papá—. No. Oh, no lo sé. Para mí es imposible dar con las respuestas correctas sin tener tiempo para pensarlas.

—No le estoy pidiendo que me dé las respuestas «correctas» —repuso el doctor Watson, y entonces fue él quien dibujó unas comillas en el aire—. Solo quiero que sea sincero, nada más.

—Y lo estoy intentando, de verdad. ¿Quiero que acosen a mi hijo? No. Mi esposa ya se lo ha dicho. ¿Creo que esta situación repercute en mí de alguna manera? No sería humano si fingiera que no. ¿No puede admitir al menos que tengo derecho a mis propios sentimientos?

—En la medida en que lo afectan a usted, sí. Pero ¿son lo más importante?

Papá negó con la cabeza, no estaba dispuesto a considerarlo.

—¿No puede prescribirle un tratamiento con antibióticos, tal vez? También nos preguntamos si los electroshocks todavía se usan y si cree que podrían dar buenos resultados. Estamos abiertos a todo, incluso aunque sea un poco incómodo.

—Por si te interesa —le dijo el doctor Watson a mi hermano—, me encanta tu peinado. Pero, como puedes observar, me estoy quedando calvo por la coronilla, así que quizá sea pura envidia.

—Por favor, no lo anime —dijo mamá, irritada—. Sé que los músicos creen que todo vale…

—Pero yo no soy músico —dijo él—. No soy Chris Martin.

—Me refiero a los psicólogos. Lo siento, pero se parece tanto que estoy un poco alterada. Sé que los psicólogos creen que todo vale, pero animarlo no creo que ayude.

—Pero tú siempre me has animado con otras cosas —dijo Jason —. Con el fútbol, por ejemplo.

—Eso es distinto.

—Y también animas a Sam para que supere sus dificultades con la lectura.

—Eso también es distinto.

—En realidad nos animáis más de lo que vosotros mismos reconocéis —prosiguió mi hermano suavizando el tono—. Sé que quieres llegar a la cumbre de la resbaladiza ladera del poder, pero, en realidad, los dos sois muy buenos padres. Nos elogiáis cuando sacamos buenas notas, no os enfadáis cuando no lo hacemos. Siempre escucháis lo que tenemos que decir y nunca nos habéis pegado, excepto cuando papá nos da un toque con el periódico enrollado. ¿Acaso no os dais cuenta de que aquella noche os lo conté porque confiaba en vosotros? Estaba seguro de que me comprenderíais y me ayudaríais. El que atraviesa dificultades soy yo, no vosotros.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Observé a mis padres con el rabillo del ojo, y vi que mamá contemplaba a Jason con una expresión de amor y a la vez confusión en la cara, y que luego se limpiaba las lágrimas de los ojos. Papá le cogió la mano a mamá y se quedó mirando el suelo; luego comenzó a dar golpes con el pie, nervioso.

—Estamos tratando de ayudarte —dijo mamá por fin—. Pero ¿tan mal está que no queramos que te conviertas en una chica?

—No me estoy convirtiendo en una chica —insistió él—. ¡Ya soy una chica!

—¡No lo eres! —exclamó papá—. Eres un chico. Y no queremos que hagas algo que en el futuro pudiera tener un efecto negativo en tu vida. Ahí fuera hay gente muy desconsiderada.

—Sí, aquí también —murmuró mi hermano Jason.

—¡Eso no es justo! —gritó mamá; los ojos se le habían puesto muy rojos, igual que en primavera, cuando tenía alergia al polen—. Lo estamos intentando. ¿No puedes reconocérnoslo, al menos?

—Has dicho que siempre has tenido estos sentimientos —le dijo el doctor Watson a Jason—. ¿Puedes hablarnos sobre ellos?

Todos lo miramos y, una vez más, tardó un rato en responder.

—Cuando era pequeño —dijo finalmente—, los juguetes de niñas me gustaban más que los de los niños. Una Navidad pedí una casa de muñecas, pero mis padres no me la compraron.

—No es verdad —dijo mamá, apartando la mirada.

—Sí que es verdad —insistió él—. Os rogué que me la comprarais durante varias semanas, y me respondisteis que si volvía a pedírosla una sola vez más no recibiría nada de nada, porque Papá Noel no hace regalos a los niños que piden cosas de niñas. Creo que entonces tenía cinco años.

Siguió otro silencio. Mamá y papá se quedaron mirándolo fijamente, con las mandíbulas apretadas, pero no dijeron nada.

—Continúa —lo animó el doctor Watson.

—Hasta los libros que me apetecía leer eran diferentes. Yo quería los de *Nancy Drew*, pero me compraban los de *Hardy Boys*. En la escuela prefería estar con las niñas, me sentía más a salvo entre ellas, como si ese fuera mi lugar. Pero, por supuesto, no podía estar con ellas todo el tiempo. Tenía que estar con los niños. Aunque jamás sentí que perteneciera a su grupo.

—Pero por lo que sé haces mucho ejercicio, ¿no? ¿Eres el capitán del equipo de fútbol?

—Así es —respondió Jason—. Pero ¿eso qué tiene que ver?

—Lo he mencionado porque por tradición el fútbol se considera un deporte masculino.

—Lo mismo pasa con la política —contestó Jason—. Y fíjese en mi madre. ¿Acaso no debería haber tenido ambiciones por el hecho de ser mujer? ¡Claro que no! Y se ha convertido en ministra del gabinete y aspira a llegar al Máximo Puesto.

—Eso no es del todo cierto —se apresuró a decir mamá, mirando directamente al doctor Watson—. En este momento el cargo no está disponible y, por supuesto, jamás hay que plantearse ascender pensando exclusivamente en el propio beneficio, pero si los colegas quisieran…

—Da la casualidad de que el fútbol me gusta —continuó mi hermano Jason, interrumpiéndola—. Y que además juego bien. Soy el mejor de la clase; lo dicen todos. No debería tener que justificarlo.

—La academia del Arsenal quería ficharlo —dijo papá—. Pero él no aceptó.

—No podía —respondió mi hermano Jason mirando al suelo; noté que se le quebraba la voz—. Ese ambiente… No podía. Aunque ellos querían… Me refiero a mamá y papá. Me dijeron que a la carrera política de mi madre le vendría muy bien que yo me

convirtiera en jugador de fútbol profesional.

—Tal como lo dices parece que queríamos que aceptaras solo por nuestro propio beneficio —intervino mamá—. Cuando en realidad estábamos pensando exclusivamente en ti. Los futbolistas profesionales ganan mucho dinero. ¡Y a ti te encanta el fútbol! Queríamos animarte a tomar un camino que te apasionaba.

—Por favor, señora Waver —dijo el doctor Watson, interrumpiéndola—. Deje hablar a Jason.

—No se lo estoy impidiendo —murmuró ella, como un niño al que acabaran de regañar.

—En cualquier caso, no hay ninguna ley que diga que las chicas no pueden jugar al fútbol —continuó Jason—. Cuando hay partido las chicas vienen a mirar. Y, además, como usted ya sabe, en Estados Unidos hay más mujeres que juegan al fútbol que hombres. Mire, casualmente me gusta ese deporte. ¿Qué hay de malo en ello? No me interesa para nada… qué sé yo… el *netball*, o cualquiera de esos deportes que asociamos con las chicas. Y que sienta que soy una chica no significa que me tengan que gustar todas las cosas que les gustan a las chicas, ¿verdad? Papá ve programas de baile de salón. Mamá ve documentales sobre la construcción. No creo que el hecho de que me guste el fútbol sea tan trascendental. Eso no es más que un estereotipo de género.

—Seguramente encontró esa frase en internet —dijo mamá, haciendo un gesto de exasperación—. Ya ve lo moderno que es.

El doctor Watson asintió despacio, con actitud reflexiva, antes de recostarse en la silla y mirarme.

—Me sorprende un poco —dijo, dirigiéndose a mamá y a papá— que hayan traído a Sam.

—¿Por qué? —preguntó mamá—. Es parte de la familia.

—No, no digo que no sea bueno, desde luego —respondió él—. No conviene que se sienta excluido de los cambios que están teniendo lugar en casa. Pero ¿le han preguntado a Jason si quería que Sam viniera?

—Ni siquiera me han preguntado si quería venir yo —contestó mi hermano.

El doctor Watson se quedó pensando un instante, apuntó algo en un bloc y luego se dirigió a mí.

—¿Cuántos años tienes, Sam?

—Trece —dije.

—¿Y entiendes lo que está pasando? ¿Lo que dice tu hermano? ¿Lo que siente?

Asentí sin demasiada convicción.

—Sí —respondí—. Un poco. Creo que sí. No. En realidad, no.

—¿Y cómo te sientes?

Me quedé en silencio un buen rato. No quería ser desagradable, pero tampoco quería mentir.

—Sam, ¿cómo te sientes? —volvió a preguntarme.

—No me gusta —dije.

—¿Por qué no?

—Porque es mi hermano mayor. Y ahora dice que quiere ser mi hermana mayor. Y no me apetece tener una hermana mayor.

—Lo cierto es que estamos muy preocupados sobre el efecto que todo esto pueda tener en Sam —intervino mamá—. ¿Y si un día se despierta y dice que quiere ser… no sé… un canguro o algo así?

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó mi hermano Jason—. Eso no tiene nada que ver. Yo no quiero ser un canguro. ¡Lo que estoy diciendo es que creo que por dentro soy una chica, eso es todo! ¿Y tú lo comparas con alguien que quiere ser un animal? ¿Te das cuenta de lo que eso me hace…?

—Jason, no le hables así a tu madre —dijo papá.

—No te estoy comparando con un animal —respondió mamá—. De acuerdo, me he expresado mal. Te pido disculpas. Pero tienes que reconocer que decir que quieres ser una chica cuando es totalmente evidente que eres un chico…

—Tiene pito.

—… es lo más ridículo que…

—¡Ya os dije que no quería venir! —exclamó Jason, y se puso de pie, furioso, antes de dirigirse hacia la puerta—. Nunca me escucháis.

—Yo creo que sí te escuchan, Jason —dijo el doctor Watson—. Pero tú también tienes que escucharlos a ellos.

—No, están insultándome, es lo único que hacen. Lo siento, doctor, pero tengo que irme.

—Tal vez podríamos hablar en otra ocasión, Jason, ¿sí? —preguntó el doctor—. Nosotros dos, a solas. Eso estaría bien, ¿no, señora Waver? ¿Señor Waver?

Mamá y papá asintieron con la cabeza.

—Por supuesto —dijo mamá—. Si es mejor así… Lo único que queremos es ayudar y entender y…

Pero mi hermano Jason ya había salido, dando un portazo.

Nos quedamos sentados en silencio y yo miré mi reloj. Quería irme a casa. Quería meterme en la cama, cerrar los ojos y fingir que nada de esto había ocurrido.

—No me ha contestado a lo que le he preguntado en relación con los electroshocks —dijo papá por fin, volviéndose hacia el doctor Watson—. Dígame, ¿se siguen utilizando?

5
La coleta

Al final no importó que a mi hermano Jason le gustara mucho el fútbol o que jugara muy bien; decidió renunciar al equipo de todas maneras.

O'Brien,

el entrenador, se presentó una noche en casa con todo el aspecto de que habría preferido mil veces hacer un agujero con la lengua hasta el centro de la tierra que abordar la conversación por la que había venido.

El entrenador de O'Brien nunca me había caído bien. Como mi hermano era tan buen futbolista,

O'Brien

esperaba que yo también lo fuera, pero apenas era capaz de acertarle a la pelota sin caerme. Y, cuando era pequeño y me obligaban a jugar, el entrenador siempre me gritaba cosas del estilo de «¡¿Cómo es posible que Jason Waver tenga un hermano tan torpe como tú?! ¡Juegas como una niña, Sam! ¡¿Por qué no te vas a casa e invitas a tomar el té a tus muñequitas Barbie?!», lo que era un poco irónico, puesto que, según mi hermano Jason, si yo hubiera jugado como una chica, es decir, si hubiera jugado como él, entonces habría sido el mejor.

Cuando el entrenador, que llevaba chándal, se sentó en la sala de estar, mamá le miró las zapatillas y yo pensé que debía de preocuparle que ensuciara la moqueta. Papá le ofreció una taza de té, y él dijo que té no, pero que le aceptaría encantado una cerveza.

—Lamento haberme presentado sin avisar —dijo

O'Brien

después de vaciar media botella de un trago—. Pero últimamente

corre un rumor por la escuela relacionado con Jason. Y he pensado que teníamos que hablar.

—¿Qué clase de rumor? —preguntó mamá.

Ese día, mamá había vuelto a casa mucho más temprano que de costumbre y estaba de muy mal humor porque el primer ministro había declarado en una entrevista que se sentía muy joven y lleno de energía, y que estaba convencido de que seguiría mucho tiempo en el cargo.

—Solo es un rumor —titubeó él—. Pero, si resulta que es cierto, habrá que hacer algo al respecto. Sé que no tiene sentido hacer caso de los cotilleos, pero…

—Me dedico a la política, señor
O'Brien
—dijo mamá con una sonrisa paciente—. Me enfrento a rumores todos los días. ¿Por qué no nos cuenta lo que ha oído y luego vemos qué podemos hacer?

—Seguramente es una tontería —dijo él, y miró de reojo a mi hermano, que estaba sentado con su habitual coleta y vestía una camisa que parecía comprada en Topshop en vez de en Topman—. Usted sabe que siempre he sido un gran fan de Jason. Es el mejor jugador que tenemos. En mi opinión, el mejor que hemos tenido en muchos años. Y, debido a ello, siempre ha sido uno de los chavales más populares de la escuela.

—Perdón —lo interrumpió mamá—. ¿Está diciendo que es popular porque es un buen jugador o que es popular y que casualmente además es un buen jugador?

El entrenador O'Brien pareció desconcertado por la pregunta.

—Perdone —respondió—, pero no entiendo cuál es la diferencia.

—No importa —dijo ella—. Continúe, por favor.

—La cuestión —prosiguió él— es que me preocupa que haya sucedido algo entre Jason y otros chicos del equipo. Que se hayan peleado. Ya sabe cómo son los colegios; corren muchos rumores y la mayoría son mentira. Pero esto tenemos que cortarlo de raíz.

Nadie dijo nada durante un rato y yo miré a mis padres, que miraban el suelo con una expresión que no logré descifrar del todo, casi como si se sintieran ofendidos por Jason.

—¿Puede aclararnos qué ha oído exactamente? —preguntó papá por fin—. Así sabremos a qué atenernos.

—Tal vez sería mejor que Sam saliera de la habitación —dijo el entrenador, y me señaló con un movimiento de la cabeza—. Es demasiado pequeño para…

—Oh, yo no me preocuparía por él —contestó mamá—. Hace tiempo que sé que no tiene sentido intentar mantenerlo al margen. Si lo hago salir, nos escuchará desde el otro lado de la puerta. Así que será mejor que lo suelte de una vez, sea lo que sea.

—Bueno —dijo el entrenador, incapaz de mirar a los ojos a ninguno de nosotros. Y haciendo de tripas corazón prosiguió—: Algunos chicos aseguran que Jason es… ya sabe…

—¿Que soy qué? —preguntó mi hermano.

—¿Un caníbal? —intervino papá—. ¿Un vampiro? ¿Francés?

—Que va a abandonar el equipo —concluyó el entrenador O'Brien, y tragó saliva—. Que ya no quiere jugar más al fútbol.

—¡Ah! —exclamaron al unísono papá y mamá.

Era evidente que no habían esperado oír aquello.

—Jamás he dicho que no quisiera seguir jugando al fútbol —afirmó mi hermano Jason.

—¡Lo sabía! —exclamó el entrenador O'Brien, que se recostó en su asiento y soltó un suspiro de alivio.

Nunca había visto a nadie tan contento.

—Es lo que siempre digo: nadie capaz de chutar un tiro libre como Jason Waver renunciaría a jugar al fútbol. No tendría el menor sentido.

—¿Y ese es el rumor del que quería hablarnos? —preguntó papá, con cierto escepticismo en la voz.

—Bueno, sí —respondió el entrenador O'Brien, encogiéndose de hombros—. El equipo es muy importante para mí. Si Jason se marchara…

—Perdón —lo interrumpió mamá—. Eso suena un poco… En fin. Pero dígame: ¿de verdad solo quería comentarnos eso?

El entrenador O'Brien se rascó la cabeza y nos miró.

—Me parece que sí —respondió cautelosamente—. A menos que ustedes quieran hablar de algún otro asunto.

—Es evidente que los jóvenes hablan —dijo mamá—. Y me

atrevería a afirmar que han corrido rumores sobre Jason… Sobre su situación…

—¿Qué situación? —preguntó el entrenador
O'Brien,
que ahora parecía perplejo.

—El hecho de que le he contado a la gente que soy transgénero, claro —intervino mi hermano—. ¡No me diga que no ha oído nada al respecto!

—Sí que lo he oído —dijo el entrenador, encogiéndose de hombros—. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con el fútbol…

—Entonces, ¿no ha venido a decirnos que no quiere que siga jugando? —preguntó mamá, mirándolo con asombro.

—¿Por qué demonios iba a querer semejante cosa? —preguntó él.

—¿Y qué dicen los otros miembros del equipo? ¿No han protestado? ¿O sus padres?

—Oh, sí, algunos —admitió él—. Algunos chicos han dicho cosas. Y he recibido cartas de algunos padres. Pero a todos ellos les he contestado lo mismo.

—¿Qué?

—Que me importa un bledo lo que haga Jason, como si quiere vestirse de Papá Pitufo o vivir como un extraterrestre llegado del espacio. Nada de eso tiene que ver conmigo. Pero ¡el fútbol! ¡El fútbol, caramba! Eso es distinto. ¡Eso sí que es importante! En cuanto al resto, bueno, ¿a quién le importa? No hace daño a nadie.

Crucé una mirada con mi hermano, que como yo parecía no dar crédito a sus oídos. Nos echamos a reír.

—No le veo la gracia —dijo el entrenador mirándonos con mala cara—. Además, tengo la garganta seca.

Papá captó la insinuación, se puso de pie, entró en la cocina y volvió con otras dos botellas; una para el entrenador y la otra para él.

—Hablemos claro —dijo mamá, sonriendo como cuando respondía a los miembros de la oposición en la Cámara de los Comunes. En esas ocasiones hablaba como si su adversario fuera un completo imbécil y ella solo se dignara a escucharlo porque estaba obligada por la Constitución—. O sea, que no ha venido a presentar ninguna queja ni a pedir que Jason abandone el equipo, sino que

quiere animarlo a que siga jugando.

—Exacto —dijo el entrenador O'Brien.

—Según usted, algunos chicos se han quejado —señaló mi hermano—. Y ha recibido cartas de algunos padres. ¿Quiénes son exactamente?

—No creo que eso importe —respondió él.

—A mí sí que me importa. Llevo mucho tiempo jugando con esos tíos. Con algunos desde que tenía seis años. Me gustaría saber quién está tan molesto.

El entrenador se encogió de hombros y luego recitó de un tirón los nombres de algunos chicos. Todos me resultaron familiares. La mayoría eran unos abusones que no me habrían dejado en paz si Jason no hubiera sido mi hermano; sabía cómo trataban a otros niños de mi edad, y no era nada agradable.

—Pero son mis amigos —dijo mi hermano, bajando un poco la voz y recostándose en la silla.

—Tal vez deberías pensar… —intervino mamá, y noté que elegía las palabras con mucho cuidado— por qué los estás incomodando. Como tú mismo has dicho, Jason, son tus amigos. Los conoces de toda la vida.

—No puedo controlar cómo se sienten los demás —respondió Jason en voz baja.

—Pero, si los padres ya están escribiendo al entrenador, ¿cuándo empezarán a mandar cartas a los periódicos? Piensa en lo doloroso que eso sería para ti. Tal vez esto sea una oportunidad, por otra parte. Podríamos posponer este asunto hasta el año que viene, cuando termines la escuela. Así conseguiríamos que se enterara la menor cantidad de gente posible. Y, entretanto, podrías dejar el equipo y decir que has decidido abandonar todas las actividades extracurriculares para concentrarte en tus estudios.

—¡No puede dejar el equipo! —exclamó el entrenador O'Brien —. ¡Él es el mejor jugador que tenemos! ¡O ella! ¡Sea cual sea el pronombre correcto!

Lo miré con incredulidad. Hasta ese momento, jamás había oído a nadie referirse a mi hermano Jason como «ella» y me sorprendió que el primero en hacerlo fuera precisamente el entrenador de

fútbol.

—No, me parece que sería lo mejor —insistió mamá, al tiempo que se ponía de pie para indicarle que había llegado el momento de que se marchara—. Gracias por ser tan comprensivo. Le prometo que todo este asunto se resolverá muy pronto. Jason va a la consulta de un psicólogo maravilloso y con suerte las cosas volverán pronto a la normalidad.

—Pero ¡el equipo…! —dijo el entrenador
O'Brien.

—No es asunto nuestro.

—No, pero sí de Jason —respondió él—. ¿Tú quieres dejar de jugar? —le preguntó, mirándolo desde el otro lado de la habitación.

Yo esperaba que Jason dijera que no, pero me di cuenta de que la falta de apoyo de los otros jugadores lo había disgustado, aunque probablemente él también se había quedado sorprendido con la actitud comprensiva que había mostrado el entrenador.

—Bueno, no nos precipitemos —dijo
O'Brien
no muy convencido—. Y veamos qué sucede.

Les dio un apretón de mano a mis padres y a mi hermano Jason lo estrechó en un abrazo de oso, pero a mí ni me miró. Tal vez terminara cayéndome bien, al fin y al cabo. Era todo muy confuso. Y esa era otra cosa más por la que me sentía confundido.

En cuanto el entrenador se marchó, mis padres volvieron a la sala de estar con cara de pocos amigos.

—Mira lo que ha ocurrido —dijo mamá—. Es solo cuestión de tiempo que esto salga en los periódicos. ¡¿Cómo has podido hacerme esto, Jason?! —exclamó—. ¡Eres un egoísta, un irresponsable…!

—Yo no te he hecho nada —respondió él.

Se inclinó hacia delante en la silla y rompió a llorar desconsoladamente. Sentí el impulso de correr hasta él y abrazarlo, pero no pude. Era como si tuviera los pies pegados al suelo.

—¡Por favor, deja de gritarme!

—¡No dejaré de gritarte hasta que pongas fin a esta insensatez! —exclamó mamá—. Vas a arruinar mi carrera, y tu propia vida, si te descuidas de esta manera, pero eso a ti no te importa, ¿verdad? ¡Claro que no! No lo has pensado ni por un segundo. ¡Y córtate el

pelo, por el amor de Dios! ¡Estás ridículo!
Cuando mi hermano Jason por fin accedió a la petición de mis padres y abandonó el fútbol, yo le pregunté si echaba de menos formar parte del equipo y él negó con la cabeza y respondió que de todas maneras nunca le había interesado demasiado, pero yo sabía que no era cierto. En esa época empezó a pasar mucho tiempo encerrado en su habitación y, si yo llamaba a la puerta, él me gritaba que me largara. Antes siempre había dejado que me tumbara en su cama o que hiciera los deberes en su mesa mientras él escuchaba algún disco o leía un libro. También dejó de ayudarme con la lectura, lo que me molestó, pues siempre me sentía más seguro cuando él estaba a mi lado. Era paciente y no me hacía sentir estúpido cuando las palabras empezaban a moverse por la página en lugar de quedarse quietas. Pero ahora, cuando le pedía que me ayudara, él respondía que debía aprender a arreglármelas solo, porque llegaría un día en que él ya no viviría en casa, o estaría en la universidad o trabajando.

Como nuestras habitaciones eran contiguas, a veces lo oía llorar a la hora de acostarnos, pero en esas ocasiones yo no quería entrar en su cuarto. Sus lágrimas me asustaban. Yo anhelaba que mi hermano mayor fuera fuerte. Lo había sido siempre y no quería que eso cambiara.

Poco después de la visita del entrenador
O'Brien,
una mañana que entré en la clase, el rumor de las conversaciones se detuvo de inmediato y todas las cabezas se volvieron hacia mí. Al sentarme oí las carcajadas y risitas habituales, pero juré para mis adentros que no levantaría la mirada ni reaccionaría.

—¿Qué tal se encuentra tu hermana, Sam? —preguntó mi archienemigo, David Fugue, volviéndose y sonriendo, al tiempo que mordía el tapón del bolígrafo—. ¿Ya tiene novio? Aunque a mí no me mires. Yo prefiero las mujeres de verdad.

Lo ignoré y saqué mis libros, rezando por que el señor Lowry llegara pronto. Cada día se les ocurrían chistes nuevos y, a medida que pasaban las semanas, empezaban a afectarme.

—Oye, Sam —dijo Liam Williamson, que estaba sentado en el pupitre de detrás y era un alumno aventajado de David Fugue; iban juntos a todas partes y Liam incluso se había cortado el pelo igual

que David, lo que le daba un aspecto de niño estúpido—. He oído que tu hermana está formando una banda de chicas. ¿Es cierto? ¡Deberían presentarse a *Factor X*!

—Cierra la boca, Williamson —dije.

—Ciérramela tú.

—Lo haré si no te callas.

—Pues sigo hablando.

—Será mejor que pares.

—¿Qué vas a hacerme si no me callo?

—Te obligaré a callarte.

—Bueno, pues adelante.

—Espera y verás.

—Eso es lo que estoy haciendo, pero no veo nada.

—¡Tengo tres hermanos! —gritó James Burke desde el otro lado del aula; tiró un papel arrugado en mi dirección que rebotó contra mi cabeza y asombrosamente fue a parar a la papelera—. Si quieres te regalo uno. No debe de ser fácil tener solo una hermana. Aunque quizá por la noche os juntáis y habláis de los chicos que os gustan mientras os trenzáis el pelo mutuamente.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Ya estaba harto. Salté de mi asiento y me abalancé sobre él, para el deleite de nuestros compañeros, que hicieron un corro alrededor y nos animaron a voz en grito mientras nos pegábamos. Pero la pelea no duró mucho, pues el señor Lowry entró y gritó que nos sentáramos. Los chicos se dispersaron, pero yo permanecí en el suelo, ligeramente aturdido, y sentí algo deslizándose por el mentón. Al tocármelo vi que el dedo se ponía rojo y noté en la boca el sabor agridulce de la sangre.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el señor Lowry—. Sam, ¿qué te ha ocurrido?

—Nada, señor —dije, al tiempo que me ponía de pie, pero sin mirarlo a los ojos.

—Ya veo que no es nada serio. Te has peleado. ¿Quién ha empezado?

Nadie se atrevió a hablar, pero oí muchas risitas amortiguadas.

—Sois como una panda de niños —dijo él, enfadado.

—Tenemos trece años, señor —repuso Liam Williamson—. Somos niños.

—No te pases de listo.

—Pero estamos en el colegio. ¿Acaso no vengo aquí precisamente para eso? ¿Para ser listo?

El señor Lowry hizo un gesto de exasperación y pareció esforzarse por controlar la ira.

—Algún día, cuando seáis mayores —dijo, recorriendo el aula con la mirada—, tendréis vuestros propios problemas y algunos de vuestros amigos pasarán por momentos difíciles. Tal vez incluso alguno de vuestros hijos. Y cuando eso ocurra, recordaréis cómo os comportasteis y os preguntaréis cómo no fuisteis capaces de mostrar un poco más de amabilidad.

El aula quedó en silencio. Ni siquiera David Fugue supo qué decir.

—Ve a conserjería, Sam —dijo él finalmente con un suspiro, consciente de que no tenía ningún sentido tratar de sostener una conversación sensata con un grupo de chicos demasiado temerosos de arriesgar su reputación como para actuar con un mínimo de compasión—. Allí te curarán.

—Me encuentro bien —dije, deseando regresar a mi asiento para no parecer débil delante de los demás.

—No te encuentras bien, estás sangrando. Vete y no vuelvas hasta que te hayan curado.

Resoplé con furia y salí del aula oyendo los abucheos de mis compañeros mientras recorría el pasillo en dirección a la conserjería. La señora Wilson me echó un vistazo y soltó su monserga habitual respecto a que preferiría trabajar en una escuela donde solo hubiera niñas y no abusones sin remedio como allí. Quise decirle que, por lo que había visto, las chicas eran aún peores que los chicos a la hora de acosar a alguien, pero al final no le contesté. Cuando terminó de regañarme, sacó una bolsa de hielo de la nevera y me pidió que la sostuviera contra el labio inferior durante unos minutos.

—No te harán falta puntos —dijo—. Pero sabes que tengo que informar al director de la pelea, ¿verdad?

—No me importa.

—Y probablemente recibas un castigo.

—No pasa nada.

—Eres un maleducado, ¿lo sabías? ¿Acaso tus padres no te han enseñado buenos modales?

—No. Son peores que yo.

—¡Caramba! —exclamó ella, escandalizada—. De tal palo tal astilla, eso seguro. He visto a tu madre por la tele y parece que le hable a la gente como si estuviera rodeada de idiotas. Ya veo de quién has heredado ese encanto que tienes. Bueno, ¿cómo notas los dientes? —me preguntó—. ¿Sientes alguno flojo?

Me pasé la lengua por la boca, pero todo parecía intacto.

—Están en su sitio —balbuceé apretando la bolsa de hielo contra el labio.

—¡Qué manía tenéis los chicos con pelear! Y siempre por tonterías. ¿Esta por qué ha sido? Probablemente por algo de… ¡Oh!

Se detuvo y se llevó una mano a la boca, luego cerró los ojos, como si de repente se hubiera acordado de algo.

—Por supuesto. Eres el hermano de Jason.

—Exacto —dije.

—Eso lo explica todo —respondió ella, suavizando el tono—. Vaya, pues debéis de ser muy diferentes si te comportas de esta manera.

—¿Por qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Porque pelearse es de cobardes. Eso de intentar ganar una discusión haciendo daño a la otra persona… En mi opinión, Jason es el muchacho más valiente de toda la escuela.

No respondí, pero sus palabras me sorprendieron. Media hora después salí de vuelta a clase. No encontré a nadie en el pasillo, y como no tenía ganas de ver a mis supuestos amigos y estaba mareado, me senté en un banco y miré el reloj de la pared. Todavía era pronto, tenía un largo día por delante, y me dije que no aguantaría. Oí unos pasos que se aproximaban, miré de reojo a mi izquierda y, para mi sorpresa, vi a mi hermano Jason.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—Nada.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Me encogí de hombros.

—Me he peleado.

—¿Con quién?

—¿Qué más da?

—Dime con quién, Sam.

No respondí. Le dirigí una mirada acusadora y que al mismo

tiempo expresaba orgullo herido. Él seguía llevando su estúpida coleta y se había maquillado. Cuando se sentó a mi lado, me aparté un poco de lo enfadado que estaba. Tuve ganas de marcharme, pero sabía que me seguiría e intentaría hablar sobre la pelea, y lo que menos me apetecía era discutir con él.

—¿La pelea ha sido por mí? —me preguntó—. ¿Te has peleado por mi culpa?

—¿Y tú qué haces aquí? —dije, levantando la voz—. ¿Por qué no estás en clase? Este pasillo es de primaria. Aquí no tienes nada que hacer.

—He ido al baño. El de minusválidos de arriba lo están pintando, así que he tenido que venir a esta planta.

—Hay un baño para chicos en esa planta.

—No uso el baño de chicos, ya lo sabes. Y no se me permite usar el de las chicas.

—Vuelve a tu planta —dije, empujándolo para que se apartara.

—No pienso dejarte mientras sigas así de alterado.

—¡No estoy alterado! —insistí.

—Sí que lo estás. Es obvio que sí. ¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—Ni siquiera te atreves a mirarme.

—No me apetece mirarte.

—Habla conmigo, Sam.

—Ahora quieres hablar —dije, volviéndome hacia él con furia, mientras notaba que los ojos se me llenaban de lágrimas—. En casa te pasas el día encerrado en tu habitación y no me dejas entrar. ¿Y qué haces allí dentro? ¿Te pruebas vestidos?

Él se mordió los labios y apartó la mirada antes de negar con la cabeza.

—No —respondió—. No, no me pruebo vestidos.

—¿Te maquillas, entonces? ¿Te pones pintalabios y rímel para verte como una chica?

Él guardó silencio un buen rato, pero yo oía su respiración y los golpecitos que daba en el suelo con el pie.

—Tendría que haberlo pensado un poco antes de contároslo —dijo finalmente—. No me di cuenta de lo mucho que te afectaría.

—No me afectó.

—Pensé que, si no lo decía acabaría loco. O algo peor.

—¿Algo peor? —pregunté, volviéndome hacia él—. ¿Qué podría ser peor que lo que ya está ocurriendo?

—Pensé que, si lo contaba, todo sería más fácil —dijo.

—¿Y es más fácil? —pregunté—. Porque a mí no me parece más fácil.

—No. Probablemente no. Pero no me arrepiento. Porque al menos por fin soy sincero conmigo mismo. Dime la verdad. Te han pegado por mi culpa, ¿no?

Asentí.

—¿Y has devuelto el golpe?

—Claro que sí.

—No tienes que defenderme, ¿sabes? Que digan lo que quieran. ¿A quién le importa? No son más que palabras.

—A mí me importa —dije.

—Bueno, pues a mí no.

—No estás en mi clase. No tienes que escucharlos.

—No, pero estoy en la mía, ¿acaso piensas que para mí es más fácil? Siempre he sido el chico más popular de la escuela. El capitán del equipo de fútbol. Y ahora me insultan y escriben cosas en mi taquilla. Muchos de los que consideraba amigos me han abandonado. Si tú crees que eso es fácil…

—Pero ¡lo has provocado tú! —exclamé, y di un salto, frustrado —. ¡Es todo culpa tuya!

—Lo sé —respondió—. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Dímelo. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—Yo no habría estado en tu lugar —insistí—. Porque soy un chico. Siempre lo he sido y siempre lo seré, y eso jamás cambiará.

—Bueno, pues tienes suerte, ¿no? —dijo—. No estás confundido acerca de lo que eres. No notas que te desgarras por dentro. Pero yo sí. Y…

Antes de que pudiera acabar de hablar, sonó el timbre y las puertas de las aulas empezaron a abrirse. Entré en pánico, porque no quería que nadie me viera con él, y aproveché la aglomeración para escaparme.

Esa noche decidí quedarme despierto y cada vez que notaba que me estaba durmiendo me despertaba con un respingo y me golpeaba la cara con las manos antes de levantarme de la cama y andar en círculos por la habitación como un soldado de guardia. Miraba la

hora cada dos por tres, pero las manecillas del reloj apenas parecían moverse. Incluso pensé en ir al salón y encender el televisor con el volumen muy bajo, pero la habitación de mis padres estaba justo encima y seguramente los despertaría. Mi plan consistía en esperar hasta las dos de la madrugada, porque había leído en internet que esa era la hora en que la mayoría de las personas se encontraban en el punto más profundo del ciclo de sueño y era menos probable que se despertaran si algo los molestaba.

Por fin llegó la hora y abrí el cajón de la mesita de noche. Hacía un rato que había escondido una cosa de la cocina y, cuando la sostuve entre las manos, me pareció tan pesada como peligrosa. Avancé hacia la puerta de mi habitación, la abrí muy lentamente para que no crujiera, y me detuve un instante en el rellano para asegurarme de que nadie se hubiera movido y que la casa estuviera completamente en silencio. Después, caminé descalzo hasta el cuarto de Jason, giré el picaporte con mucho cuidado y fui abriendo la puerta poco a poco.

Las cortinas no estaban del todo corridas y pude verlo a la luz de la luna que se colaba a través de ellas: estaba profundamente dormido, con las sábanas a la altura del pecho, y respiraba con la boca un poco abierta. Se movió y emitió un gruñido débil, y cuando giró la cabeza vi que no se había quitado la goma del pelo y que la coleta que todos aborrecíamos se extendía encima de la almohada.

Avancé hacia él y le levanté la coleta con mucho cuidado. Luego acerqué lentamente las tijeras que sostenía en la mano y las abrí. Estaban muy afiladas y cumplieron su misión de forma rápida y eficaz, cortando el pelo con un chasquido de lo más satisfactorio. A continuación me vi de pie en medio de la habitación, con la coleta en la mano. Él se agitó un poco más en sueños antes de darse la vuelta y soltó un profundo suspiro. Regresé a mi cuarto, cerré la puerta sin hacer ruido y abrí la caja que guardaba en el fondo del armario, donde metí la coleta encima de las viejas revistas *Vogue* de mamá, la cerré y escondí la llave.

Me quedé despierto en la cama mucho rato, sintiendo que el corazón me latía con fuerza en el pecho, sin saber si lo que había hecho era correcto o no. Al menos mamá y papá ya no volverían a gritarle que se cortara el pelo. Tal vez, razoné, cuando se despertara y se mirara al espejo recordaría que era un chico y se olvidaría de

todas esas tonterías. Le había hecho un favor, pensé antes de darme la vuelta y cerrar los ojos. En su clase pronto dejarían de burlarse de él.

Y de mí.

Y yo podría volver a ser invisible.

6

Los Brewster

Las semanas siguientes, mi hermano Jason dejó de hablar con mamá y papá, y a mí apenas me dirigió la palabra. Desayunaba, comía y cenaba en su habitación, y una tarde, cuando llegué del colegio, me lo encontré instalando un cerrojo en la puerta.

—De ahora en adelante no entrará nadie sin mi autorización —dijo cuando me vio en lo alto de la escalera—. Eso de colarse en mi cuarto mientras yo estaba durmiendo fue lo más cobarde que esos dos han hecho en toda su vida.

—Pero dicen que no han sido ellos —respondí.

Mamá y papá habían insistido en que eran inocentes y que no le habían cortado la coleta a mi hermano, si bien habían dejado claro que se alegraban de su desaparición. Nadie había sospechado de mí.

—Bueno, pues no se me cayó sola, ¿verdad? —preguntó él—. Ya está. —Retrocedió un paso y admiró su obra, deslizando el pestillo varias veces para asegurarse de que funcionaba—. En cualquier caso, les ha salido el tiro por la culata, porque me la dejaré crecer otra vez. Y el pelo me crece muy rápido. En primavera ya lo tendré largo otra vez.

Durante semanas en casa vivimos en una atmósfera irrespirable, que empeoró dos días antes de Navidad, cuando mi hermano bajó las escaleras con una bolsa de viaje y anunció que se marchaba una semana y que volvería en Año Nuevo.

—¿Qué? —preguntó mamá, apartando la mirada de su iPad—. ¿De qué hablas? ¡Mañana es Nochebuena!

—No tengo intención de pasar la Navidad en esta casa —dijo Jason, mirándola a los ojos—. No puedo sentarme a comer pavo fingiendo que somos una familia feliz, porque estamos lejos de

serlo.

—No veo por qué no —intervino papá—. En Navidad todo el mundo hace eso.

—Bueno, pues yo no; detesto la hipocresía.

—Mira —prosiguió papá; se incorporó y le puso a Jason una mano en el hombro, pero la retiró enseguida—. No tenemos que hablar de tu… situación, si es eso lo que te preocupa.

—Esa sí que es una actitud sana —respondió mi hermano—. Me ayuda a sentirme muy bien conmigo mismo. ¿Qué más te gustaría barrer debajo de la alfombra y hacer como que no existe, ya que estamos?

—No sé, creo que nada más —respondió él, después de pensarlo un poco—. Deborah, ¿tú tienes algo?

—No se me ocurre nada —dijo mamá.

—Bien, porque la Navidad es una época para estar en familia —continuó papá—. Para que la gente que se quiere esté junta.

—Pero vosotros no me queréis —dijo Jason levantando la voz—. ¡Si me quisierais, no os habrías metido a hurtadillas en mi habitación mientras dormía para cortarme el pelo!

—Oh, por enésima vez —soltó mamá en un tono de exasperación—. Nosotros no fuimos…

—¿Quieres saber la verdad, Jason? —preguntó papá.

—Si estás dispuesto a contármela, sí.

—Tal vez no te guste oírla.

—Bueno, tampoco me gustó ser la víctima de un ataque injustificado, así que adelante.

—¡Por el amor de Dios! —dijo mamá, negando con la cabeza.

—Sé quién te ha cortado esa estúpida coleta —continuó papá—. Y no hemos sido ni mamá ni yo.

—Adelante, pues —dijo mi hermano Jason—. ¿Quién ha sido?

Papá me miró de reojo y sentí que se me helaba la sangre. ¿Lo habría adivinado?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Totalmente.

—De acuerdo —dijo papá, encogiéndose de hombros—. La cuestión es que… bueno, en realidad no puedo creer que aún no lo hayas deducido… Te la has cortado tú mismo.

Mi hermano Jason se quedó mirándolo unos instantes y luego

negó con la cabeza y se echó a reír.

—Estás de coña, ¿no?

—No. Puede que suene ridículo, pero escúchame. Te despertaste por la noche, te miraste al espejo y tu subconsciente te hizo darte cuenta de que estabas fingiendo ser una persona que no eres. De modo que te cortaste la coleta, luego volviste a dormirte y al día siguiente no recordabas nada de lo ocurrido. Es obvio. Has bloqueado el recuerdo porque contradice lo que expresas en voz alta.

—Es una hipótesis realmente interesante —opinó mamá.

—Tiene todo el sentido, si lo piensas bien —insistió papá.

—No tiene el más mínimo sentido —dijo mi hermano.

—El subconsciente puede ser muy poderoso. Deberías hablar de ello con el doctor Watson la próxima vez. Apuesto a que estará de acuerdo con nosotros.

—Bueno, hasta ahora no ha estado de acuerdo con vosotros en nada —repuso Jason, que visitaba al doctor Watson cada quince días, aunque después de aquella primera visita siempre iba solo—. Así que permíteme que lo ponga en duda. En cualquier caso, he decidido que este año no pasaré la Navidad aquí, así que no insistáis. Ya he hecho la maleta, de modo que me marcho. No podéis impedírmelo.

—¿Y qué hacemos con tus juguetes? —preguntó papá—. Ya están envueltos y debajo del árbol.

—¡Tengo diecisiete años! —exclamó Jason, levantando las manos—. No quiero juguetes.

—Me refería a tus regalos. Es una forma de hablar.

—No quiero nada de vosotros —dijo Jason—. Al menos, nada que podáis envolver y poner al pie de un árbol de Navidad.

—Pero ¿adónde vas a ir? —preguntó papá—. No creo que puedas pagarte un hotel.

—Voy a casa de la tía Rose —respondió Jason.

—¡Oh, no! —gritó mamá y se incorporó de un salto, pues para ella esa era la gota que colmaba el vaso—. No hablarás en serio.

—Hablo completamente en serio.

—¿Estás diciendo que prefieres pasar la Navidad, la época más importante del año, con tu tía Rose en lugar de con tu propia familia?

—Ella es parte de nuestra familia —replicó mi hermano Jason—. Aunque simulemos lo contrario.

La tía Rose era la hermana menor de mi madre, pero no se llevaba nada bien con ella, y por esa razón apenas nos visitaba. Vivía a solo ochenta kilómetros, en la casa donde habían crecido juntas, y le había comprado a mamá su parte después de la muerte de mis abuelos. La tía Rose era lo opuesto de mamá en todos los aspectos imaginables.

DIEZ COSAS QUE HABÍA HECHO LA TÍA ROSE Y QUE MAMÁ NO HABÍA HECHO NI HARÍA JAMÁS

1. Lanzarse de un avión en paracaídas.
2. Casarse con tres hombres diferentes y divorciarse de los tres.
3. Pasarse cuatro semanas en la cárcel por darle un puñetazo a un policía en la manifestación de «No a la guerra» de 2003.
4. Vivir en una especie de comuna cuando tenía diecinueve años. Luego en una especie de kibutz. Más tarde, en Milton Keynes.
5. Aparecer como figurante en *La guerra de las galaxias*.
6. Arrojar al príncipe Carlos un huevo que fue a parar a su hombro.
7. Escribir un libro de poesía que se había publicado en una editorial muy importante llamada Rose Press.
8. Subirse al puente de la bahía de Sídney.
9. Tatuarse en el brazo a alguien llamado David Bowie.
10. Decirle a mi hermano Jason que podía ir a pasar la Navidad a su casa y ser lo que él quisiera ser mientras estuviera allí.

—De ninguna manera —dijo mamá—. Esa mujer no hará otra cosa que alentar tus delirios. Dios mío, hasta sería capaz de sujetarte con correas y cortártela.

—¿Cortarle qué? —pregunté.

—Vosotros sois los que cortáis cosas, recuérdalo —respondió mi hermano Jason, furioso.

—¡Nosotros no te hemos tocado ni un pelo de la dichosa coleta! —gritó mamá—. Aunque, si quieres que te diga la verdad, me alegro mucho de que ya no la tengas. Al menos ahora pareces un chico de verdad.

—¡Ni que fuera Pinocho! —rugió mi hermano Jason; aunque no lo dijo exactamente así, sino que incluyó una palabrota que rimaba con «poder».

—No, no me parece buena idea. No quiero que Rose se entrometa en este asunto.

—Bueno, pues ya lo ha hecho —dijo Jason tras una larga pausa.

—¿Cómo? —preguntó mamá, mirándolo.

—He dicho que ya lo ha hecho.

Miré de reojo a mamá, que parecía tragar saliva. Su expresión dolida me conmovió.

—¿Se lo has contado?

—Sí.

—¿Cuánto le has contado?

—Todo. La llamo casi a diario.

—Claro que sí —dijo mamá, bajando mucho la voz y mirándose el regazo.

—Deborah —intervino papá.

Pero ella negó con la cabeza para que se callara.

—Está bien —dijo.

—¡No está bien!

—Sí. Si él cree que puede hablar con ella en lugar de conmigo, su propia madre, entonces…

—¡He intentado hablar contigo! —exclamó Jason—. Pero ¡te niegas a escucharme! ¡La tía Rose me escucha! ¡Y no me trata como si estuviera enfermo!

—Me rompes el corazón —dijo mamá.

—No quiero hacerte daño —respondió mi hermano bajando un poco el tono de voz—. Solo trato de ser honesto conmigo mismo. Y tú no me estás ayudando nada, la verdad. Quizá lo intentes, no lo sé, pero no está funcionando. De modo que me marcho; si me necesitáis estaré en casa de la tía Rose.

—Pero ¿cuándo regresarás? —pregunté, poniéndome de pie.

La idea de pasar una Navidad sin él me angustiaba mucho. Si, después de todo, su marcha se debía a lo de la coleta, entonces era

culpa mía. Pero no me atrevía a admitirlo delante de él.

—No estoy seguro. En Año Nuevo, probablemente.

—¿Puedo ir contigo?

—No, no puedes, Sam —respondió bruscamente papá, que había vuelto a sentarse y parecía muy abatido.

—Pero ¡no quiero pasar la Navidad sin él! —exclamé.

—Nosotros tampoco. Pero él ya lo ha decidido. Y quizá a él no podemos prohibírselo, pero a ti sí.

—Te he dejado un regalo encima de la cama —me dijo mi hermano en voz baja.

Luego se acercó a mí para darme un abrazo, pero yo me aparté.

Me senté en el sofá con la cabeza entre las manos, deseando que todo aquello no fuera sino una pesadilla de la que pronto despertaría.

—¡Bueno, pues si te vas a ir, vete ya! —gritó mamá finalmente —. ¡No te quedes ahí mirándonos!

Tras oír esas palabras, Jason se encogió de hombros, agarró la bolsa de viaje y se fue. Los demás nos quedamos sentados en silencio hasta que, por fin, mamá se levantó de un salto y corrió a la calle, donde miró a izquierda y derecha.

—¡Jason! —chilló—. ¡Jason!

Pero era demasiado tarde. Ya se había marchado.

Fue la peor Navidad de mi vida. Temiendo quizá que el ambiente se hiciera irrespirable si comíamos los tres solos, mamá invitó a uno de sus colegas del partido, a su esposa y su hija de catorce años, Laura. La chica parecía furiosa por tener que pasar el día de Navidad en casa de otra familia, pero desde el momento en que llegaron me di cuenta de que el colega de mamá —el señor Brewster, Bobby para los amigos— estaba encantado de haber venido y decidido a hacer todo lo posible para causar una buena impresión. Stephanie, la esposa de Bobby, también le hacía la pelota a mamá descaradamente.

—Le agradezco mucho que nos haya invitado a cenar, secretaria de Estado —dijo Bobby cuando por fin nos sentamos a la mesa.

Mi madre había preparado pavo, jamón, tres clases de patatas, salchichas, diferentes verduras y un montón de salsas. Una comida que, en otras circunstancias, yo habría disfrutado.

—Por favor, dejemos a un lado las formalidades —protestó

mamá—. Llámeme Deborah.

—Deborah, es usted muy amable. Después del año que hemos pasado, se agradece un poco de generosidad de espíritu.

—Sí, han sido unos meses espantosos —comentó Stephanie.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté yo, de repente interesado.

—Nuestra agencia de viajes quebró —me explicó Bobby—. Así que perdimos el anticipo de unas vacaciones en las Seychelles que ya habíamos pagado.

—Y había una lista tan larga para el nuevo BMW —añadió Stephanie— que tuvimos que conformarnos con el modelo del año pasado.

—Por favor —dijo Bobby—. No hablemos de modelos.

—¿Un tema delicado? —preguntó papá.

—¡Papá! —exclamó Laura, que estaba sentada cerca de mí evidentemente incómoda y a quien yo casi no me atrevía a mirar.

Tenía la piel clara y los ojos azul celeste, y cada vez que se volvía hacia mí me daban ganas de salir corriendo y esconderme detrás del sofá, como un cachorro nervioso. Poco antes me había preguntado cómo me llamaba y yo había tardado casi quince segundos en recordarlo.

—Oh, Deborah, escuche esta historia —dijo Stephanie antes de dejar el cuchillo y el tenedor sobre la mesa—. No se la va a creer. Hace un par de meses, Laura y yo estábamos de compras en Oxford Street y decidimos entrar en Topshop. Por supuesto, no es la clase de sitio al que acostumbro a ir, pero Laura insistió. Bueno, pues a los pocos minutos de entrar en la tienda se acerca una mujer que se presenta como cazatalentos de la agencia de modelos Better Than You. Y nos dice que Laura es una chica muy atractiva y que su manera de caminar… bueno, al parecer había estado observando cómo caminaba por la tienda y jamás había visto nada igual.

—Qué halagador —dijo Laura con un gesto de exasperación—. Por lo visto, mi gran habilidad consiste en poner un pie delante del otro e impulsarme hacia delante. ¿A qué más puedo aspirar?

—Laura, por favor —replicó Stephanie, y puso una mano sobre la de su hija durante un momento—. Cuando mamá está hablando, Laura escucha. En cualquier caso —continuó, volviéndose nuevamente hacia mi madre—, la cazatalentos nos preguntó si

Laura podría pasarse por su oficina para que le hicieran unas fotos. Naturalmente, yo estaba fuera de mí de la alegría. ¡Qué oportunidad! Pero, durante toda la conversación, esta hija mía se quedó allí quieta con cara de haberse tragado una avispa.

—Porque no… quiero… ser… modelo —intervino Laura apretando los dientes, y sus pausas me dieron a entender que le había repetido esa frase a su madre al menos un millón de veces desde aquella tarde en Topshop.

—Bueno, para resumir, finalmente logré convencer a esta pequeña ingrata de que acudiera a la sesión de fotos, aunque cualquiera diría que iban a arrancarle los dientes. ¡En serio! ¡Es una oportunidad por la que miles de chicas darían la pierna izquierda!

—No serían muy buenas modelos con una sola pierna —señaló Bobby riéndose con la boca tan abierta que pude ver toda su cena de Navidad triturada, algo asqueroso—. ¡Más que un andar característico, esas modelos tendrían un saltar característico!

—Yo no le veo la gracia —murmuré—. Además, he visto modelos en la tele con una sola pierna.

—No es verdad —dijo Bobby.

—Sí que lo es.

—No.

—Sí.

—¿Paul McCartney no se casó con una mujer que tenía una sola pierna? —preguntó papá.

—Callaos todos —ordenó mamá—. Perdón, Stephanie; continúe, por favor.

—Bueno, fuimos a la sesión de fotos y hay que reconocer que Laura hizo todo lo que le pidieron. Posó como se lo ordenaron, miraba a cámara, apartaba la mirada, ponía las manos de determinada manera, quiero decir, no lo entiendo todo, no tengo madera de modelo, obviamente… —Hizo una pausa y recorrió la mesa con la mirada, creo que esperando que alguien la contradijera, pero, como nadie lo hizo, ni siquiera su marido, reanudó el relato —. En cualquier caso —continuó—, cuando todo terminó, unos cuantos empleados de Better Than You se pusieron a mirar las fotos en la pantalla de un ordenador y se mostraron entusiasmados. Entonces se acercó una mujer que se presentó como la directora de la agencia y anunció que quería hacerle a Laura una oferta en ese

mismo momento. «Creo que podemos garantizarle prensa», nos dijo, «y alta costura. No he visto a nadie tan natural desde Kate y eso fue, qué sé yo, hace cien años. Su hija va a ser famosa», aseguró.

—Pero eso es maravilloso —respondió mamá, que al parecer ya estaba aburriéndose con la historia, sobre todo porque ella no tenía nada tan emocionante que contar—. ¡Felicidades! ¡Debe de estar muy entusiasmada!

—¿Cómo voy a estarlo? —replicó Stephanie—. ¡Laura, mi inteligente hija, se negó!

—¿Cómo?

—No quiero ser modelo —repitió Laura—. No sé qué parte de la frase no entiendes. He sido muy clara al respecto.

—Pero eso es ridículo —dijo papá—. Mírate, eres una chica despampanante. Dios mío, si yo tuviera treinta años menos, o incluso veinte…

Cuando todos nos volvimos para mirarlo, se puso rojo como un tomate.

—Quiero decir para alguien de tu edad. —Tosió y se llevó un pañuelo a la boca—. Evidentemente eres muy joven y…

—Pero no lo entiendo —dijo mamá perpleja—. Una oportunidad así se presenta una sola vez en la vida, como mucho. ¿Y decides que no vas a aprovecharla? ¿Cuál es el problema? ¿A qué querrías dedicarte?

—A la jardinería —dijo Laura.

—¿Qué? Me ha parecido oír que decías a la jardinería.

—Sí, eso he dicho.

Ahora mamá parecía más que confundida.

—¿Como esas personas que cuidan jardines? —preguntó por fin.

—Me interesa la jardinería paisajística —explicó Laura, cuya expresión ya no transmitía hastío, sino entusiasmo—. Quiero diseñar jardines; grandes, pequeños, formales, informales. ¿Ha estado en la Exposición Floral de Chelsea, señora Waver?

—Sí, claro —respondió mamá—. Voy todos los años el mismo día que va la reina. Es una oportunidad inestimable para una persona en mi posición. Y eso que el polen me da una alergia terrible. Pero ¡ese es el precio que hay que pagar para ascender por la resbaladiza ladera de la política!

—Yo también voy todos los años —dijo Laura.

—La culpa es mía —intervino Bobby—. La llevé cuando tenía cuatro o cinco años y desde entonces insiste en volver siempre.

—Y, desde la primera vez, supe que eso era lo que quería hacer.

—Perdón —dijo mamá—. ¿Estás diciendo que prefieres pasarte la vida con los codos metidos en la tierra en lugar de desfilar en las pasarelas de Roma, Milán y Nueva York exhibiendo los últimos diseños de Óscar de la Renta? ¿Me estás diciendo esto?

—Sí —dijo Laura antes de meterse una zanahoria en la boca.

—Extraordinario —contestó mamá, haciendo un gesto de incredulidad—. La verdad es que no entiendo a los jóvenes de hoy. Les damos todas las oportunidades que podrían desear y nos las tiran a la cara.

—Son como los monos del zoológico, que arrojan sus heces por todas partes —comentó papá.

—Alan —dijo mamá, cerrando los ojos un instante con expresión de asco—. No hables de heces en la cena, por favor.

—Perdón, Deborah.

—Tampoco podemos hablar de pitos en el desayuno —le susurré a Laura, pero, al caer en la cuenta de lo que acababa de decir, me puse rojo en menos de tres segundos.

Laura lanzó una risotada y luego negó con la cabeza.

—Si me dedicara a la jardinería sería la persona más feliz del mundo —dijo—. No querría hacer otra cosa.

—Han sido unos meses espantosos —suspiró Stephanie—. Pero ojalá que el año próximo sea mejor.

—Sí, desde luego —reconoció Bobby.

A continuación dejó los cubiertos sobre la mesa y sonrió ampliamente, al tiempo que levantaba su copa de vino.

—Claro que, ¿quién sabe? Tal vez el año que viene ustedes no celebren la Navidad en esta casa, ¿verdad? —añadió.

—Oh, bueno —dijo mamá, intentando mostrarse incómoda—. No nos adelantemos a los acontecimientos.

—¿Por qué no pasaremos la Navidad aquí? —pregunté—. No vamos a mudarnos, ¿verdad?

—No, Sam —me contestó papá—. No vamos a mudarnos. Al menos de momento. Pero ¿quién sabe lo que nos depara el futuro?

—Navidad en el número diez —dijo Bobby—. Eso sí que sería impresionante, ¿verdad?

—Pero ya estamos en el número diez —les recordé, pues, de hecho, vivíamos en el número diez de nuestra calle.

—Ahora mismo no hay ninguna posibilidad —respondió mamá —. Y, como es lógico, el primer ministro cuenta con todo mi apoyo. Sin embargo, si en el futuro surgiera alguna oportunidad, yo sin duda tendría que reconsiderar mi posición y recabar la opinión de mis colegas.

—Perdón —dijo Bobby, riéndose a carcajadas y golpeando la mesa con la mano—. ¿Acaba de entrar en la casa algún periodista de Sky News? ¡Faisal Islam, sal de debajo de la mesa, sé bueno y sírvete tú mismo!

Recorrió la habitación con la vista, animado, pero, al darse cuenta de la mirada de desaprobación de mi madre, se detuvo.

—Bueno, tiene usted toda la razón, por supuesto, secretaria de Estado —dijo—. Secretaria de Waver. Quiero decir, señora Waver. Deborah. No tiene sentido aspirar a un cargo que ni siquiera está disponible. Pero, desde luego, cuando llegue el momento, debe saber que estoy seguro de que sería usted una excelente…

—Gracias, Bobby. —Mamá sonrió—. Sus palabras significan mucho para mí. Sobre todo porque sé que una mayoría del partido se fía de su criterio. Sospecho que muchos se alegrarían de verlo asumir un cargo importante en un futuro no muy lejano.

—¿Cuál? —preguntó Stephanie, inclinándose hacia delante.

—Y de nuevo nos estamos adelantando a los acontecimientos —respondió mamá—. Y es Navidad. Disfrutemos de la comida y olvidémonos de la política.

Me dio la impresión de que el hecho de que esa parte de la conversación hubiera llegado a su fin desilusionó un poco a la pareja de invitados.

—Pero ¿ustedes no tienen otro hijo? —preguntó Stephanie finalmente, después de tener que soportar diez minutos de discusión sobre la posibilidad de que nevara antes de Año Nuevo.

—¿Otro hijo? —repitió mamá, levantando la mirada y frunciendo el ceño, como si no estuviera segura.

—Sí. Pensaba que tenían dos.

—Oh, se refiere a Jason —dijo mamá—. Sí, ya tiene diecisiete años.

—¿Y no pasa la Navidad con ustedes?

—No. Está haciendo tareas de voluntariado —respondió mamá.

—¿Voluntariado?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una residencia para gente sin techo del East End. —Tanto Bobby como Stephanie dejaron los cubiertos y se mostraron adecuadamente impresionados. Hasta Laura levantó la vista y enarcó una ceja, como si por fin hubiera oído algo que le interesara.

—¿El día de Navidad? —preguntó Bobby.

—Bueno, naturalmente habríamos preferido que lo pasara con nosotros —dijo papá—, pero la cuestión es que Jason tiene un gran sentido del servicio público y del deber. Eso le viene de Deborah, por supuesto. Y por eso pensó que, considerando que él disfruta de muchos privilegios gracias a su nacimiento, este año quería equilibrar un poco la balanza.

—Deben de sentirse muy orgullosos —comentó Stephanie—. Ojalá yo tuviera un hijo así, en lugar de una persona tan desagradecida como Laura.

—Soy desagradecida —dijo Laura, volviéndose hacia mí como si estuviera dirigiéndose al público de un teatro—, solo porque no quiero ser modelo.

—Pero podrías ser modelo —le respondí en voz baja—. Eres muy guapa.

Todos se volvieron hacia mí y yo deseé que se abriera la tierra y se me tragara.

—Bueno, creo que deberían estar muy orgullosos —repitió Bobby—. De tener un hijo así, que se sacrifica el día de Navidad. El partido sin duda aprecia esa clase de gestos. Espero que haya informado de ello al secretario de prensa. No estaría mal mandar a unos cuantos fotógrafos allí y conseguir unas pocas imágenes. Yo diría que causaría muy buena impresión entre los diputados sin cartera.

—En realidad, Bobby —dijo mamá, que se había puesto un poco nerviosa—, será mejor que no hable de esto con nadie. Jason toma sus propias decisiones, por supuesto, y yo no podría soportar que alguien pensara que me aprovecho de mi hijo para obtener un rédito político.

—No se hable más —respondió Bobby, guiñando un ojo—.

Aunque podría limitarse a hacer un comentario discreto a alguien del *Daily*…

—¡No, se lo digo en serio! —exclamó ella, levantando la voz—. De verdad se lo digo. No quiero que nadie se entere de lo que hace mi hijo. Dejémoslo tranquilo. Es un tema personal.

—Bueno, si está tan segura… —dijo Bobby, que no debía de saber si mi madre hablaba realmente en serio o no.

—Estoy segurísima —respondió—. De hecho, creo que lo mejor sería dejar a mi familia totalmente fuera de cualquier campaña política futura. Prefiero centrarme exclusivamente en el programa.

Aunque después de cenar subí a mi cuarto para tratar de leer un libro, volví a cruzarme con Laura justo antes de que los Brewster se marcharan. Cuando ella salía del baño me encontró en el rellano y aprovechó para arrinconarme.

—¿Puedo ver tu habitación? —me preguntó.

Y yo me quedé de piedra.

Ninguna chica había puesto el pie en mi dormitorio. Solo mamá, y eso no valía. Penny, la exnovia de mi hermano, había intentado entrar en una ocasión, pero yo había puesto una silla contra la puerta y me negué a salir hasta que ella se hubo marchado a su casa.

—¿Para qué? —pregunté.

—Porque abajo no paran de hablar de política y he estado a punto de golpearme la cabeza contra la pared hasta perder el conocimiento. Vamos, no me obligues a volver a bajar.

Vacilé, pero sentí que no podía negarme, así que fuimos a mi habitación. Recorrí el dormitorio con la mirada rápidamente, en busca de cualquier cosa comprometedora. En el suelo había dos calzoncillos que envié debajo de la cama de una patada; por lo demás, el cuarto estaba bastante ordenado, ni siquiera se veía ninguna *Vogue* vieja. Laura se tumbó sobre la cama y se desperezó, y yo me alejé todo lo que pude de ella, me senté en el suelo con la espalda contra la pared y me rodeé las rodillas con los brazos.

—¿Conoces a Lisa Turnbull? —me preguntó.

Asentí. Lisa iba a mi clase y era casi tan horrible conmigo como mi archienemigo, David Fugue. Cada vez que me salía un grano ella se lo contaba a todos.

—¿Te cae bien?

Titubeé, sin saber si debía ser sincero o no.

—¿De qué la conoces? —pregunté.

—En realidad no la conozco. Conozco a su hermana mayor, que es un monstruo. Éramos amigas, pero ya no.

—¿Por qué no?

—Porque es una cotilla. Y solo es feliz amargándoles la vida a los demás.

—Ya veo —dije.

—¿Tienes novia? —me preguntó.

Sentí un nudo en el estómago y acerté a responder:

—Nadie en especial.

—¿Qué quieres decir?

—No, no tengo novia.

—Vale.

Se bajó de la cama de un salto, se acercó a mi biblioteca y empezó a examinar los libros, sacando algunos y mirando las cubiertas.

—¿Son todos tuyos? ¿En serio? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí —respondí—. ¿Por qué?

—Son para niños pequeños. ¿No lees cosas para nuestra edad?

—Soy disléxico —le expliqué—. No se me da muy bien leer, pero me gusta, así que leo libros para niños. Me resulta más fácil acabarlos. Salvo por los cuentos de Sherlock Holmes. Esos no son para niños, pero me esfuerzo especialmente porque son muy buenos.

—Ah, entiendo —dijo, y volvió a poner los libros en su sitio—. Lo siento, no quería ofenderte.

—No me has ofendido.

—Si te sirve de consuelo, yo no supe atarme los cordones hasta que cumplí diez años. Y aún no sé silbar.

—¡Qué locura! —exclamé, riéndome.

—Lo sé. No tengo muy buena coordinación entre las manos y los ojos. Oye, dime la verdad —me pidió entonces—. En realidad tu hermano no está de voluntario en una residencia para gente sin hogar, ¿no?

—Claro que sí —respondí—. ¿Por qué piensas que no?

—Porque cuando tu madre lo ha contado has levantado la mirada de golpe.

—Es que no sabía que iba a contároslo.

—He visto una foto de él en la sala de estar —continuó ella—. Es muy mono.

—Tiene diecisiete años —señalé—. Y tú solo catorce.

—Lo sé. Era un decir. En cualquier caso, te pareces mucho a él.

Fruncí el ceño, sin saber qué responder.

—Relájate, Sam —dijo—. Es un cumplido.

Sonrió y luego se marchó a la planta de abajo, mientras yo me quedaba en mi habitación, oliendo su perfume. Y, por primera vez en mucho tiempo, durante el resto de la noche no pensé en mi hermano Jason.

7
La casa de la tía Rose

Estábamos a mediados de enero y mi hermano Jason aún no había regresado y, aunque lo echaba de menos, también había descubierto que la vida era mucho menos complicada cuando él no estaba. En ocasiones hablábamos por teléfono, pero me había dado cuenta de que no teníamos mucho que decirnos. La escuela lo había autorizado a continuar durante unas semanas sus estudios en casa bajo la supervisión de la tía Rose mientras lidiaba con lo que ellos denominaban sus «cuestiones personales».

Cuando se reiniciaron las clases, yo volví a ser invisible; de repente, mis compañeros estaban interesados en otras fuentes de escándalo. El profesor de geografía había dejado a su esposa, la profesora de matemáticas, por otra mujer, y como resultaba que esta era la profesora de ciencias naturales, era habitual verlos a los tres discutiendo en el pasillo entre las clases. Además, el director de la escuela se había comprado una
Harley-Davidson
y todas las mañanas llegaba en la moto vestido de cuero, lo que nos encantaba, nos horrorizaba y nos avergonzaba al mismo tiempo.

DIEZ COSAS QUE NINGUNA PERSONA MAYOR DE TREINTA Y CINCO AÑOS DEBERÍA HACER JAMÁS

1. Comprarse una Harley-Davidson y llegar con ella al colegio vestido de cuero.
2. Usar las palabras «tío», «tronco», «colega», «macho» o «guais».
3. Bailar.

4. Contarle a la clase que tiene una «resaca de caballo» y pedir que no alcen la voz. No nos impresiona. Para nada.
5. Mencionar su colección de cromos de *La guerra de las galaxias*.
6. Fingir que no ve *Countdown*. Nos consta que lo veis siempre, que estáis convencidos de que sois rápidos con los números y que haríais cualquier cosa por aparecer en ese programa.
7. Llevar Converse o zapatos de vestir sin calcetines.
8. Hablar de bandas de hace siglos, como Oasis.
9. Empezar una frase con las palabras «En mis tiempos».
10. Tener sexo. Eso es francamente asqueroso.

Mi archienemigo, David Fugue, continuaba atormentándome, pero ya no hablaba de mi hermano Jason. La verdad es que yo le proporcionaba bastantes excusas para que se metiera conmigo. Me salían granos en la frente, y él, que tenía una piel perfecta, me insultaba y me lanzaba tubos de Clearasil. Cuando noté que me empezaba a salir vello por encima del labio, me lo pinté con un rotulador Sharpie para oscurecerlo y que se viera más, pero me quedó como si me hubiera dibujado unos cuantos pelos, y el Sharpie es casi imposible de quitar, dura días y días. En una ocasión me descubrió escribiendo en la cubierta de un cuaderno el nombre de Laura con unos corazoncitos dibujados alrededor —yo ni siquiera me había dado cuenta de lo que estaba haciendo— y les contó a todos que me había enamorado de una chica, lo que me convirtió en el niño más gay de la escuela, cosa que no tenía el menor sentido, pero la gente le siguió el juego de todas maneras. Es decir, todos excepto Jake Tomlin, que sí es gay y había salido del armario el año anterior. Jake explicó que yo no era gay, que él sabía distinguir los caracoles de las ostras —significara lo que significara eso— y yo quise darle las gracias, pero no estaba seguro de si se ofendería, así que no le dije nada.

En casa nadie mencionaba la ausencia de una cuarta persona en nuestras vidas y a veces me daba la impresión de que todos salvo yo se habían olvidado de mi hermano Jason. Mamá y papá apenas se daban cuenta de mi existencia y estaban constantemente pegados al móvil, al iPad y al portátil. Casi cada noche venía gente del partido

a casa, por lo que me quedaba sin ver la televisión, y se pasaban el rato haciendo listas de nombres e intentando decidir si alguien en particular iría en la lista de los «seguro que sí», la de los «seguro que no» o la de los «fáciles de convencer». Cuando le pregunté a mamá para qué quería convencerlos, ella respondió «para que depositen su confianza en mí».

De modo que era de esperar que, el día de mi desaparición durante las vacaciones de mitad de trimestre, tardaran varias horas en percatarse de mi ausencia.

Todo empezó cuando recibí una carta inesperada. Yo nunca recibía cartas, con excepción de alguna que otra tarjeta de cumpleaños, así que me impactó bastante encontrar un sobre con mi nombre en la mesa de la cocina una mañana. Cuando lo abrí, descubrí que contenía un billete de veinte libras y una nota breve:

Querido Sam:

¡Ven a casa y quédate con nosotros unas noches! Aquí tienes dinero para el billete. Iré a buscarte el viernes a la estación de Oxford a las cinco en punto.

Paz,

Tía Rose

UNDÉCIMA COSA QUE NINGUNA PERSONA MAYOR DE TREINTA Y CINCO AÑOS DEBERÍA HACER JAMÁS

11. Decir «paz».

Me alegró recibir la carta —y el dinero—, pero no me sorprendió lo más mínimo que la tía Rose me invitara a su casa. Al fin y al cabo, en el pasado ya había tenido iniciativas tan caprichosas como esa. Había invitado a un hombre sin hogar a que se mudara con ella unos días para que pudiera curarse de un resfriado y él había terminado convirtiéndose en mi tío Bernie durante dos años, hasta que se divorciaron. En otra ocasión, acogió a una familia de refugiados sirios durante seis meses, y mamá dijo que no podíamos ir a visitarla a su casa porque si aquello salía a la luz le daría mala imagen ante los diputados sin cartera. Y cuando Felipe de Edimburgo se retiró, mi tía Rose lo invitó a vivir con ella

y le dijo que podrían salir a pasear juntos y preparar mermelada de arándanos por las noches. Al poco recibió una atenta carta de agradecimiento del príncipe declinando su amable oferta.

El hecho de ser invitado a pasar unos días a un sitio sin mamá y papá me hizo sentir muy adulto y no recordaba haber tenido tanto dinero en el bolsillo nunca, de modo que cuando salí ese viernes del colegio fui a casa, me quité el uniforme, preparé una bolsa y cogí el metro hasta la estación de Paddington. La idea de volver a ver a mi hermano Jason me entusiasmaba y esperaba que él no estuviera enfadado conmigo de la misma manera en que lo estaba con nuestros padres.

Tardé una hora en llegar a Oxford, y durante el trayecto intenté leer *Luces del norte*, pero las palabras se mezclaban y reorganizaban ante mis ojos, y deseé contar con Jason para que me echara una mano. Cuando el tren entró en la estación, la tía Rose, que estaba esperando delante de las barreras de acceso, esbozó una amplia sonrisa y lanzó un alarido tan atronador que todos se volvieron para mirarla. En ese momento me pregunté si no sería mejor darme la vuelta y subirme al primer tren de regreso.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó—. Me dije: ¡Siempre se puede confiar en Sam! ¡Jamás decepciona! Me alegro mucho de verte. ¡Y cómo has crecido desde la última vez! Aboud tenía tu edad cuando se quedó en mi casa; al llegar apenas medía un metro cincuenta y siete, pero cuando se fue alcanzaba el metro ochenta y tres. Es la edad, supongo.

Aboud era uno de los refugiados sirios que había acogido.

Apenas me di cuenta de que la tía Rose llevaba el pelo naranja, pues cada vez que la veía lo tenía de un tono distinto, nunca de su color natural, sino de una extraña combinación de varios, como si hubieran vertido tres o cuatro pigmentos en un cuenco y los hubieran mezclado hasta conseguir una tonalidad inexistente en la naturaleza. Lo que sí me sorprendió fue su ropa, que parecía confeccionada con bolsas de basura, tela de arpillera y piel de cebra.

—¿Te gusta? —me preguntó, girando sobre sí misma y levantando una pierna como si fuera una bailarina.

La sandalia salió volando y acertó en la cabeza a un hombre, por lo que tuvo que correr a buscarla y pedirle disculpas.

—La he diseñado y confeccionado yo misma —me explicó cuando volvió a mi lado.

—Ya me lo parecía —dije.

—Sí, tiene ese aire encantador de la ropa hecha a medida, ¿no? La verdad es que soy una diseñadora frustrada, Sam. Podría haber sido una Vivienne Westwood. Una vez diseñé el vestuario para una puesta en escena de *Sueño de una noche de verano*, nada sofisticado, no era más que una compañía de repertorio. Resulta que una noche Albert Finney asistió a la representación en el Durham Playhouse y luego fue a los camerinos a saludar al elenco. Yo era demasiado tímida como para hablar con él, pero oí claramente cómo le preguntaba a mi primer marido, tu tío James, que hacía el papel de Bottom: «¿Quién demonios ha diseñado esos trajes?». Parecía absolutamente asombrado de su originalidad. En ese momento me sentí muy orgullosa.

—¿Quién es Albert Finney? —pregunté.

—Un hombre de gran talento. ¡Y guapísimo! Pero supongo que es anterior a tu época. En cualquier caso, ¿qué tal ha ido el viaje en tren? ¿Has hablado con alguien agradable?

—Mamá y papá siempre dicen que no debo hablar con extraños —respondí—. Que estos solo quieren meterme la mano en los pantalones.

—Oh, eso es ridículo —dijo la tía Rose desechando la idea con un gesto—. Los extraños son las personas más interesantes. Ya sabes que conocí a mi tercer marido en un tren. ¿Te acuerdas del tío Denzel?

—Claro —respondí, pues había sido mi preferido de todos los maridos de mi tía Rose.

En una ocasión me llevó a las torres Alton y me compró todo el algodón de azúcar que quise. Y se sabía muchos chistes verdes y le encantaba contármelos.

—Bueno, Denzel era revisor en la línea
Cross-Country,
aunque cuando lo conocí era un pasajero más. Estábamos sentados el uno delante del otro, empezamos a hablar, y el resto es historia. O lo fue, al menos durante uno o dos años. Hasta que me lo quité de encima. ¡Acércate, Sam! ¡La tía Rose quiere abrazarte!

—Vale.

Me apretó contra sus enormes pechos y sentí que me sofocaba, además de un poco de vergüenza. Pero al menos no estábamos cerca de casa y era imposible que mi archienemigo, David Fugue, pasara por allí justo en ese momento y nos pillara.

—¿Qué te han dicho tus padres? ¿No les ha importado que vinieras? —me preguntó cuando echamos a andar hacia el aparcamiento.

Trató de cogerme la mano como cuando era pequeño, pero no me dejé y me la metí en el bolsillo.

—No les he dicho nada —respondí—. He preparado la bolsa, he ido en metro hasta Paddington y luego he cogido el tren.

—Oh, vaya —dijo, se detuvo un momento y me miró frunciendo el ceño—. Pero ¿y si se preocupan? Tal vez deberíamos llamarlos cuando lleguemos a casa y decirles que estás aquí. O mandarles un telegrama. ¿Todavía se pueden mandar telegramas? No lo sé. Estaban muy de moda durante la guerra. Aunque yo aún no había nacido, claro. Tan vieja no soy. Pero he visto películas de esa época.

—No te preocupes —respondí—. Les he dejado una nota encima de la cama informándoles de todo. Si me necesitan, sabrán dónde encontrarme.

Eché un vistazo a mi alrededor, por si mi hermano Jason también había ido a la estación y se había quedado esperando en el coche, pero no lo vi por ninguna parte. Tampoco encontré el antiguo Morris Minor de la tía Rose sino que, para mi asombro, descubrí un caballo atado a una valla cerca de la salida. Cuando este nos vio llegar, giró la cabeza en nuestra dirección e hizo una especie de reverencia.

—¿A quién demonios se le habrá ocurrido dejar un caballo aquí? —pregunté, negando con la cabeza en un gesto de asombro.

—¡Ah, se llama *Bertie Wooster*! —exclamó la tía Rose—. ¿No te lo había contado? He vendido el coche; gastaba demasiado y emitía gases que luego permanecen en la atmósfera y terminarán matándonos a todos. Así que lo he sustituido por un caballo. No hay que echarle gasolina ni gasoil y te ahorras los impuestos y el seguro.

Me quedé de piedra. Miré fijamente el caballo, luego a mi tía y luego otra vez al caballo, que me devolvió la mirada con suspicacia.

—¿Has venido hasta aquí cabalgando? —pregunté, sorprendido.

—Así es. ¿Qué tiene de raro? Así se desplazaba la gente en los

viejos tiempos. Cuando Jane Eyre ve por primera vez al señor Rochester, él está montando a caballo, ¿no? Y en *Orgullo y prejuicio* todos los utilizan.

—¿Y vas a volver a casa con él?

—No, voy a dejarlo aquí para que forme una familia y tenga su propia vida. Probablemente consiga un empleo en Marks and Sparks. ¡Por supuesto que voy a volver a casa con él, Sam! Y tú también. Es un caballo fuerte, ¿verdad, *Bertie Wooster*? Puede aguantar el peso de los dos.

Miré el caballo, que estornudó de forma exagerada, y me encogí de hombros. Últimamente la vida se había vuelto tan extraña en mi casa que ir a caballo a la de la tía Rose no me parecía tan raro. De modo que cuando ella me encaramó a lomos de *Bertie Wooster* como si fuera un fardo, me esforcé por mantener la calma.

—Bueno, pues a casa —dijo la tía Rose cuando salimos a la carretera.

Me sentía bastante incómodo aferrado a su cintura, pero era eso o caerme; los coches tocaban la bocina, pero *Bertie Wooster* no parecía tener el menor interés en avivar el paso.

—Debes de tener hambre. He descubierto que los chicos de tu edad siempre tenéis hambre.

—Pues sí, estoy hambriento —reconocí.

Mientras *Bertie Wooster* seguía trotando, la tía Rose me formuló todas las preguntas sobre el colegio que suelen hacer los adultos: ¿Me gustaba? ¿Cuál era mi asignatura favorita? ¿Quién era mi mejor amigo? Luego pasamos a hablar sobre mis padres y ella soltó un bufido de irritación. Me pareció que estaba muy enfadada con ambos.

—¿Han recuperado el buen juicio? —preguntó—. ¿O siguen comportándose como un par de niños malcriados?

—¿A qué te refieres? —dije.

—Pues que desde las navidades no se han puesto en contacto con su primogénita, ¿verdad? Y que echaron a la pobre criatura a la calle. ¿Qué clase de padres harían algo así?

—Echarlo no lo echaron —dije, aunque tampoco recordaba que se hubieran esforzado mucho para persuadirlo de que se quedara—. Fue él quien decidió marcharse.

—Bueno —dijo la tía Rose riéndose—, al parecer la pobre no

tuvo elección, considerando lo mal que hacían que se sintiese.

—¿A quién te refieres? —pregunté—. ¿A mamá?

—No, a mamá no.

Bertie Wooster volvió a estornudar y estuve a punto de caerme.

—Pensé que vendría contigo a la estación —dije.

—¿Quién?

—Mi hermano.

—Oh, no —dijo la tía Rose—. No lo veo desde el día después de Año Nuevo.

—¿Qué? —pregunté.

Y me senté tan recto que clavé las rodillas en los lados del caballo, que se detuvo de golpe. Luego giró la cabeza y me lanzó una mirada amenazadora.

—¿Se ha marchado? Pero ¿dónde está? No hemos sabido nada de él…

—Tranquilízate, Sam —dijo ella—. Todo va bien. Estaréis juntos muy pronto, te lo prometo. Mira, ya hemos llegado.

Bertie Wooster tomó el caminito de la entrada para coches y trotó hacia un establo que había construido el tío Bernie para almacenar su enorme colección de recuerdos nazis de la guerra. Cuando el caballo se detuvo, la tía Rose se bajó de un salto y extendió las manos para ayudarme. Yo estaba muy angustiado. Si mi hermano Jason ya no vivía con ella, ¿qué estaba haciendo yo allí? ¿Acaso íbamos a pasarnos la noche jugando al Monopoly los dos solos? Además, ¿adónde se había ido mi hermano? A casa no había regresado. Me lo imaginé durmiendo en la calle y la idea me llenó de pavor.

—Adelante, Sam —dijo ella girando la llave en la cerradura de la puerta principal—. Entremos.

La casa de la tía Rose era muy distinta de la nuestra. A mis padres les gustaban las paredes blancas como la nieve y adornadas con reproducciones de pinturas que pedían por internet a la Tate Britain. Además, teníamos una empleada doméstica que venía todos los viernes por la mañana y que sabía que mamá y papá lo querían todo limpio y ordenado. En comparación, la casa de la tía Rose era un verdadero caos. Había libros y revistas por todas partes, velas consumidas por la mitad en cada mesa y cuadros de verdad en las paredes, aunque no eran muy buenos. Lo que más me gustaba de

esa casa era *Sandy*, la vieja bóxer de mi tía. Se acercó tranquilamente para saludarme y cuando reconoció mi olor de visitas anteriores, intentó saltar y lamerme la cara, cosa que logró pese a sus viejas caderas.

—Tu habitación está arriba, es la primera puerta a la derecha —dijo la tía Rose—, por si quieres dejar la bolsa.

Asentí, subí las escaleras y entré en el que sabía que era el antiguo dormitorio de mi madre. No había cambiado mucho desde que ella tenía mi edad: el papel pintado parecía de la época de Enrique VIII y en las paredes había fotografías de ella y la tía Rose con mis abuelos. Me senté sobre la cama y miré el reloj. Las siete. Me dije que a las nueve fingiría estar cansado, me acostaría y a la mañana siguiente cogería el primer tren. De ninguna manera iba a quedarme varios días solo con mi tía. Además, debía contarles a mis padres que Jason había desaparecido para salir en su busca cuanto antes. Mamá seguramente conocería a algún alto mando policial que podría ayudarnos a encontrarlo.

Cuando bajé, la cocina olía a comida y *Sandy* estaba sentada a los pies de la tía Rose, esperando pacientemente a que cayera algo de la encimera.

—Estoy preparando espaguetis a la boloñesa vegetarianos —declaró la tía Rose—. ¿Te gustan?

—Sí —respondí—. Pero ¿podría añadirles carne a los míos?

—No. La carne es asesinato.

—Vale.

—Jessica debe de estar a punto de llegar —dijo la tía Rose—. Ha ido a comprar albahaca.

Fruncí el ceño. ¿Jessica? Al parecer no solo tendría que sostener una conversación amable con mi tía toda la noche, sino también con alguna amiga suya. Se me cayó el alma a los pies, pero me dije que aguantaría como pudiese y que al día siguiente a esa misma hora estaría de vuelta en casa.

—Bueno, Sam… —dijo ella mientras revolvía verduras en una olla.

No olían bien y deseé haber traído una salchicha Peperami. Podría haberla puesto en mi plato cuando ella no hubiera estado mirando.

—Entiendo que los últimos meses han sido muy difíciles para ti.

Me encogí de hombros.

—No han sido fáciles —reconocí.

—Supongo que hasta ahora nunca habías conocido a nadie que fuera transgénero.

—No. ¿Tú sí?

—Sí, a muchos. Pero en aquellos tiempos no se les permitía ser lo que eran. Tenían que pasarse la vida mintiéndose a sí mismos y al resto del mundo. No suena muy divertido, ¿verdad?

No dije nada.

—¿Has hablado con alguien al respecto? —preguntó ella por fin.

—¿Como quién? —pregunté.

—Pues con tu madre, o con tu padre. O con los dos.

—No —respondí—. A ellos no les gusta hablar de ese asunto.

—¿Con algún amigo, tal vez?

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no tengo muchos amigos. Pero, si los tuviera, no creo que pudiera hablarles de eso. No es fácil hablar de algo así. Y a todo esto, ¿él cómo se encontraba cuando estuvo aquí?

—¿Él? —preguntó ella, frunciendo el ceño—. ¿Quién es él?

—Mi hermano.

—Ah. Bueno, estaba bien cuando llegó. Alterado, desde luego. Confundido. Y necesitaba a alguien que lo escuchara sin juzgarlo. Habría sido mejor que lo hiciera esa hermana mía que tengo, pero… —Negó con la cabeza y pareció contenerse—. Bueno, también es tu madre —añadió por fin—. Así que mejor me muerdo la lengua. Pero, de todas maneras, me parece increíble.

—Él cree que es una chica —solté de golpe.

—No, no es cierto —respondió la tía Rose.

—¿No? —pregunté y levanté la mirada, esperanzado.

¿Tal vez Jason había cambiado de idea? Deseaba tanto que fuera así…

—Él no cree que es una chica —dijo la tía Rose—. Ella sabe que es una chica.

—Ella no es ella —repuse—. Ella es él.

—Ella no va a ser él solo porque tú insistas en que lo es —replicó la tía Rose—. Si yo dijera que tú eres una maceta, ¿eso te convertiría en una maceta?

—No es lo mismo —dije, negando con la cabeza—. Ni siquiera

parecido.

—Nadie quiere que lo consideren algo que no es, ¿verdad? ¿Y si yo dijera que tú eres una chica? ¿Que eres mi sobrina?

—Pero ¡no lo soy! —protesté—. ¡Soy un chico! ¡Tu sobrino!

—Ya lo sé. Y tú también lo sabes. Pero Jason no sentía lo mismo.

—No me apetece hablar de ello —dije—. Pensaba que estaría aquí. Es la única razón por la que he venido.

—¡Oh, muchas gracias!

—No, lo que quería decir es que…

—Está bien, Sam. Solo bromeaba. Te entiendo. Lo echas de menos.

—Claro —dije, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Soy consciente de que ha sido un buen hermano para ti.

—El mejor —afirmé—. El mejor del mundo. Y quiero que vuelva. Seguro que tú le dijiste que estaba bien ser una chica.

—Yo no le dije nada —respondió la tía Rose, que se puso de pie, revolvió las verduras y echó un poco de pasta en una olla con agua hirviendo—. Lo único que hice fue dejarlo hablar y prestarle atención, lo que ninguno de vosotros habéis hecho. Estaba sufriendo mucho. ¿Es que no te diste cuenta? Y necesitaba a alguien que estuviera dispuesto a escucharlo.

—En casa intentamos escucharlo —le aseguré—. Todos. Pero nos dio la impresión de que llevaba mucho tiempo pensando en ello y que esperaba que apenas nos lo contara lo comprenderíamos de inmediato.

La tía Rose suspiró y no dijo nada, pero de pronto se quedó muy quieta. Cuando por fin se dio la vuelta me miró con verdadera decepción.

—Por supuesto —dijo—. Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Qué fui yo? —pregunté.

—Ella cree que fue tu madre o tu padre, pero fuiste tú. Jamás sospechó de ti.

—¿Qué fui yo? —repetí, levantando la voz.

—El que le cortó la coleta —dijo—. Te metiste en su cuarto cuando dormía, ¿verdad? Se la cortaste y la tiraste. ¡Oh, Sam! ¿Cómo has podido hacer algo así?

Aparté la mirada. Ni siquiera me molesté en negarlo.

—Le hice un favor —respondí—. Estaba ridículo. Todos se reían de él.

—¿De él o de ti, Sam?

—De él —insistí.

—Pero era su pelo. ¿Por qué creíste que tenías derecho a cortárselo?

—Porque es mi hermano.

—No, no es tu hermano.

—¡Sí que lo es! Y trataba de parecerse cada vez más a una chica. De modo que le corté la coleta porque se me ocurrió que cuando se despertara se daría cuenta de que el pelo corto le quedaba mejor. Tampoco es para tanto —añadí enfurruñado.

—Sí que lo es, cariño —dijo la tía Rose, negando con la cabeza —. Sí que es para tanto. Es importantísimo. ¿Cómo se te ocurre pensar lo contrario? Fue lo primero que identificó a tu hermana como una chica, algo tan sencillo como dejarse crecer el pelo, y tú se lo quitaste. ¿Tienes idea del daño que le hiciste? ¿O de lo mucho que le robaste esa noche?

—Deja de llamarlo «mi hermana» —dije—. No lo soporto.

—Tus sentimientos importan —prosiguió ella—. No estoy diciendo lo contrario. Pero en esta situación no son lo más importante. Tú te sientes alterado y confundido. Por supuesto que sí; después de todo, no tienes más que trece años. Pero tu hermana está pasando por algo mucho mayor y más desconcertante. Si la quieres, debes apoyarla.

—Siempre apoyaré a mi hermano —dije.

La tía Rose suspiró exageradamente; luego volvió a concentrarse en la comida y no dijo nada más.

Sonó el teléfono en el recibidor y ella levantó las manos con una cuchara en cada una.

—Cógelo tú, ¿vale, Sam? —me pidió—. Y dile a quien quiera que sea que luego lo llamo.

Me dirigí a la entrada, contento de tener una excusa para escaparme, y descolgué el teléfono. Reconocí la voz de mi madre inmediatamente.

—¿Rose? Soy Deborah.

—Hola, mamá —dije.

—¿Sam? ¿Eres tú? —preguntó tras una breve pausa.

—Sí.

—Oh, he perdido otro hijo por culpa de mi hermana, ¿verdad?

—La tía Rose me invitó a venir —le expliqué.

—Pero a mí no me avisó —respondió—. Y tú tampoco.

—Sí que te lo dije —mentí—. Te lo comenté anteanoche. Y tú respondiste que te parecía bien. Además, os dejé una nota en mi cama.

—¿En serio?

Pareció que hacía memoria durante unos instantes. Era perfectamente posible que yo se lo hubiera comentado y que ella no me hubiera oído.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo. Lo siento, debe de habérseme ido de la cabeza. En este momento están pasando muchísimas cosas.

—¿Quieres hablar con la tía Rose?

—No, llamaba para preguntarle si sabía algo de ti. Pero ahora que sé que estás a salvo, no hace falta. ¿Y cómo va, por cierto? ¿Qué estáis haciendo?

—No mucho —respondí—. Está preparando espaguetis a la boloñesa vegetarianos.

—Oh, vaya.

—Lo sé. Y tiene una amiga que se llama Jessica que nos va a traer albahaca.

—¿Quieres volver a casa, Sam? Porque puedo mandarte un coche. No me gustaría que lo pasaras mal. Tengo a Bradley aquí fuera, así que…

—No, ya que estoy aquí —respondí—, me quedaré a pasar la noche.

—¿Estás seguro?

—Y también está *Sandy* —continué—. Y *Bertie Wooster*.

—¿Quién?

—*Bertie Wooster*. Un caballo.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Y hay…? —Se le quebró un poco la voz, como si estuviera reprimiendo las lágrimas—. ¿Hay alguien más?

—¿Te refieres a Jason?

—Sí.

—Ahora mismo no, pero la tía Rose me ha dicho que sigue viviendo con ella. Probablemente haya salido. Me ha dicho que

vendrá más tarde.

—De acuerdo. Bueno, dile… dile…

—¿Que le diga qué? —pregunté.

—Dile que lo echamos de menos.

—Podrías venir y decírselo tú misma, si quisieras.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea mientras ella reflexionaba.

—¿A qué hora tienes pensado volver mañana? —preguntó por fin.

—Cogeré el primer tren —respondí—. A primerísima hora.

—Bien —respondió—. Bueno, asegúrate de que así sea. Y no vuelvas a hacer algo así, Sam, ¿de acuerdo? Estaba preocupada.

—Lo siento.

—Está bien. Bueno, buenas noches, pues.

—Buenas… —empecé a responder, pero mamá ya había colgado.

Regresé a la cocina y la tía Rose giró sobre sus talones.

—¿Quién era? —preguntó.

—Mamá —dije.

—Oh, Dios mío. Supongo que he vuelto a meterme en un lío.

—Tú no, pero yo sí.

—Bueno, mejor tú que yo —dijo alegremente—. ¿Puedes poner la mesa, por favor?

Fui al cajón y puse dos individuales, pero Rose se volvió y dijo negando con la cabeza:

—Pon la mesa para tres, Sam. Te olvidas de Jessica.

Regresé al cajón y estaba poniendo otro juego de cubiertos cuando se oyó el sonido de la puerta de entrada al abrirse y a alguien quitándose el abrigo en el recibidor.

—Justo a tiempo —dijo la tía Rose.

Echó la pasta en un colador y el vapor del agua le cubrió la cara.

Acto seguido se abrió la puerta de la cocina y entró una chica unos años mayor que yo. Vestía tejanos azules y una blusa blanca, y llevaba el pelo teñido de rubio y sujeto en la nuca en una pequeña coleta. Se había aplicado un poco de maquillaje en la cara y un pintalabios de un tono rosado. Cuando me vio se quedó paralizada y yo la miré boquiabierto.

—Es culpa mía —dijo la tía Rose, volviéndose y encogiéndose de

hombros—. Se me ocurrió daros una sorpresa. Después de todo, esta tontería lleva prolongándose demasiado tiempo y ya es hora de ponerle fin.

—Sam —dijo mi hermano Jason.

A continuación, dejó la bolsa de albahaca sobre la mesa y me miró con una expresión entre confundida, avergonzada y desafiante.

—Jason —respondí, sin saber dónde mirar.

—Y lo primero que tiene que acabar es eso de «Jason» —dijo la tía Rose—. Jason se quedó en Londres, ¿de acuerdo? Esta es Jessica. Es el nombre que ha escogido. De modo que, mientras estés entre estas cuatro paredes, Sam, haz el favor de ser respetuoso y llámala por su nombre. De lo contrario, me enfadaré contigo y terminarás durmiendo en el establo con *Bertie Wooster*.

Después de cenar, mi hermano Jason me preguntó si quería salir a dar un paseo para que pudiéramos ponernos al día. Cerca de la casa de la tía Rose todo eran campos, y había un río con un puente a unos pocos kilómetros de distancia, de modo que tomamos esa dirección. Me contó que iba allí todos los días, porque era un buen sitio para pensar.

—Siento no haber intentado contactar contigo —dijo.

Yo me encogí de hombros, fingiendo que no tenía importancia, cuando los dos sabíamos que no era verdad.

—Estaba tratando de entenderlo todo, ¿sabes?

—Yo también he estado ocupado —respondí—. En el colegio y con los deberes. Pero no he leído mucho, no tenía a nadie que me ayudara.

Él se detuvo y me miró, pero hice como si no me hubiera dado cuenta. La verdad era que quería hacerle daño.

—Lo siento, Sam —dijo—. ¿No podías pedirle ayuda a mamá o a papá?

—Están demasiado ocupados —respondí—. Mamá sigue tratando de llegar a la cumbre de la resbaladiza ladera. Y ya sabes cómo es papá.

—«¡Lee lo que pone en la dichosa página!».

Me reí. Lo había imitado a la perfección.

—Sí —dije, de pronto sintiéndome culpable por querer que él se sintiera culpable, así que añadí—: He traído *Luces del norte* para leer en el tren. Tal vez podrías ayudarme más tarde, ¿no?

—Por supuesto —afirmó—. Podemos leer un poco cuando volvamos.

—Vale.

Caminamos un rato en silencio, dando puntapiés a las piedras y, cuando nos topamos con una pelota de fútbol medio deshinchada, él me la pasó trazando un arco perfecto por encima de mi cabeza, pero yo, no sé cómo, di el salto justo para atraparla con las manos, como haría un guardameta de verdad.

—¡Bien! —exclamó él, impresionado.

Y me sentí bastante orgulloso.

—¿Cuándo tiempo te quedarás? —le pregunté cuando retomamos el camino.

—No lo sé —me contestó—. Estoy estudiando. En junio tengo los exámenes finales, pero me resulta más fácil estudiar aquí, con todo lo que está pasando.

—¿Y sigue pasando? —pregunté, observando su ropa y su aspecto.

Él asintió.

—Sí —dijo—. El doctor Watson me ha dado un montón de libros sobre este tema que me han sido de mucha ayuda. Y voy a un grupo de apoyo todos los martes por la noche.

—¿Con otros chicos como tú? —pregunté.

—Con chicos que se han transformado en chicas. Y con chicas que se han vuelto chicos. Y también están los que todavía se lo están pensando. Allí me siento seguro.

—Supongo que eso es bueno.

—Y he hecho algunos amigos.

—Y todos te dicen que estás haciendo lo correcto, supongo.

—Sí, Sam —respondió él en tono tranquilo—. Eso es exactamente lo que dicen.

—¿Y de qué habláis en esas reuniones? —pregunté.

—De lo que nos apetece. De lo difícil que puede llegar a ser esta situación. De los incidentes desagradables a los que nos hemos enfrentado. De los pequeños momentos de triunfo. De las personas que nos aceptan tal como somos, como el entrenador
O’Brien.
De las que no. Y de nuestras familias, por supuesto.

Lo miré.

—¿Les has hablado de mí? —pregunté.

—Un poco.

—¿Les has dicho que yo soy normal?

Puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—Les he dicho que no eres como yo, si es eso lo que te preocupa. En serio, Sam —añadió, levantando un poco la voz por el enfado—. No hace falta que seas desagradable.

—¡No soy desagradable!

—Ahora mismo lo estás siendo. Aunque no te des cuenta.

Nos quedamos un rato en silencio y advertí que estaba enfadado, pero yo no creía que fuera mi culpa. De todas maneras, tampoco me apetecía discutir con él, así que decidí romper el hielo.

—Lo siento —dije.

—Está bien.

—Las palabras no son lo mío, ya lo sabes.

—Las palabras te cuestan cuando lees, Sam. No finjas que no sabes utilizarlas cuando hablas. Sabes exactamente lo que dices. Los disléxicos son igual de listos que cualquiera, solo que les cuesta leer.

Pateé algunas piedras más sin saber qué contestar.

—YouTube también es útil —dijo él finalmente.

—¿Qué?

—YouTube. La gente cuenta sus historias. Hay quien no se siente bien en grupo, graba su experiencia y la sube a internet. Hay vídeos en los que también hablan los familiares de los trans. Deberías buscarlos. Tal vez aprendas algo.

—Está el tema del control parental —dije.

—¿Todavía no has aprendido a desbloquearlo?

—No. ¿Tú sí?

—Sí. Hace mucho. Luego te lo enseño. Me sé todas las contraseñas.

Me reí.

—Genial —dije.

—Supongo que dentro de poco empezaré un tratamiento con hormonas.

Sentí un nudo en el estómago y lo miré, preocupado.

—¿Y eso qué significa? —pregunté—. ¿Que tomarás pastillas?

—Sí. Y también me pondrán inyecciones. Pero todavía tienen

que pasar seis meses más antes de que me permitan empezar el tratamiento. El médico con el que el doctor Watson me puso en contacto tiene que certificar que estoy emocionalmente listo.

—¿Y qué hacen esas pastillas?

—Cambian algunas cosas —me explicó—. Físicamente, quiero decir. Puede que pierda un poco de músculo. Y me han dicho que durante un tiempo tendré cambios de humor, hasta que el cuerpo se adapte a la medicación. No será fácil. Y luego me saldrán… ya sabes…

—¿Qué?

—Venga, Sam —dijo—. Dedúcelo.

—¿Qué?

—Tetas. Me empezarán a salir tetas.

—¡Oh! —exclamé; me sentí un poco mareado, era incapaz de imaginármelo—. ¿Podemos sentarnos un momento?

—Claro —respondió.

Nos sentamos en el suelo y me fijé en que no tenía pelos en las piernas, al contrario de las mías, donde empezaban a despuntar.

—Me las afeito —me explicó al darse cuenta de lo que estaba mirando.

—Debe de haberte resultado raro —señalé.

—Al principio sí. Ahora me parece… ahora siento que es lo que tiene que ser.

Miré hacia delante y oí el rumor del río a lo lejos. Quería preguntarle otra cosa, pero me daba un poco de vergüenza.

—Y con esas pastillas… —dije—. ¿Se te caerá el pito?

—Venga ya, Sam. —Se enfadó él—. ¿Por qué solo piensas en eso? ¿No entiendes que ser del género que se supone que soy no tiene nada que ver con lo que me cuelga dentro de los pantalones? Estoy harto de ti y de tu obsesión con los pitos.

—Lo siento —respondí, impresionado por haberlo hecho enfadar de ese modo.

—¿En serio? Como solo piensas en eso no te interesa lo que me pasa en la cabeza ni en ninguna otra parte del cuerpo. ¿Puedes pensar en otra cosa, aunque sea por una vez?

—De acuerdo —dije, levantando las manos a la defensiva—. Ya te he dicho que lo siento.

—Sí, bueno —murmuró él.

Seguimos caminando un rato sin pronunciar palabra.

—Supongo que lo que más me preocupa —dijo él finalmente, recuperando su tono tranquilo— es cómo me sentiré cuando viva como una mujer todos los días. Tengo una cara muy masculina, así que imagino que la gente me mirará por la calle y siempre habrá quien me insulte. El resto de mi vida.

Sentí que me hervía la sangre al pensar en una panda de desconocidos ignorantes burlándose de mi hermano, el ser más brillante y amable que había conocido. De repente quise permanecer a su lado siempre, para apoyarlo y defenderlo, como si el hermano mayor fuera yo, no él.

—¿Y qué harás para sobrellevarlo? —pregunté.

—No lo sé —admitió—. Espero que las cosas cambien en un futuro próximo, que el mundo se vuelva más amable y menos cruel. Además, tampoco sé si alguien se enamorará de mí.

—Claro que sí —dije—. Eres una persona maravillosa. Siempre lo has sido. Quien no lo vea es idiota.

—Tendrá que ser una mujer muy comprensiva. Va a ser muy pero que muy difícil, estoy seguro.

—¿Y aun así quieres seguir adelante? —pregunté.

—No tengo alternativa —respondió—. De lo contrario, toda mi vida sería una mentira. Y no puedo vivir así. Pase lo que pase, tengo que ser yo misma.

—¿Y esto de… Jessica? —pregunté, puesto que la tía Rose se había pasado toda la tarde dirigiéndose a él de esa manera—. ¿Eso también es para siempre?

—Sí —respondió—. Puedes empezar a llamarme así, si quieres.

Lo pensé, pero negué con la cabeza.

—Aún no puedo —dije—. Lo siento, pero lo estoy intentando. Eres mi hermano Jason y no puedo pensar en ti de ninguna otra manera. Siempre serás mi hermano Jason.

Él suspiró, apartó la mirada y negó con la cabeza.

—Pero es que no lo soy —protestó—. ¿Sigues sin entenderlo, Sam? No lo soy. Ya no.

8
La traición

Por fin entendí por qué mamá y papá habían trabajado tanto cuando el primer ministro dimitió y, antes incluso de que acabara su discurso de renuncia, los equipos de los informativos se congregaron delante de casa, esperando que mamá saliera a hacer declaraciones. Ella los dejó aguardando una hora en el frío invernal antes de aparecer con papá. Me dijeron que no podía salir con ellos ni mirar por la ventana, de modo que encendí el televisor, y allí estaba mi madre, lo que no dejaba de ser una sensación un tanto extraña, pues si me recostaba en el sillón podía verlos a los dos en el último escalón mientras los fotografiaban y los periodistas les formulaban preguntas a gritos.

—Hoy es un día muy triste para nuestro país —dijo mamá, exhibiendo una actitud sombría pero resuelta; su voz me llegaba en estéreo—. Mi querido amigo, el primer ministro, nos ha brindado un servicio extraordinario durante más de siete años, y lamento muchísimo que haya decidido que es hora de ir en busca de nuevos desafíos. Les deseo tanto a él como a su familia todo lo mejor en las aventuras que los esperan una vez que haya abandonado el cargo. En las últimas horas, he recibido una cantidad abrumadora de mensajes y llamadas de colegas parlamentarios y amigos preguntándome si estaría dispuesta a dar un paso al frente para dirigir el país y, si bien se trata de un puesto que jamás he buscado ni deseado, no puedo sino considerar la crucial coyuntura histórica que atraviesa nuestra nación y decirme que la mejor manera en que puedo servir al país es poniendo todo de mi parte para que esto ocurra. Dejaré a otros decidir si pueden o no apoyarme.

Los periodistas empezaron a gritar a la vez, pero ella se limitó a

sonreír y se volvió para entrar en casa, aunque antes permitió que les tomaran fotografías a ella y a papá saludando delante de nuestro número diez particular. En cuanto entraron y la puerta estuvo bien cerrada, mamá observó a la docena de colegas del partido que se habían reunido allí para brindarle apoyo, y todos le aseguraron que había estado formidable, sencillamente formidable.

—¿Creéis que se presentará alguien más? —preguntó, mirando a sus colegas con inquietud—. Si bien no me opongo a la idea de una coronación, sería mejor una victoria, ¿no os parece? De esa manera mi mandato sería más sólido.

—Solo está Joe —dijo papá—. Y supongo que en menos de una hora nos enteraremos de cuáles son sus intenciones. Si él no se presenta, entonces únicamente quedarás tú. Pero incluso si él decidiera seguir adelante, creo que ganarías de todas maneras. Los números están a tu favor.

—Sí, eso mismo pienso yo —coincidió mamá—. Pero, aun así, no sería malo que él se presentara. Si pierde con elegancia, nos vendría bien a los dos. ¿Deberíamos hacerle llegar ese mensaje? ¿Qué opinas? ¿Darle a entender que de esa manera luego se le podría asignar un buen puesto?

—Esperemos a ver qué pasa —dijo papá—. Sam, no toques el mando. No se cambia de canal hasta que nos enteremos de lo que está ocurriendo. La mitad de los medios de Londres ya están de camino a casa de Joe. Pronto tendrá que hacer alguna declaración.

• • •

Un par de semanas después de marcharme de casa de la tía Rose, a menudo hablaba por teléfono con Jason y le pedía que volviera a casa, pero él siempre contestaba que no podía, que era muy pronto. Cuando charlaba con él me sentía como en los viejos tiempos; le preguntaba cómo se sentía y poco a poco empecé a entender que, si bien exteriormente estaba cambiando, la persona que había en su interior seguía siendo la misma.

Sin embargo, en esa época hubo otro cambio en mi vida que no conté a nadie: me había echado novia. O lo más parecido a una. Había ocurrido por casualidad —desde luego, yo ni me había planteado tener novia—, pero estaba muy contento, sobre todo

porque había cumplido catorce años y de pronto no hacía otra cosa en todo el día que pensar en chicas, desde el momento en que me despertaba hasta que me iba a dormir. Me gustaban bastantes, pero cada una por razones diferentes.

DIEZ CHICAS QUE ME ENCANTABAN Y LAS RAZONES POR LAS QUE ME GUSTABAN

1. Penny Wilson, exnovia de mi hermano Jason, porque no había podido olvidar la visión del sujetador rosa asomando por debajo de su blusa blanca desabrochada aquel día en que los descubrí tumbados juntos en la cama.
2. Dominique Fugue, hermana mayor de mi archienemigo, David Fugue, porque tenía una piel color caramelo preciosa. Pensaba mucho en ella e intentaba no guardarle rencor por el hermano que le había tocado.
3. Kate Middleton, no sé por qué, siempre me gustaba mirar fotos de ella.
4. Sandra, cajera en la librería WHSmith de mi barrio. No sabía su apellido, porque no figuraba en su chapa, pero tenía unos ojos bonitos y siempre estaba leyendo detrás del mostrador.
5. Cheryl Tweedy. Por razones obvias.
6. La señorita Whiteside, mi profesora de matemáticas, que era de Sudáfrica. Me había gustado siempre, especialmente por su manera de hablar. A veces, cuando se inclinaba sobre mí mientras yo estaba haciendo las sumas, olía su perfume y pensaba que iba a desmayarme.
7. Jivika Ghosh, compañera de clase de mi hermano Jason y su amiga. Estaba buenísima y cuando me veía decía «¡Hola, Sam!», y yo me ponía rojo como un tomate, pero me encantaba que supiera mi nombre.
8. Saoirse Ronan, cuyo nombre sé cómo se pronuncia («Sir-sha»).
9. La chica de la página 126 de la revista *Vogue* del número de junio de 2017, mi favorito de todos los tiempos y que por alguna razón siempre aparecía el primero en la caja

cerrada con llave que guardaba en el fondo del armario.

10. Mi novia.

Todo empezó el día que me marché de casa de la tía Rose y regresé a Londres. Fui a dar un paseo por el parque y me senté delante del lago para intentar leer algunas páginas más de *Luces del norte*, siguiendo las palabras con los dedos y pronunciándolas en voz alta cuando era necesario. De pronto oí una voz que me llamaba.

—Sam. Te llamabas Sam, ¿no?

Me di la vuelta y noté que se me revolvía el estómago.

—Laura —dije.

Mi voz se había elevado unas dieciocho octavas, así que tosí y repetí su nombre, en esta ocasión en un tono muy grave, como si fuera Morgan Freeman. No había visto a Laura desde el día de Navidad, pero había pensado muchísimo en ella desde entonces.

—¡Te acuerdas de mi nombre!

—Claro que sí —contesté—. Tú también te acuerdas del mío.

—Es cierto —admitió ella riéndose—. ¿Qué estás haciendo?

Me encogí de hombros y moví la cabeza en dirección al lago.

—Nada especial —dije, cerrando el libro—. Estaba intentando descubrir por qué esos patos de ahí parecen más felices que yo.

Ella sonrió y se sentó a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban.

—Yo he venido a mirar los jardines —me explicó—. ¿Los has visto últimamente?

—He pasado por delante —respondí, arrugando el gesto—. Pero no los he mirado bien. Al menos, no como los mirarías tú.

—Esta época del año es mágica —continuó ella, y se le iluminó el rostro—. Es cuando aparecen todos los capullos.

—¿Siempre te han interesado las flores? —le pregunté.

—Sí, desde que tengo memoria —respondió ella—. Pero no solo las flores. También las plantas. Y los árboles. Mi padre tiene un libro titulado *Árboles excepcionales del mundo*, en el que aparecen fotos de los ejemplares más grandes de un montón de países. Me paso el rato ojeándolo y sé que un día visitaré cada uno de ellos.

Miré a mi alrededor. Había árboles por todas partes, pero debía reconocer que jamás me había fijado mucho en ellos. En cualquier

caso, daba la impresión de que llevaban siglos allí, y me pregunté cuántas veces habrían visto a otros chicos —chicos de mi edad, quiero decir— allí sentados compadeciéndose de sí mismos, exactamente lo que yo había estado haciendo antes de que llegara Laura.

—Fue horroroso, ¿no? —prosiguió Laura, después de un buen rato sin que yo dijera nada—. Me refiero al día de Navidad. Se pasaron la noche hablando de política. Y mi padre no dejaba de adular a tu madre, no vaya a ser que olvide asignarle un buen cargo cuando sea primera ministra.

—¿De verdad crees que eso va a ocurrir? —pregunté—. Yo rezo por que no pase.

—¿En serio? Pensaba que querías.

—Ahora mismo casi nunca la veo —dije—. Si se convierte en primera ministra, se acabó. Lo más probable es que no vuelva a verla hasta el día de mi boda.

—Ah, ¿sí? —dijo Laura con una risita—. ¿De modo que ya le has echado el ojo a alguien?

Me puse a reír y me sonrojé un poco.

—Es una manera de hablar —respondí.

—Bueno, pues lamento decírtelo, pero me temo que el resultado está cantado. A menos que ocurra algo que desbarate los planes de tu madre. En cualquier caso, supongo que será interesante vivir en el número diez de Downing Street.

—Estoy muy feliz viviendo en el número diez de Rutherford Road —repliqué.

Nos quedamos sentados en silencio mirando el agua. De pronto pasó una anciana y se detuvo a rebuscar en su bolso. Sacó unas rebanadas de pan para echar a los patos, que se acercaron a ella nadando con entusiasmo y metieron la cabeza en el agua para atrapar hasta el último trozo. Unos pocos incluso saltaron a la orilla y se acercaron a los pies de la anciana, con la esperanza de pillar cualquier miga que cayera en la tierra.

—¿Qué tal está tu hermano? —preguntó Laura.

—¿Mi hermano?

—Sí. No llegué a conocerlo, ¿recuerdas? El día de Navidad estaba de voluntario en un refugio para gente sin hogar. O, al menos, eso fue lo que afirmó tu madre, aunque yo no la creí.

—Ah, sí —dije, y se me escapó la risa.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó ella.

—Nada —respondí.

—Venga, tiene que ser algo.

Me volví hacia ella y nuestros ojos se encontraron. Tuve la sensación de que podía hablar con ella, de que podía confiar en ella.

—Tienes razón —admití—. No estaba en ningún sitio de voluntario. Mi madre se lo inventó.

—¿Y entonces dónde estaba? —preguntó.

Me incliné y apoyé la cabeza entre las manos. No me eché a llorar; no tenía ganas. Pero necesitaba aislarme del mundo unos momentos. En cualquier caso, ella respetó mi silencio, y yo se lo agradecí. Después de un rato me incorporé y empecé a hablar, aunque sin mirarla directamente, sino con la vista fija en el agua.

—El verano pasado mi hermano nos dijo que ya no quería ser un chico. O más bien que ya no pensaba que fuera un chico. Y que no lo había sido nunca. Creía que era una chica. Sé que suena ridículo, pero…

—No digas eso, no suena ridículo —dijo Laura en voz baja cogiéndome la mano.

Me sentí maravillosamente. Laura tenía la piel muy suave y el roce de sus dedos en los míos me encantó.

—Mis padres no lo aceptaron, así que lo mandaron a un psicólogo, que, por cierto, se parece mucho al cantante de Coldplay, y le pidieron que dejara de decir que era una chica. Pero mi hermano se negó, y justo antes de Navidad se marchó de casa y desde entonces no ha vuelto. Está viviendo en casa de mi tía Rose, que tiene un caballo llamado *Bertie Wooster* y que llama Jessica a mi hermano porque ahora él quiere que lo conozcan por ese nombre, se viste como una chica, se pone perfume y vuelve a llevar coleta, después de que yo se la cortara, y ahora en casa todos fingen que mi hermano no existe y llevan siglos sin hablar de él.

Y entonces sí que me eché a llorar, pero no mucho, apenas derramé unas lágrimas que me enjugué con la mano que me quedaba libre. Estuvimos callados un rato larguísimo, hasta que, por fin, ella rompió el silencio.

—¿Nunca te ha ocurrido que crees que algo es terrible y que, más tarde, cuando echas la vista atrás, te sorprende que pensaras

que era tan malo?

La miré con el ceño fruncido.

—Puede ser —balbuceé—. No, la verdad es que no. No lo sé.

—Hace ocho años —recordó—, cuando yo tenía seis, mi padre se separó de mi madre durante un tiempo. Estuvo saliendo con otra mujer e incluso tuvo un hijo con ella, mi hermano Damian. Yo no era más que una niña y esa situación me afectó mucho; sentía que mi familia se estaba desmoronando. El escándalo salió en todos los periódicos, porque papá acababa de entrar en el gabinete en la sombra. En ese momento pensé que aquello era lo peor que había ocurrido en la historia, pero más tarde las aguas volvieron a su cauce y mis padres se reconciliaron, y ahora veo a mi hermano con frecuencia y estoy encantada. No puedo imaginar la vida sin él. Es la persona que más quiero en este mundo. Pero entonces todo me parecía una tragedia y, sin embargo, al final… —Pensó un segundo en lo que iba a decir—. No sé. Todo pasó.

—No tenía ni idea —dije.

—Bueno, no tenías por qué saberlo. Además fue hace mucho tiempo. Lo que quiero decir es que cuando echas la vista atrás, incluso las cosas que en su momento te parecían terribles no lo son. Y no puedes evitar preguntarte por qué se armó tal escándalo. Quizá lo de tu hermano acabe así. Es evidente que ahora mismo está provocando una tensión enorme y os perturba a todos. A ti, a tus padres y sobre todo a él. Pero imagínate que todo sale bien y al final aceptáis lo que él dice y él encuentra la felicidad. Que dentro de cinco años volvéis a ser felices. ¿No recordarás este día y te preguntarás a qué se debió tanto escándalo?

Me encogí de hombros.

—Puede ser —reconocí—. Pero no creo que las cosas sean así de fáciles.

—¿Por qué no?

—Pues porque no —dije.

—Pero ¿por qué la gente no puede solucionar sus problemas? —insistió ella—. ¿Por qué no puede decidir ser feliz?

—Dicho así parece fácil —señalé—. Pero todo se está desmoronando. Mi familia entera. Ni siquiera sé dónde estaré viviendo dentro de unos meses, por no hablar de dónde estará él.

—Sam —dijo ella bajando la voz; sonaba muy seria—. He de

decirte algo muy importante.

—Dime.

—No, vuélvete hacia mí. Tienes que mirarme a los ojos cuando te lo diga porque es algo que recordarás el resto de tu vida.

Hice lo que Laura me pidió: me volví y la miré a los ojos. Tenía su cara muy cerca y me sentí un poco mareado. Me pareció que el resto del mundo había dejado de existir.

—¿Y? ¿Qué quieres decirme?

—Esto.

Se inclinó hacia mí y me besó en los labios.

Aunque me pilló desprevenido, supe lo que tenía que hacer. Relajé el cuerpo y la cara y le devolví el beso. Y, entonces, con la misma rapidez con que había empezado, todo terminó.

—El día de Navidad, cuando te comenté que tu hermano era muy mono —prosiguió—, también te dije que tú te parecías a él, ¿lo recuerdas? Pero, bueno, él es muy mayor para mí. Lo que intentaba decirte era que el mono eras tú.

—¡Oh, gracias! —exclamé asombrado.

Retrocedí unos pasos. Noté que tenía una erección y me angustié: temía que lo viera y me tomara por un obseso.

—No tienes que darme las gracias —dijo ella con una sonrisa.

—Vale.

—¿Ha sido tu primer beso?

—Claro que no —respondí riendo forzadamente para simular aplomo—. He besado a montones de chicas. A cientos. A miles, probablemente.

—¿En serio?

—No. Solo a ti.

—Vale.

—¿Y tú? —pregunté.

—He besado a otro chico. Pero después no se portó muy bien conmigo, así que no quiero hablar de él.

—Entiendo.

Volví a cogerle la mano y se la apreté, y permanecimos en silencio durante un buen rato, mirando los patos. De pronto apoyó la cabeza en mi hombro y aunque deseaba desesperadamente volver a besarla, no quería que se moviera, así que no dije nada y ella tampoco. En resumen, fue una tarde perfecta.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —le pregunté un par de horas después, cuando nos separamos en la estación del metro tras habernos besado mucho y haber quedado en vernos el fin de semana siguiente para ir al cine—. Me refiero a lo de mi hermano. No dirás ni una palabra, ¿verdad?

—Claro que no —dijo ella, e hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera—. Seré una tumba.

• • •

En casa, el futuro político de mi madre volvió a ser el tema principal de las conversaciones. Cada vez venía más gente de visita —gente del partido, gente del distrito— y todos tenían siempre un teléfono pegado al oído o un iPad en la mano. Un día que estaba con mi madre, se acercó un funcionario y la cogió del brazo.

—Me acaba de llegar la noticia —dijo—. Del equipo de Joe. No se va a presentar.

Mamá retrocedió un paso y se llevó una mano a la boca.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó—. ¿Solo me presento yo? ¿No tengo rival?

—Eso parece. Joe está a punto de hacer una declaración, y luego, por lo que me han dicho, el partido te mostrará su apoyo. No hay ninguna duda. Por supuesto, él querrá un cargo importante y…

—Por supuesto —dijo mamá, apartando la mirada, como si estuviera pensando en el futuro—. Es lo justo. Pero tampoco demasiado importante. No lo quiero donde pueda causarme problemas a largo plazo. Así que en ninguno de los cuatro ministerios principales. En Salud, tal vez. O Defensa…

—Sí, o…

Un miembro del partido nos llamó desde la sala de estar. Fuimos corriendo y nos quedamos mirando la televisión en silencio.

—No lo entiendo —dijo mamá finalmente frunciendo un poco el ceño—. Esa no es la casa de Joe.

—Tiene que serlo —respondió un hombre del partido—. Si no, ¿qué hacen allí los periodistas?

—No, yo he estado en casa de Joe —insistió mamá—. No se parece en nada a esa.

—¿Y de quién es esa casa, entonces? —preguntó papá.

—No estoy seguro. La reconozco vagamente, pero…

En ese momento, Joe compareció ante las cámaras solo. En la estancia no se oía el vuelo de una mosca. Llevaba unas páginas en la mano y repitió, prácticamente palabra por palabra, lo que había dicho antes mamá respecto a que el país estaba en deuda con el primer ministro. Pero luego se desvió un poco.

—Y ahora ha llegado el momento de que tanto el partido como el país encuentren un nuevo líder —declaró—. Como todos ustedes saben, he trabajado en muchos departamentos diferentes a lo largo de los años que he estado en el gobierno, lo que ha sido para mí un gran honor, y, tal vez, si tuviera diez años menos, estaría dispuesto a asumir el desafío y presentarme al cargo de primer ministro. Pero no tengo diez años menos y debo admitir con toda sinceridad que mi momento ha pasado.

Mamá miró a papá, y este la rodeó con un brazo. Todos se pusieron a vitorearla hasta que Joe empezó a hablar de nuevo.

—Por supuesto que, en momentos como este —prosiguió—, cuando nos planteamos el gobierno que queremos en este país para los próximos diez años, debemos preguntarnos: ¿quién es el mejor hombre para el puesto? ¿Cuál es el rostro adecuado para llevar las riendas? ¿Queremos continuar defendiendo nuestras grandes tradiciones o avanzar hacia un modernismo que, para algunos, puede ser preocupante y objetable?

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó papá.

Pero mamá no dijo nada e imaginé que estaba calculando las siguientes jugadas.

Esbozó una leve sonrisa sin dejar de mirar la pantalla y, cuando el resto de los presentes emitió un grito ahogado, ella cerró los ojos e hizo una mueca como si se dijera «¡Por supuesto!».

Otras tres personas acababan de salir por la puerta que Joe tenía a su espalda: Bobby y Stephanie Brewster, nuestros invitados en Navidad, y Laura, su hija, mi novia. Se veía más pálida y hermosa que nunca, pero, aun así, noté que estaba temblando y al borde de las lágrimas.

—Y por esa razón —continuó Joe—, a pesar de las extraordinarias capacidades de Deborah Waver, quien tiene mucho que aportar a la vida pública en los próximos años, creo que el mejor candidato para dirigir nuestro gobierno y nuestro país es

Bobby Brewster. Todos ustedes lo conocen, Bobby es un funcionario público muy entregado, un hombre del pueblo, un hombre cuya familia, y permítanme emplear un término tan políticamente incorrecto, es «normal».

—Bueno, bueno —dijo Bobby, riendo un poco y negando con la cabeza.

—Con eso no quiero decir nada, desde luego —continuó Joe—. Y desearía que quedara claro que los problemas familiares de Deborah Waver, en especial los trastornos psiquiátricos de su hijo mayor, que es un varón, más allá de lo que él pueda pensar de sí mismo, no tienen ninguna relación con mi decisión de apoyar a Bobby. Pero me parece importante defender nuestros principios. De modo que, damas y caballeros, les presento al próximo primer ministro de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Bobby Brewster.

Bobby dio un paso adelante en medio del ruido que hacían los obturadores de las cámaras y, aunque habló durante casi cinco minutos, no oí ni una palabra de lo que dijo. Nuestra sala de estar había quedado en silencio y noté que mis padres estaban temblando, llenos de furia e incredulidad.

—Bueno, ya está —dijo mamá cuando Bobby terminó de hablar y la familia regresó al interior de la casa. Se dio la vuelta y recorrió la estancia con la mirada—. Se acabó.

Nadie de los presentes la contradijo.

Salí al recibidor con la intención de volver a mi cuarto, en esos momentos la única parte de la casa que estaría vacía, cuando de pronto sonó el teléfono. Me quedé mirándolo sin intención de cogerlo, seguro de que sería un periodista. Pero sonó durante tanto tiempo que el ruido se volvió espantoso, así que descolgué.

—¿Diga?

—Sam —dijo una voz llena de pánico al otro lado de la línea—. Soy yo, Laura. Sam, no sabes cuánto lo siento. No tenía ninguna intención de contárselo a nadie, y jamás lo habría hecho si hubiera pensado que pasaría algo así. Solo se lo mencioné a mamá porque quería saber su opinión y me dio la impresión de que lo entendía, porque respondió que…

No oí nada más porque colgué el teléfono. Subí lentamente las escaleras, entré en mi habitación, cerré la puerta y juré que nunca en mi vida volvería a confiar en nadie.

9
El chico de mentira

DIEZ COSAS QUE LOS PERIÓDICOS DIJERON SOBRE MI FAMILIA
Y QUE NO ERAN CIERTAS

1. Que yo tenía trece años (*The Sun*). Mentira, ya tenía catorce.
2. Que mamá y papá se habían conocido en una reunión del partido y que mamá lo había invitado a salir (*Mirror*). Mentira, se conocieron en el vestíbulo de un teatro y papá invitó a salir a mamá.
3. Que habíamos tenido once canguros en seis años y que «cada una de esas pobres chicas se despidieron después de soportar exigencias escandalosas» (*The Times*). Casi del todo cierto: una de esas pobres chicas era un pobre chico.
4. Que papá era superfan de Boyzone (*The Irish Times*). Mentira, es superfan de Westlife. Nada que ver.
5. Que mamá conspiró contra el primer ministro desde el comienzo de su carrera parlamentaria (*The Guardian*). Mentira, yo la oí comentar con papá que no había empezado a conspirar hasta que entró en el gabinete.
6. Que la tía Rose tuvo un lío con Mick Jagger y luego otro con el hijo de Mick Jagger. Que trató de matar a un hombre en un *pub* por hablar de los beneficios de las turbinas eólicas. Que mantiene correspondencia con nueve reos distintos que están en el corredor de la muerte en Estados Unidos (*Daily Mail*). En realidad no tengo ni idea de si algo de esto es cierto, pero podría

serlo.

7. Que yo era miembro del club de montañismo de la escuela (*The Telegraph*). Mentira, y la verdad es que no se me ocurre de dónde lo sacaron. En mi escuela no hay club de montañismo. Que yo sepa, al menos.
8. Que mi hermano Jason padecía un trastorno psicológico y que mamá y papá habían consultado con profesionales la posibilidad de internarlo en un manicomio (*Daily Express*). Mentira, jamás hicieron semejante cosa.
9. Que mamá y papá habían comprado la casa del número 10 de Rutherford Road en espera del día en que pudieran hacerse fotos en la puerta antes de mudarse al número 10 de Downing Street (*The Observer*). Mentira, la casa pertenecía a mis abuelos paternos, que se la dejaron en herencia a mi padre.
10. Que mamá y papá llevaban más de dos meses sin hablar con Jason (*The Sun, Mirror, The Times, The Irish Times, The Guardian, Daily Mail, The Telegraph, Financial Times, The Observer*).

Vale, en realidad las cosas que dijeron los periódicos sobre mi familia que no eran ciertas eran nueve, no diez.

Es muy extraño que todos tus compañeros de clase sepan que tu hermano cree que es una chica, que tu madre aspira a ser primera ministra y que los periódicos publican noticias sobre tu familia todos los días. No saben exactamente cómo dirigirse a ti, pero al mismo tiempo están desesperados por que les cuentes lo que ocurre en tu casa. Creen que eres un friki, pero a la vez sienten envidia por todas las cosas emocionantes que están pasando en tu vida mientras que la suya es bastante aburrida.

Aun así, llegó un momento en que solo deseaba que me dejaran en paz. Ya tenía bastante con ser el blanco de todas las miradas cada vez que entraba y salía de casa para que encima toda esa expectación se trasladara también al colegio. La invisibilidad era siempre la mejor opción.

Laura me llamó varias veces en las dos semanas anteriores a la votación interna del partido, pero no me puse al teléfono. Mis padres estaban desbordados y le pidieron a la empleada doméstica

que se instalara en el cuarto de invitados para ayudar con los desayunos, comidas y cenas. También empezó a contestar al teléfono, por lo que fue ella quien le dijo a mi ya exnovia que si no dejaba de llamar a casa la denunciaría a la policía. Cuando oí esas palabras me sentí muy mal, porque echaba de menos a Laura, sobre todo sus besos, pero no sabía cómo perdonarla por lo que había hecho.

Aunque no me apetecía nada que mamá se convirtiera en primera ministra, sabía que ambicionaba ese puesto desde hacía mucho, de modo que empecé a esperar que lo lograra. Después de todo, era una política muy hábil y luchaba por conseguir que nuestro país fuera un sitio mejor donde vivir. Y no lo ponía en duda, a juzgar por lo mucho que trabajaba y por lo tarde que se acostaba todas las noches después de revisar montones de documentos. Y siempre que discutía sobre medidas políticas con sus asesores repetía lo mismo: «Pero ¿eso mejorará la vida de la gente?».

Durante esas dos semanas me habían pedido que echara una mano en lo que pudiera, que llevara las botellas vacías y los envases de comida a los contenedores de basura dos veces al día, que no los molestara y —bajo pena de muerte— que no dijera nada, absolutamente nada, a los periodistas que montaban guardia fuera.

En otras circunstancias, ya estaría yendo al colegio en bicicleta, pues hacía muy buen tiempo, pero la atención mediática era tal que Bradley venía a buscarme a las ocho en punto todas las mañanas. El coche se abría paso sin ningún miramiento entre los periodistas que se agolpaban en la entrada y una vez que llegaba al umbral prácticamente me arrojaba en el asiento trasero.

—¿No tienes ganas de mandarlos a todos a paseo? —me preguntó cuatro días después de que empezara ese infierno—. Si estuvieran delante de mi casa ya los habría regado con la manguera. ¡No te quepa la menor duda!

Me reí. Me pareció una buena idea.

—Si lo hiciera, mamá me mataría —respondí.

—Qué va, lo superaría —dijo Bradley.

—De todas maneras, ya falta poco —le recordé—. Pronto sabremos si ha ganado o ha perdido. Y supongo que entonces todos se marcharán.

—Si gana, no —repuso él—. En ese caso, no podrás quitártelos de encima nunca más.

No dije nada.

Los periódicos no paraban de publicar artículos sobre Jason y hacían lo posible por retratarlo como un bicho raro. «El hijo de Waver es un travesti», afirmaba uno. «El hijo de Waver es una chica. El hijo de Waver no se decide sobre su género». Y así todo el tiempo. Aunque los periodistas intentaban localizarlo por todos los medios, Jason estaba en paradero desconocido, y la tía Rose aseguraba que se alojaba en casa de una amiga suya a la espera de que el escándalo se extinguiera. Hubo un par de periódicos que se pusieron de su lado y publicaron artículos sobre jóvenes que habían tomado la misma decisión. Cuando los leí me enteré de que, al parecer, a la larga las cosas les habían salido bien.

—¿No deberíamos pedirle a la policía que lo busque? —preguntó mamá en una de esas raras ocasiones en las que nos quedamos solos.

Era muy tarde, los asesores se habían ido, y los periodistas habían recogido sus cosas y también se habían marchado.

—¿Qué sentido tendría? —dijo papá—. No lo han secuestrado ni nada parecido. Sabíamos que estaba en casa de Rose y ahora sabemos que Rose lo ha mandado a otra parte. Ha asegurado que está a salvo, pero no nos dirá dónde se encuentra a menos que el propio Jason esté de acuerdo. Estoy seguro de que no corre ningún peligro y que se pondrá en contacto con nosotros cuando lo considere oportuno.

—Pero estoy preocupada por él —insistió mamá, con la voz ligeramente quebrada.

—Yo también —dijo papá mirando al suelo.

Se hizo un silencio embarazoso.

—Si hubierais estado tan preocupados por él —dije al fin—, no lo habríais echado.

—Pero nosotros no… —empezó a decir papá.

Mamá lo interrumpió poniéndole una mano en el brazo suavemente.

—Quizá no lo echamos —dijo en voz baja—, pero le hicimos imposible que se quedara aquí. Es nuestra culpa que se haya marchado y si le pasa algo también lo será.

Y entonces hizo algo que siempre me perturbaba: se llevó las manos a la cabeza y se echó a llorar. La miré asustado, sin saber qué hacer, pero después de un momento papá la estrechó en sus brazos y, para mi horror, empezó a llorar él también. Quise correr y gritar con todas mis fuerzas.

—¡Dejad de llorar! —exclamé, pero no me hicieron caso—. ¡Dejad de llorar! —repetí, levantando la voz y poniéndome de pie —. ¡No sirve de nada!

—Sam tiene razón —dijo papá, secándose los ojos—. Deberíamos hacer algo.

—Tendríamos que haberlo escuchado más —afirmó mamá—. Deberíamos haber tratado de entenderlo. ¿Qué sentido tiene todo esto… —dijo mostrándonos un periódico donde se veía una fotografía de ella junto a Bobby Brewster— si Jason no está aquí para compartirlo con nosotros? Se marchó por nuestra culpa, esa es la verdad. ¿Cómo demonios puedo afirmar que me haré cargo de sesenta millones de personas si ni siquiera soy capaz de ocuparme de una?

Papá se echó a llorar otra vez, y mamá le cogió una mano y se la apretó con fuerza. Hablaban como si yo no estuviera en la habitación.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —preguntó ella.

—Claro. Fue en ese teatro de Shaftesbury Avenue.

—¿Y cuando empezamos a salir? ¿Recuerdas todo lo que nos dijimos? ¿Los planes que hicimos para el futuro? Íbamos a cambiar el país. ¿Recuerdas? Y ahora, aunque ganara, lo que a estas alturas es prácticamente imposible, Jason no volvería a casa. Tal vez incluso se alejaría todavía más. Por Dios, Alan, ¿qué le hemos hecho? ¿Cómo pudimos ser tan insensibles con nuestro propio hijo?

No dijeron nada más, pero empezaron a llorar otra vez. Camino de mi dormitorio, abrí la puerta del cuarto de mi hermano y recorrí con la mirada sus pósteres, libros y esa cama en la que hacía siglos que no dormía.

—¿Dónde estás? —pregunté en voz alta.

Me estaba esperando cuando salí de la escuela; la vi a mitad de camino entre mi casa y el parque. Creo que la distinguí antes de que ella me viera, y aunque tuve ganas de dar media vuelta y salir corriendo, fui incapaz. La echaba muchísimo de menos. Era mi

novia, después de todo. O lo había sido durante un par de semanas. La primera chica a la que había besado. Y no era solo que quisiera volver a besarla, porque sin duda quería, pero es que además me gustaba mucho.

—Sam —me llamó cuando avancé en su dirección.

Me detuve, bajé la cabeza unos instantes y luego decidí acercarme a ella.

—Tal vez sería mejor que no nos vieran juntos —le dije—. Si algún periodista nos descubriera…

—Estoy harta de los periodistas —repuso—. ¿Tú no?

—Claro que sí —contesté, pues entrar o salir de casa y sufrir aquel acoso se había convertido en una experiencia horrible—. A estas alturas ya los conozco a todos por el nombre.

—Y yo —dijo ella—. Se presentan cada mañana a las seis en punto y cuando alguien abre la puerta se ponen a chillar.

Sonreí y tuve ganas de gritarle, alejarme de ella, abrazarla y besarla. Todo a la vez. Al final, me limité a preguntarle si quería ir a dar un paseo por el parque y, para mi alivio, accedió.

—No has contestado a mis llamadas —dijo mientras caminábamos entre los parterres, aunque no parecía prestar atención a la vegetación, y eso que era primavera y había muchas flores. Solo me miraba a mí—. Por eso he dejado de llamarte. La humillación que una chica puede soportar tiene un límite, ¿sabes?

—Lo que te conté… —empecé a decir— era un secreto. Era personal. Confié en ti, Laura.

—Lo sé —respondió ella—. Y, sinceramente, jamás quise traicionarte. Solo quería ayudarte, esa es la verdad, pero si no entendía lo que estaba pasando no podía. Así que fui a la biblioteca para leer sobre el tema, pero no encontré nada. Y cuando entré en internet, todos los sitios estaban bloqueados.

—Todo el mundo sabe saltarse el control parental.

—¿Tú sabes?

—Sí, mi hermano Jason me enseñó.

—Bueno, pues yo no tengo un hermano Jason, Sam.

—Tampoco es que sea porno —dije—. Así que no deberías tener bloqueado ese tipo de contenido. Se trata de la vida de la gente…

—Lo sé, pero internet es así. El caso es que acabé acudiendo a mi madre. Quería que me contara lo que sabía al respecto. Pensaba

que quedaría entre nosotras, pero luego ella se lo contó a papá. Y supongo que él decidió que podía utilizar esa información para ganar. Yo no sabía que le interesaba el cargo. Él siempre había dicho que quería apoyar a tu madre.

—Es lo que mi madre creía.

—Supongo que vio la oportunidad y la aprovechó.

—Genial.

—Estoy furiosa con él, si te sirve de consuelo.

—No mucho —respondí—. Pero imagino que debo darte las gracias por decirlo.

Caminamos en silencio un rato. Me moría de ganas de cogerle la mano, pero no me atrevía. Aún seguía enfadado con ella, y también conmigo por haber confiado en ella, y quería que lo entendiera.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó por fin rompiendo el silencio.

—¿Quién?

—Tu hermano Jason.

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿No lo has visto?

—No.

—¿Tampoco has tenido noticias de él?

—Hablamos por teléfono hace más de una semana. Antes de que la historia apareciera en los periódicos.

—Entonces, ¿ya no está en casa de tu tía?

Negué con la cabeza y le conté todo lo que sabía. Que la tía Rose lo había mandado a casa de una de sus amigas *hippies*, pero que pronto regresaría. Lo único de lo que estaba seguro era de que al marcharse de casa de mi tía iba vestido como Jessica, no como Jason. Y eso era lo que más me preocupaba. Temía que se encontrara con gente capaz de darle una paliza si lo veía de noche por la calle. Había leído sucesos así en los periódicos. Y si su propio hermano le había cortado la coleta, ¿qué no le haría un completo desconocido?

—No puede haberse esfumado así como así —dijo Laura.

—Claro que no —respondí, y, lleno de frustración, levanté la voz —. Está a salvo, eso lo sabemos, pero se niega a hablar con nosotros. Porque su propia familia lo trató como un bicho raro. Seguro que ha leído los periódicos y ha pensado que debía

mantenerse lejos de nosotros para no quitarle votos a mamá en la elección interna del partido. Puede que jamás vuelva a verlo y él era… era el mejor hermano mayor del mundo…

Me senté en un banco y apreté los puños. Quería golpear algo. O que alguien me golpeara a mí. Cualquier cosa que acabara con el terrible dolor que sentía.

—Estoy segura de que volverá —dijo Laura.

—¡¿Y cómo puedes estarlo?! —le grité—. Ni siquiera lo conoces. Nunca lo has visto. No sabes lo que le pasa por la cabeza. Debería haberlo apoyado, y no lo hice. Era mi hermano —dije—. ¿Y qué más daba si quería llevar coleta, o ponerse un vestido, o hacerse llamar Jessica? ¡Nada! Lo he decepcionado. Todo esto es culpa mía.

—No, es mía —respondió ella.

Se sentó a mi lado y me estrechó entre sus brazos. Y yo se lo permití, y, pese al dolor y la culpa que sentía, tuve una erección. Me odié por eso, pero no pude evitarlo. Mis erecciones tenían vida propia.

—Déjame en paz —dije, apartándola—. Si no hubieras hablado con tu madre…

—Ya te he dicho que lo siento mucho —respondió ella.

—Me da igual, Laura —repuse, mientras me incorporaba, y cuando me sequé los ojos, noté cómo se formaba en la cabeza la frase siguiente y deseé no decirla, pero lo hice de todas maneras—. No quiero volver a verte. Nunca.

—Si pudiera retroceder en el tiempo y cambiar las cosas…

—Pero no puedes.

—No era mi intención…

—Pero lo hiciste.

Se quedó mirándome durante un buen rato y luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo, poniéndose de pie—. Pero, para que lo sepas, Sam, lo siento mucho. En serio.

—Lo único que quiero ahora es que vuelva Jason.

Su amabilidad acabó por ablandarme y sentí un dolor intenso en el estómago que me obligó a doblarme sobre mí mismo. Abrí la boca, esperando oír un grito de dolor, pero no hubo más que silencio y soledad.

Cuando esa noche volví a casa me pareció que había más

periodistas delante de la puerta que otras veces. Faltaban apenas dos días para la votación del partido y las previsiones de los periódicos eran bastante unánimes: Bobby Brewster ganaría y se convertiría en el próximo primer ministro. Y probablemente mamá volvería a ser una diputada sin cartera. Daba la impresión de que todos los telediarios y programas de radio tenían forjada una opinión sobre el asunto de la transgeneridad de mi hermano, y aunque Jason tenía un padre y una madre, la mayoría de los periodistas culpaban a mamá de lo que describían como su «excentricidad». Incluso los periódicos que se habían solidarizado con mi hermano Jason encontraron alguna manera de responsabilizarla a ella, como si tuviera que rendir cuentas por ser ambiciosa y haberse forjado una carrera en la política.

Poco importaba que el que escribía la columna fuera hombre o mujer; la línea argumentativa siempre era la misma. Que la culpa era de mamá y que mi padre era un calzonazos por ser su secretario personal. Si ella se hubiera quedado en casa todos esos años preparando pasteles de carne, todo habría sido distinto. Mamá me dijo que no leyera esos artículos, que eran pura basura, pero no pude evitarlo. Necesitaba saber lo que se escribía de ella. De nosotros.

Encontré a mis padres en la cocina, sentados juntos y rodeados de trabajadores del partido, leyendo un documento de tres páginas en el que hacían anotaciones.

—Será mejor que te vayas a tu habitación, Sam —me dijo uno de los más jóvenes del equipo.

Me volví hacia él, furioso porque me prohibieran entrar en la cocina de mi propia casa. Pero, antes de que pudiera decir una palabra, mamá gritó:

—¡No!

Se hizo un silencio en la estancia y todos se giraron para mirarla.

—Es mi hijo —dijo ella—. Y no voy a cometer dos veces el mismo error. ¡Por favor, apartaos y dejadlo pasar!

Se hicieron a un lado y me acerqué a donde estaban mis padres, mirándolos alternativamente mientras bajaba el tono para que nadie nos oyera.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja.

—Se acabó. Voy a renunciar a la candidatura.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. Solo faltan dos días para la votación y…

—Y no voy a ganar. Así que es mejor aceptar la derrota con elegancia y dejar paso a Bobby.

Asentí.

—¿Te dará un buen cargo, al menos?

Ella negó con la cabeza y se echó a reír.

—No lo creo —dijo—. De todas maneras, ya no sé si lo quiero.

Me sentí embargado por la tristeza. Todo había salido mal. Hacía una eternidad que no sabíamos nada de Jason, mamá estaba a punto de renunciar al puesto que siempre había deseado, papá probablemente se quedaría sin trabajo, ¿y qué pasaría con mi familia?

—Bueno, Sam —continuó ella—, ahora voy a salir a comunicar mi decisión a los medios. Me temo que esto continuará siendo un circo durante un par de días más. Hasta que Bobby comparezca delante del número diez y anuncie su gabinete. Después, todo se calmará, estoy bastante segura. Lamento todas estas molestias, en serio.

—No te preocupes por mí —dije—. Pero ¿estás convencida? Tal vez nunca se te vuelva a presentar la oportunidad de ser primera ministra.

—Llevo tres meses sin ver a mi hijo —respondió ella, y tragó saliva rápidamente.

Me di cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

—Hasta ahora —continuó— no me había dado cuenta del daño que he causado a esta familia. Así que, con toda sinceridad, Sam, la respuesta es que sí. Nunca había estado tan segura de algo.

Mientras ella y papá se ponían de pie, asentí y me di la vuelta para subir a mi habitación, pero luego cambié de idea.

—¿Puedo salir con vosotros? —pregunté.

—Mejor no, Sam —respondió papá—. Gritarán para hacerle preguntas a mamá y será muy desagradable.

—Por eso quiero acompañarla —insistí, mirando a mamá—. Quiero estar a tu lado cuando suelten todas esas maldades. ¿No podemos pedirles a los demás que se queden dentro?

—¿A los demás? —repitió ella.

—A toda esta gente —expliqué, mirando a los trabajadores del partido que se apiñaban en la sala, a los que apenas conocía.

Durante todo ese tiempo ninguno había mostrado el más mínimo interés por mí.

Mamá miró a papá y se encogió de hombros.

—Qué demonios —dijo—. De acuerdo. Oídme todos: solo vamos a comparecer ante los medios mi marido, Sam y yo.

Una oleada de desilusión atravesó la estancia; sabían que el que saliera en la foto aparecería en todos los telediarios de las siguientes veinticuatro horas.

—Secretaria de Estado —dijo un joven de traje azul oscuro a quien en más de una ocasión había oído tratar groseramente a nuestra empleada doméstica—, tal vez podría sumarme a ustedes, como apoyo moral…

—Ustedes tres, salgan —dijo alguien desde el umbral del recibidor—. Yo cerraré la puerta después. El resto, quédense donde están o habrá problemas.

Miré en dirección a la voz y allí estaba Bradley, nuestro chófer; sus ojos daban a entender que si alguien osaba desobedecerlo tarde o temprano se arrepentiría.

—Gracias, Bradley —dijo mamá.

Y nos dirigimos al recibidor. Ella se volvió hacia papá, que estaba a su izquierda, luego hacia mí, a su derecha, y sonrió.

—¿Estamos listos?

—Tenemos toda la vida por delante, Deborah —le susurró papá al oído—. Lo superaremos, te lo prometo. Y, una vez que lo hagamos, nuestra prioridad principal será…

—Conseguir que nuestro hijo vuelva a casa —concluyó mamá.

—Exacto.

Ella sonrió, le besó la mejilla, nos cogió de la mano a los dos y juntos nos dirigimos hacia la puerta.

Una vez fuera, apenas pude mantener los ojos abiertos debido a los *flashes* de las cámaras. Conté ocho cámaras de televisión y más de una docena de micrófonos de radio. Los periodistas se apelotonaban gritando y moviéndose para acercarse lo máximo posible a nosotros, pero, en cuanto mi madre alzó los papeles que llevaba en las manos y empezó a hablar, la jauría se acalló.

—Todos deseamos tener un gobierno estable —empezó a decir

—. Con independencia de la ideología política de cada cual, de su género, su trabajo o su edad, todos queremos que el país esté dirigido con eficiencia y sensatez. Durante mis últimos siete años en el gabinete, así como en los años anteriores, durante los cuales formé parte del gabinete en la sombra, siempre he hecho todo lo que he podido para que mi departamento funcionara con la mayor eficacia posible y he dedicado todos mis esfuerzos a ayudar a los más necesitados. Y debo reconocer que la idea de ser primera ministra me entusiasmaba, porque, francamente, siempre he creído que podía desempeñar bien ese trabajo. Pero, como todos ustedes saben, las últimas semanas han sido muy duras para mi familia y para mí. Se nos ha sometido a un intenso escrutinio, un escrutinio que ningún político debería soportar, y nos ha afectado de un modo atroz. Así pues, a los miembros del partido y a los colegas del Parlamento les digo lo siguiente: mi familia me importa mucho más que cualquiera de ustedes y así será siempre. De modo que pueden coger sus prejuicios puritanos y, disculpen la expresión, metérselos donde les quepan. Yo he tenido que cambiar y ya es hora de que todos ustedes hagan lo mismo. Por lo tanto, no sin gran pesar pero con una sincera esperanza puesta en el futuro, les anuncio que voy a…

De pronto se interrumpió y yo la miré, temiendo que hubiera cambiado de idea. Pero no, lo que pasaba era que estaba improvisando el discurso sobre la marcha. Además, miraba más allá de los periodistas, más allá de los micrófonos, más allá de las cámaras de televisión, hacia la calle vacía.

Allí de pie había un chico de diecisiete años vestido con tejanos y una camiseta del Arsenal; botas Dr. Martens y una bolsa colgada al hombro. Llevaba el pelo cortado al rape como un joven recluta, y el mentón y las mejillas cubiertas por una barba de tres días. Todo el mundo se volvió para mirarlo. Jamás había visto a un chico tan… tan masculino como él. Pero también parecía angustiado. Como si se hiciera pasar por algo que no era. Quizá mi hermano mostrara al fin el aspecto que siempre le habíamos rogado que tuviera, pero por primera vez me di cuenta de que así no parecía él mismo —*ella misma*— en absoluto.

Avanzó lentamente hacia la fachada de la casa, con la cabeza gacha, y los periodistas se apartaron para dejarlo pasar. Cuando

llegó hasta nosotros, mamá y papá se quedaron mirándolo boquiabiertos, como si no se acabaran de creer que Jason hubiera vuelto.

—¿Qué te has hecho? —preguntó mamá mirándolo de arriba abajo, antes de acariciarle suavemente la coronilla.

—He vuelto a ser como antes —respondió él en voz baja, sin mirarnos a los ojos—. Es lo que queríais, ¿no? Así conseguirás el cargo. No me importa, te lo juro. Puedo hacerlo, te lo prometo. Jamás volveré a hablar de esto. Me quedaré así. Me quedaré como Jason.

—¿Después de todo lo que has pasado? —preguntó mamá—. ¿Después de todo lo que te hemos hecho pasar? ¿Renunciarías a todo por mí?

Él asintió.

Mamá y papá lo miraron y luego se miraron entre sí, y cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, no pude sino clavar la vista en el suelo. En ese momento me sentía tan avergonzado de mi comportamiento de los últimos meses como orgulloso de lo valiente que estaba demostrando ser él.

Por fin se rompió el silencio y los periodistas empezaron a lanzar preguntas a diestro y siniestro.

—¡¿Jason?! —gritaron—. ¡¿Has vuelto para quedarte, Jason?! ¡¿Todavía crees que eres una chica, Jason?!

—¡Aquí no hay ningún Jason! —grité a pleno pulmón.

Era la primera vez que me dirigía a los periodistas, que se quedaron mudos de asombro. De pronto, todas las cámaras y los micrófonos apuntaron en mi dirección.

Ni mis padres ni Jason dijeron nada, pero sentí sus ojos clavados en mí. Tragué saliva. Por primera vez en mi vida fui visible para todo el mundo, y de un modo intencionado.

—Aquí no hay ningún Jason —repetí, esa vez a media voz. Me volví y miré a la persona que había querido e idolatrado siempre—. Mi hermano se llama Jessica.

10
La cumbre de la resbaladiza ladera

Quien no haya vivido en el número 10 de Downing Street no puede imaginar lo extraño que es ese lugar. Cuando vivíamos en Rutherford Road, teníamos cuatro plantas para nosotros y tantas habitaciones que no sabíamos qué hacer con ellas. Ahora ocupamos un pequeño apartamento de dos dormitorios y dos cuartos de baño, así que cuando mi hermana, que está en la universidad, viene a pasar el fin de semana, cosa que ocurre una vez al mes, nos vemos obligados a compartir habitación, lo que resulta un poco incómodo, aunque eso da lugar a conversaciones increíbles, que me recuerdan a las que manteníamos cuando yo era pequeño. Cada vez que subo o bajo las escaleras me encuentro con el retrato de unos hombres de expresión malhumorada y de dos mujeres que han estado en el mismo cargo que ahora ocupa mamá. Supongo que también colgarán un retrato de ella cuando nos hayamos ido, aunque no parece que eso vaya a ocurrir pronto, puesto que no deja de ascender en las encuestas.

Al menos Bradley sigue con nosotros, y me recoge todas las mañanas para llevarme al colegio y luego vuelve a buscarme.

A veces invito a tres amigos a casa —Jake Tomlin, Alison Beetle y mi mejor amigo, David Fugue—, con los que he formado una banda de música. Jake toca la guitarra, Alison la batería, yo los teclados y David es el cantante. Tengo que reconocer que somos muy buenos. Nos llamamos Your Breakfast y vamos a llegar muy lejos. Al principio barajamos el nombre de
You're
Breakfast, con la intención de confundir al público, pero finalmente no nos convenció. David y yo nos hicimos amigos poco después de

que mi madre se convirtiera en primera ministra. Al principio pensé que David solo quería sentirse importante, pero luego me confesó que sentía haberme tratado tan mal desde que nos habíamos conocido. Cuando le pregunté por qué se había portado tan mal, respondió que estaba confuso por su cambio de vida y se había desahogado arremetiendo contra mí, sobre todo cuando empezaron a correr los rumores sobre mi hermano. Me dijo que lo sentía mucho, sobre todo porque yo siempre le había gustado. Pero luego me confesó que había besado a Jake Tomlin y que salían juntos, y me pidió que no se lo contara a nadie, cosa que he cumplido a rajatabla. Si su relación llegara a saberse se convertirían en la comidilla del colegio durante semanas.

A los funcionarios que trabajan en la casa no les gusta que salgamos a ensayar al jardín de atrás que da a Horse Guards Road, pero siempre que alguno se queja mamá los hace callar con una mirada y en eso queda todo. Y si creéis que mamá es dura, papá es todavía peor. Una vez que vino de visita el presidente de Estados Unidos y salió a quejarse del ruido que armábamos, papá lo siguió al jardín y le puso los puntos sobre las íes espetándole que si no animaban a los jóvenes a dedicarse a actividades saludables como la música, los condenarían a convertirse en seres desquiciados incapaces de leer un libro y de respetar nada. El presidente se enfadó tanto que en su agitación se le cayó la peluca, y cuando Alison Beetle fue a devolvérsela, tres agentes del Servicio Secreto estadounidense se abalanzaron sobre ella y la tiraron al suelo. Puede que Alison no sea más que una chica de dieciséis años, pero, como toca la batería, es bastante robusta y se defendió con todas sus fuerzas, al punto de que los encargados de seguridad de la casa tuvieron que intervenir para separarlos y antes de que nos diéramos cuenta se había producido un incidente diplomático. Más tarde, el presidente escribió el siguiente tweet:

> Cuesta mucho ver la tele con unos chavales de bajo coeficiente intelectual tocando una música espantosa al otro lado de la ventana. ¡Qué triste!

Y, a pesar de que Asuntos Exteriores le suplicó que no lo hiciera, papá le contestó con otro: «Vete», le puso. Aunque no solo escribió eso, claro. Detrás de «Vete» añadió tres palabras, la última de las

cuales rimaba con «izquierda».
Mamá lleva dos años como primera ministra y al parecer el país considera que lo está haciendo bastante bien. Destina fondos a causas en las que cree, pero, si sospecha que las personas encargadas de administrar ese dinero público no están haciendo un buen trabajo, lo retiene. Además, ha viajado por todo el mundo; ha ido a Estados Unidos, Canadá, Asia y a casi todos los países de Europa. Pero el que más le gusta es Australia, y cuando me llevó con ella a celebrar mi decimosexto cumpleaños, el primer ministro nos invitó a Fortune of War, el *pub* más antiguo de Sídney, donde, mientras los demás hablaban de aburridos asuntos políticos, yo me bebí siete cervezas seguidas antes de caer redondo en un rincón. Cuando desperté me empeñé en cantar a todo pulmón *Waltzing Matilda* y tuvieron que sacarme a rastras. Todos los asistentes de mamá intentaron impedir que la prensa me fotografiara vomitando en la alcantarilla, pero ella respondió que adelante, que hicieran lo que quisieran, que al día siguiente cuando me despertara y viera mi foto en los periódicos me sentiría fatal pero aprendería la lección y no lo repetiría. Y así fue. A la mañana siguiente, cuando me levanté en la habitación del hotel y recogí el ejemplar del *Sidney Morning Herald* que habían dejado al otro lado de la puerta, se me cayó la cara de vergüenza al verme tirado como un idiota en plena calle. Esas fotos también aparecieron en todos los periódicos británicos.

Las cosas entre mis padres y yo han cambiado mucho. Aunque mamá está muy ocupada, se asegura de pasar conmigo una noche a la semana y un par de horas los domingos por la tarde. En esos ratos se supone que debo explicarle todo lo que hay de nuevo en mi vida.

—A partir de ahora no podré contártelo absolutamente todo —le dije hace poco, pues hay cosas que no puedo compartir con ella—. Hay asuntos que son personales.

—De acuerdo —respondió, aunque parecía un poco nerviosa—. Pero no lo olvides: si necesitas hablar de algo, de lo que sea, no dudes en acudir a tu padre o a mí. Ningún problema es tan grave como para que no podamos ayudarte.

—Vale —respondí—. Aunque la verdad es que no tengo problemas.

Lo que es cierto, pues todo me va bien.

No hace mucho le pregunté cuántos años creía que se mantendría en el cargo.

—Otros cinco o seis, como mucho —dijo—. Creo que son suficientes. Después tendrá que asumir la responsabilidad otra persona, así nosotros podremos disfrutar de la vida. Pero todavía hay mucho que hacer. No tiene sentido llegar tan alto para quedarse de brazos cruzados. Y acabo de empezar, Sam. Algún día recordarás todo esto y te sentirás orgulloso de tu madre.

—Ya lo estoy.

Por extraño que pueda parecer, tengo la impresión de que desde que mamá se convirtió en primera ministra todo ha cambiado entre nosotros. Durante los años en que estuvo ascendiendo por la resbaladiza ladera del poder, apenas parecía notar mi existencia, pero, ahora que por fin ha llegado a la cima, tengo la sensación de que nunca se cansa de mi compañía. No digo que eso no sea bueno, pero, aunque lo intento, no consigo olvidar cómo eran las cosas antes. A veces me dan ganas de recordarle cómo me sentía entonces, ignorado y marginado, pero no encuentro el momento para decírselo. Tal vez algún día lo haga.

Aunque ya no siento rabia contra ella, solo confusión. ¿Por qué una madre se comportaría así con su hijo? Pero entonces recuerdo cómo era yo de niño y me pregunto por qué me comportaba de aquella manera. Supongo que nadie es perfecto. Y, en cualquier caso, ella es mi madre.

Laura Brewster ya no es mi novia, aunque la veo a menudo porque vive en la casa de al lado, en el número 11 de Downing Street. Mamá nombró a su padre secretario de Hacienda y no le tuvo en cuenta que hubiera intentado apuñalarla por la espalda. «Hay que mantener cerca a tus amigos —me explicó—, y aún más cerca a tus enemigos». Tenemos puertas que comunican nuestra casa con la suya, de modo que Laura y yo nos cruzamos todo el tiempo.

Nunca volvimos a ser novios, pero nos hicimos buenos amigos, y si no fuera por ella, yo no habría conocido a Catherine, mi nueva novia, con la que ya llevo casi cinco meses. Catherine va a la misma clase que Laura y cuando el último verano la vi en la cocina del número 11 me quedé literalmente sin habla. La miré boquiabierto, totalmente paralizado, y así seguí hasta que me dio un codazo y al fin salí del trance. A continuación me puse a hacer comentarios

ingeniosos y ocurrentes, pero todos me salieron al revés, y seguramente ella pensó que yo estaba como una cabra. Pero, cuando la vi otra vez en una fiesta del colegio, me las arreglé para hablar sin hacer el ridículo y la invité a bailar. Desde entonces estamos juntos.

Hace poco llegó al colegio Ayesha, una chica que acababa de mudarse con su familia desde Delhi. Se sienta a mi lado en la clase de inglés y me ayuda con la lectura. No sé cómo consigue que las palabras no floten por toda la página; además, tenemos grandes conversaciones sobre la vida en la India y ahora me apetece visitar ese país algún día. Ayesha me gusta mucho y creo que yo también a ella, pero se supone que estoy con Catherine. No sé muy bien qué va a ocurrir, pero ya veo los nubarrones en el horizonte.

Jessica no aprobó la selectividad, pero tal vez fuera de esperar, considerando la mala temporada que habíamos pasado ese año. En cualquier caso, decidió volver a presentarse el verano siguiente y en esa ocasión sí sacó buenas notas y se mudó a Norwich, donde está estudiando la carrera de inglés. Voy a visitarla una o dos veces por trimestre, me quedo a pasar el fin de semana y damos largos paseos por el lago y hablamos sobre la vida.

Ahora parece mucho más una chica porque está tomando pastillas y ya no le sale barba ni bigote. Además, aunque intento no mirar, es evidente que le están creciendo las tetas. Y se viste como una chica, y yo noto que los tíos la miran al pasar, porque realmente parece una chica, no un chico. Se la ve contenta, aunque, según dice, el día a día aún le resulta muy difícil, por eso cuenta con apoyo psicológico y un médico que la ayuda. No sabe lo que le deparará el futuro, pero está segura de haber tomado la decisión correcta. Además, ha vuelto a jugar al fútbol. Es la única chica del equipo, pero eso no parece importarle a nadie en la universidad; en cualquier caso, es la mejor.

Siempre que vuelvo a Londres después de pasar unos días con Jessica me noto un poco preocupado. Aunque sé que está viviendo exactamente como quiere, durante el viaje no dejo de mirar el paisaje por la ventanilla y de pensar en ella, en lugar de escuchar música o leer.

La última vez que volví, me senté delante de una anciana. Me dijo que estaba intentando mandarle un mensaje a su hija para

avisarla de que había perdido el tren y se había subido al siguiente. Quería evitar que tuviera que esperar demasiado en la estación de Liverpool Street, pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía enviar el mensaje y cada vez estaba más frustrada. Me ofrecí a ayudarla y cuando tuve el móvil en la mano, me di cuenta de que era muy viejo y que hacía un ruido extraño, como si se le hubiera soltado alguna pieza dentro, así que le pregunté si se le había caído al suelo.

—Se me ha caído en el andén, antes de subirme —respondió—. Se me ha resbalado de las manos. ¿Crees que podrás enviar el mensaje? Mi hija vendrá a buscarme con los gemelos. Y no quiero que se queden horas allí, esperando innecesariamente.

—Lo siento, me parece que está estropeado —le dije, y le devolví el teléfono—. Pero puede mandarle un mensaje desde el mío, si quiere, siempre que sepa el número.

La anciana escribió el mensaje en mi móvil y pulsó «Enviar». Iba a devolvérmelo cuando se fijó en la foto del salvapantallas. Nos la habíamos sacado ese fin de semana delante del departamento de inglés y yo salía sonriendo como un loco.

—¡Mírate! —dijo la anciana—. Pocas veces se ve a alguien tan feliz. ¿Y quién es esa chica tan guapa que está a tu lado? ¿Tu novia? Ella también parece muy contenta. ¡También yo tenía ese entusiasmo por la vida cuando era joven!

Me reí, cogí el teléfono, miré la foto un par de segundos y reconocí que, en efecto, a los dos se nos veía muy contentos. Al parecer, los días malos habían quedado atrás.

—No, no es mi novia —dije, negando con la cabeza—. ¡Qué fuerte! Es mi hermana. Mi hermana Jessica.

Agradecimientos

Por todos sus consejos y su apoyo, estoy inmensamente agradecido a Naomi Colthurst y a todo el equipo de Penguin Random House Children's
Books; a Simon Trewin, Eric Simonoff y toda la gente de WME; a mis editores de todo el mundo, que publican mis libros con compromiso y entusiasmo, y, por supuesto, a mis lectores. Gracias a todos.

Epílogo

El peor consejo que se le puede dar a un escritor es que hable de lo que conoce. ¿Quién querría limitarse a eso? Una de las razones por las que escribo es que deseo explorar la vida de otras personas. Escribir sobre lo que no conozco me resulta tan interesante como desafiante, así como emplear la escritura para aprender sobre un tema, para entenderlo y exponerlo de la manera más auténtica posible, con el objeto de ayudar a que otros también le encuentren sentido.

En todos mis libros para jóvenes lectores he escrito sobre niños que están aislados de una manera u otra, ya sea por la guerra, la pena o el abandono. A medida que mis libros para adultos iban adoptando una naturaleza más personal, lo mismo ocurría con los que escribía para jóvenes, y en un momento dado sentí la necesidad de explorar cómo un niño podía abordar las complicadas cuestiones del género y la sexualidad, pero no desde el punto de vista del que las sufre, sino a través de otro a quien quiere.

Todos sabemos lo que significa ser joven y estar desesperado por encajar. Cualquier cosa que nos distinga de los demás puede ser terrorífica y llevar a situaciones de acoso y aislamiento. Cuesta mucho ponerse del lado de las víctimas de una injusticia, porque eso significa unir nuestra suerte a la de ellas y la posibilidad de convertirnos asimismo en objeto de ese maltrato. Pero, si no defendemos a los oprimidos, de una manera u otra nos convertimos en opresores. Si no apoyamos a las víctimas de acoso, somos cómplices de quien acosa. Por lo tanto, debemos escoger un bando, debemos decidir qué clase de persona queremos ser. Y ser capaces de mantenernos en esa decisión.

Ignoro cómo es vivir como persona transgénero, pero sé lo que significa crecer sintiéndose distinto de los demás y tener miedo de lo que esa diferencia pueda significar o de cuáles puedan ser las

consecuencias de revelarla. Cuando tenía la edad de Sam, empecé a darme cuenta de que era gay, y esa idea me llenó de terror. No se lo conté a nadie, porque pensaba que nadie me entendería. Cuando tenía la edad de Jessica, seguía negándolo y temía que mis amigos o mi familia se enterasen. Hasta que, con veinte años, me di cuenta de que jamás sería feliz viviendo una mentira y que si a los demás no les gustaba quién era yo, entonces, francamente, podían irse a freír espárragos. De modo que empecé a contarlo. A todo el mundo. Y mi vida pasó a ser un millón de veces mejor a partir de entonces, y es que a menudo las personas te sorprenden con su amabilidad y solidaridad.

Cuando hablé con jóvenes transgénero para escribir esta novela, me impactó su valentía pero sobre todo su honestidad. Necesitan vivir de la manera más auténtica posible —ser como realmente son, mantener su verdadera esencia—, y eso requiere muchas agallas en una sociedad que puede ser cruel con cualquiera que no encaje en su estrecha definición de género. La gente teme lo que no entiende. Pero, cuanto más se educa uno en un tema, más se da cuenta de que no hay nada que temer.

Espero que *Mi hermano se llama Jessica* ilustre a los jóvenes lectores sobre el extraordinario coraje que tienen los jóvenes transgénero y los ayude a darse cuenta de que esa no es más que otra faceta de la naturaleza humana que debe celebrarse.

JOHN BOYNE (Dublín, Irlanda, 1971). Se formó en Trinity College, y en la universidad de East Anglia, Norwich, Inglaterra. Es autor de varias novelas, entre las cuales destaca la de *El niño con el pijama de rayas* que ha sido traducida ya a treinta y cuatro idiomas incluyendo braile y ha supuesto un extraordinario éxito de ventas en diversos países.

Con la publicación de «*Motín en la Bounty*» y «*La casa del propósito especial*». Boyne volvió a demostrar un talento especial para abordar temas conocidos con una mirada nueva que invita a la reflexión, dejando una profunda huella en los lectores. Además de un especial don narrativo para tratar grandes acontecimientos históricos desde perspectivas desconocidas, proyectando sobre lo ya sabido una luz nueva y sorprendente.